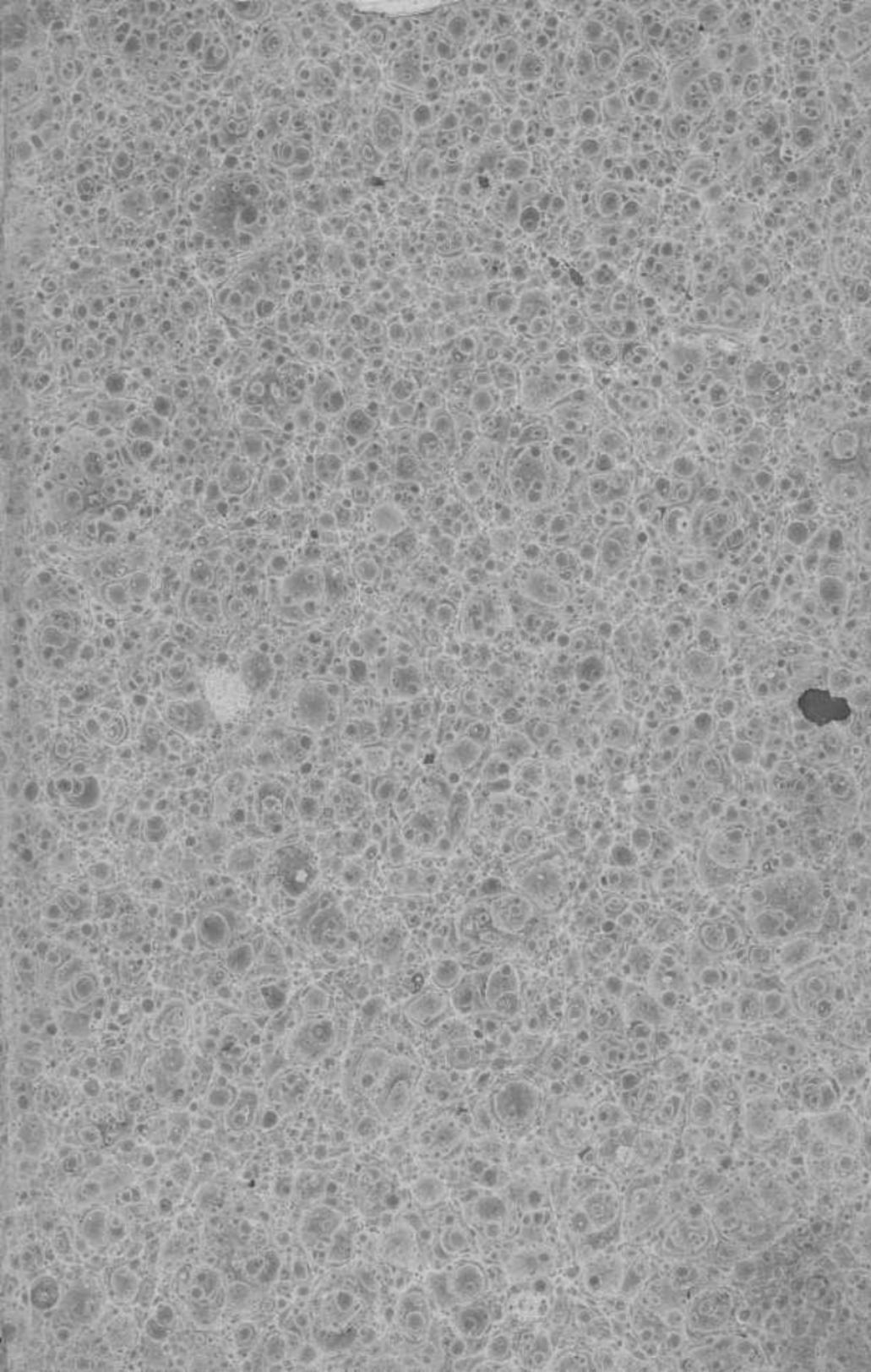




5485



LA PALOMA Y LOS HALCONES.

LA PALOMA Y LOS HILONES.

LA PALOMA

Y

LOS HALCONES,

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.



MADRID,

LIBRERÍA DE D. LEOCADIO LOPEZ, EDITOR,
calle del Cármen, número 15.

1865.

LA PALOMA

LOS HALCONES

109

D. ANTONIO DE TRUJBA.

MADRID.

LIBRERIA DE D. FRANCISCO LÓPEZ, EDITOR.
Calle del Correo, número 14.

MADRID, 1865.—Imp. de M. RIVADENEYRA.

POSTSCRIPTUM.

He leído este librito diez y seis años después de haberle escrito, y voy á decir con entera y sencilla franqueza lo que he encontrado en él. He encontrado en él mucho de lo malo, y algo de lo bueno, que se suele encontrar en lo que los jóvenes escriben: lo malo es falta de arte, y lo bueno, sobra de sentimiento.

El último capítulo de un libro de caballería, que escribí pocos años há, estaba encabezado de este modo:

«Capítulo último; donde el autor se despide para siempre de libros de caballería, porque después de haber escrito tres que son: *La paloma y los halcones*, *El Cid Campeador* y *Las hijas del Cid*, se ha convencido de que Dios le llama por otro camino.»

El recuerdo de los dos últimos libros que en estos

renglones se nombran, avergüenza á su autor, porque, literariamente considerados, son á cuál peor *El Cid Campeador* y *Las hijas del Cid*, que pertenecen á la turba multa de novelas mal llamadas históricas, donde el autor hasta prescinde de su estilo particular, malo ó bueno, para adoptar el anticuado con que todos los que escriben esta clase de libros creen poner una pica en Flándes. En conciencia no puedo decir lo mismo de *La paloma y los halcones*, aunque reconozca en este libro muchos de los defectos de sus compañeros. ¿En qué consiste tal diferencia entre uno y otro, siendo los tres obra de un mismo autor y perteneciendo á un mismo género? Consiste sin duda en que los unos son hijos de la *necesidad* (adivínese la acepción en que empleo esta palabra), y el otro es hijo del corazón.

En efecto, el corazón tomó gran parte en la confección (como dicen ahora los sastres) de *La paloma y los halcones*, porque al escribir esta leyenda, mi pensamiento vagaba con deleite por la tierra nativa, y mi pincel (pluma y pincel allá se andan) restauraba los cuadros medio borrados de batallas y ambiciones y amoríos, que las tradiciones encartadas habían puesto á mis ojos infantiles.

Hoy, que he tornado á la tierra nativa, y vivo en ella, y la he estudiado un poco mejor que podía haberla estudiado cuando escribí *La paloma y los halcones*, veo con placer que acerté, sin duda por intui-

cion, á pintar con colores no del todo falsos las guerras de bandería que la desolaron en la edad media.

Cuando escribí esta leyenda no tenía por guía más que mis recuerdos de la tierra natal, de donde me había ausentado á la edad de catorce años, y unos papeles en que estaban vaga y confusamente delineados algunos de los hechos que he puesto en relieve y algunos de los personajes á quienes he dado vida.

Después de leer *La paloma y los halcones* he pensado largo rato si debía ó no publicar en forma de libro esta obrilla de mi juventud, y he concluido por creer que no es del todo indigna de ser ofrecida al público, que cada dos años me obliga (Dios se lo pague!) á reimprimir otros cuatro ó cinco libros de que soy autor.

Valmaseda, Octubre de 1864.

LA PALOMA

LOS HALCONES.

I.

Los Banderizos.

Corria el último tercio del siglo XII.

El puerto de Bilbao, erigido en villa algunos años despues, sólo contaba entónces una iglesia, algunas casas mezquinas, habitadas por marineros y pescadores, y várias torres dispersas á una y otra orilla del Ibaizabal. Las torres eran otras tantas fortalezas, poco ménos que inexpugnables, ocupadas por los linajes de Leguizamon, de Basurto, de Zurbáran, de Sanchez de Barrondo, de

Arbolancha, de Salazar y de otros no ménos poderosos.

Aquellos linajes, divididos por lo comun en dos bandos, estaban casi siempre en guerra, cuyos estragos se extendian por todo el señorío de Vizcaya, y particularmente por las Encartaciones, donde los banderizos tenian poderosos aliados.

Así pues, aquel angosto valle, que, como dice uno de sus ilustres hijos, parecia destinado por la naturaleza al recreo del hombre, por la salubridad de su atmósfera, por el perpétuo verdor de sus colinas, por sus copiosas y cristalinas aguas, por las producciones de su suelo, por su abundante y sabrosa pesca, y sobre todo por su situacion topográfica y marítima; aquel valle, repetimos, era continuo teatro de sangrientas luchas, originadas las más veces por un pié de terreno, por un árbol, ó por interes más insignificante aún.

En la época á que nos referimos era ca-

beza de uno de los bandos Lope Sanchez de Barrondo, señor de Bortedo, y del otro Don Juan de Leguizamon, si bien hacía algun tiempo que no se hostilizaban visiblemente, merced á la intervencion amistosa del señor de Vizcaya, D. Diego Lopez de Haro, denominado *El Bueno*. Sin embargo, se miraban con desconfianza, y estaban prevenidos para hacer estallar sus profundos resentimientos, no bien se les presentase ocasion para ello.

Lope Sanchez de Barrondo contaba á la sazón cincuenta años. Huérfano desde muy tierna edad, habia carecido de un alma recta y severa que guiase la suya, de una voluntad enérgica que refrenase sus caprichos, estimulados por la riqueza y el ocio.

Al cumplir los treinta años contrajo matrimonio con una dama principal de Bilbao, la que consiguió dulcificar algun tanto su carácter voluntarioso, áspero, casi salvaje. Habiendo enviudado cinco años despues,

quedóle por única sucesion una hija, destinada por la Providencia á completar la obra comenzada por la que la concibió en sus entrañas. Sancha, que así se llamaba la hija de Lope, absorbió muy pronto todo el amor de que el corazon de su padre era capaz. Quince años contaba en la época á que aludimos, y era dechado de hermosura y de virtud. Su mano era un manantial de consuelos para los pobres y desvalidos, y si sus dias no eran una continúa ovacion por parte de los pobres, cuyas miserias averiguaba y socorria pródigamente por medio de sus criados, era porque su padre la recataba cuidadosamente en su palacio, avaro de aquel tesoro, que para él era de más valor que todos los tesoros del mundo. Jamas el corazon de un padre ha abrigado amor tan intenso como el que abrigaba el corazon de Lope Sanchez de Barrondo. Aquel hombre tan altivo para con todos, era el humilde esclavo de una niña : la voluntad de su hija era

la suya : lloraba si Sancha lloraba, reia si Sancha reia : su hija era su gloria, su riqueza, su ídolo. Para enemistarse eternamente con Lope bastaba solicitar la mano de su hija, y no era otro el motivo por qué odiaba á muchos nobles del señorío, y particularmente á D. Juan de Leguizamon, que si bien no habia solicitado directamente la mano de Sancha, suspiraba por ella hacia tiempo, lo cual no ignoraba Lope.

El amor que éste tenía á su hija, siendo como era una especie de adoracion fanática, degeneraba en egoismo y en crueldad como todos los fanatismos. Cien vidas hubiera perdido D. Lope ántes que mancillar su honra con actos que desdijesen de su hidalguía, tratándose de otra cosa; pero tratándose de la mano de su hija, todo le parecia lícito para vengarse del que la solicitaba.

la suya : Moriba al Sancha lloraba, veía al
Sancha veía : su hija era su gloria, su ri-
queza, su ideal. Para envenenarse eterna-
mente con Lope pasaba solitaria la mano
de su hija, y no era otro el motivo por que
cedaba á muchos vollos del señorío, y par-
ticularmente á D. Juan de Lagunillas,
que si bien no había solicitado directamen-
te la mano de Sancha, suspiraba por ella
hacia tiempo, lo cual no ignoraba Lope.

El amor que este tenía su hija, estado
como era una especie de adoración fanática,
degeneraba en egoísmo y en crueldad contra
todos los amantes. Bien veías haberse per-
dido D. Lope antes que manchar su honor
con ratos que desdijeran de su hidalguía,
tratándose de otra cosa; pero tratándose de
la mano de su hija, todo le parecía justo
para vengarse del que la solicitaba.

El amor que este tenía su hija, estado
como era una especie de adoración fanática,
degeneraba en egoísmo y en crueldad contra
todos los amantes. Bien veías haberse per-
dido D. Lope antes que manchar su honor
con ratos que desdijeran de su hidalguía,
tratándose de otra cosa; pero tratándose de
la mano de su hija, todo le parecía justo
para vengarse del que la solicitaba.

II.

Cadagua arriba.

Era una mañana del mes de Junio, y muchas gentes se encaminaban hácia el delicioso valle de Salcedo, llamado más tarde Zalla, donde aquel dia se celebraba una romería á la que concurrían gentes de todo el señorío de Vizcaya.

D. Juan de Leguizamon y otros caballeros de su bando salieron de Bilbao al amanecer, y se dirigieron tambien á Salcedo, departiendo alegremente todos ménos Don Juan, que caminaba triste y callado.

Un proverbio vulgar dice que cada casa tiene un Júdas. Si esta regla es extensiva á los linajes, preciso será que convengamos en que D. Juan es el Júdas del nobilísimo linaje de Leguizamon, que tan cumplidos caballeros ha producido en todos tiempos y aún produce en nuestros dias.

—Por el alma de mi abuela, que esté en gloria, decia uno de los que acompañaban á Leguizamon, que vos, D. Juan, de algun tiempo acá os habeis hecho el más uraño de todo el señorío. ¿No me diréis de qué proviene vuestra tristeza? La mañana es hermosa, estas riberas del Cadagua son un paraíso y vamos á una fiesta donde esperamos solazarnos á maravilla. ¿Que falta á nuestro contento, D. Juan? A mi entender, nada falta.

—¡Pluguiera á Dios que así fuese, D. Pedro! contestó Leguizamon dando un suspiro muy hondo.

—¡Voto á brios! exclamó otro caballero,

que sois desmemoriado si los hay, el de Ayala; ¿no sabéis que está enamorado de la hija del de Barrondo?

— Cierto, no lo recordaba; pero ése es motivo más para que se alegre, porque hoy va á tener la dicha que no tendremos nosotros.

— No os entiendo, dijo D. Juan.

— Pues es simple cosa entenderme, contestó D. Iñigo de Ochoa, sabiendo, como sabéis, que vais á ver en la romería á la doncella por quien suspirais.

— ¿Qué decis, D. Iñigo? exclamó Leguizamón, en cuyo rostro se juntaron á la vez la ansiedad y la alegría.

— Lo que ois, D. Juan, y cierto que me admira vuestra ignorancia en lo que tanto os atañe. Ya sabéis que há pocos meses estuvo Sancha gravemente enferma; pues bien, entónces hizo voto de asistir hoy al santuario de Salcedo, y no dudeis de que lo cumplirá.

—¿Y quién os ha dado tan buenas nuevas, que buenas son para mí?

—Martin, el escudero del de Bortedo, las ha dado al mio. ¿No es verdad, Bautista?

—Cierto, señor, contestó el escudero de D. Iñigo, que seguía el hilo de la conversacion de los caballeros. Topé ayer á Martin en la venta de Begoña, bebiendo con otros servidores de D. Lope, y como le preguntá-
ra: «Martin, ¿qué hay por esa maldita torre de tu amo?» me prometió decir verdad en cuanto supiere y fuere preguntado, si le pagaba un jarro de zumaque. Paguéselo de buen grado, porque curiosas son por lo escasas las nuevas de lo que pasa en la torre de Lope Sanchez, y supe lo que mi señor ha dicho.

—Mucho temo que el de Bortedo no consienta á su hija ir en romería, teniéndola, como la tiene, siempre encerrada en aquella torre infernal, donde apenas penetra nadie.

—Sí consentirá, D. Juan, porque Lope Sanchez, como sabeis, no tiene más voluntad que la de su hija, y por cuanto hay en el mundo no querrá Sancha dejar de cumplir su voto, siendo tan cristiana como todos sabemos es.

—Mi corazon se regocija y se entristece á la vez ante la idea de verla, pues verla es amarla más y más, y cuanto más la ame, mucho peor para mí, porque mi amor es un amor sin esperanza.

—¡Ira de Mahoma, cuán otro os vais tor-
nando de poco tiempo acá! replicó D. Iñigo.
¿Por qué no habeis de abrigar esperanzas de casar con la hija del de Barrondo, siendo rico y noble como sois, y no siendo ella ninguna hija de emperador?

—Es locura aspirar á la mano de Sancha, porque ni al mismo rey de Castilla y Leon se la diera Lope Sanchez. Y si no, ya veis lo que han adelantado todos los que se la han pedido.

—Haced que Sancha os ame, y dejad que se enoje su padre, que ya le amansará la doncella, porque, os lo repito, Lope Sanchez no tiene más voluntad que la de su hija.

—Si su hija le pidiera otra cosa, no dudo que se la concediera, mas no así si le pide su consentimiento para casar; ademas, que si poco espero de Lope, no espero mucho más de su hija, pues dos ó tres veces que tuve ocasion de hablar con ella, oyó mis palabras con desden y me amenazó con quejarse á su padre de mi osadía...

—Pues no dudeis que desde entónces acá ha padecido mucho en su encierro, y querrá hallar quien la redima de la cautividad en que gime. Si teneis ocasion de hablar hoy con ella, aconséjoos que lo hagais, que ella se rendirá al ver vuestra constancia y vuestro valor, pues amándola arrostrais las iras de su padre.

—Me decido á seguir vuestro consejo, Don

Iñigo. Plegue á Dios que se separe de su padre un momento, en el campo, en la ermita, en cualquiera parte. Hablaré con ella, y el amor que la tengo prestará fuego y persuasion á mis palabras.

Hablando así, entraron nuestros romeros en el valle de Salcedo, al cual affluian gentes por todas partes, todas alegres y bulliciosas, porque las campanas y el tamboril resonaban en una arboleda situada al pié de las montañas del mediodía, y á traves de cuyo espeso ramaje se alzaba el campanario de una ermita. Descabalaron al pié de la colina donde ésta se hallaba, junto á una venta, delante de la que se alzaban unos corpulentos castaños, y se encaminaron á pié hácia el santuario, dejando las cabalgaduras al cuidado de los escuderos, que á corto rato desocupaban sendos jarros de vino, habiendo arrendado aquellas á los troncos de los árboles,

III.

La romería.

¡Qué hermosamente descuellan las romerías entre las fiestas populares, y cuánto realza su hermosura y su poesía la consideración de su origen!

El Evangelio comenzaba á disipar las sombras de la idolatría; oyóse la palabra del divino Maestro, que predicaba un dogma de amor, de paz y de consuelo, como no podía ménos de serlo, emanando de la Divinidad; y los pueblos, sometidos hasta entónces al

dogma de los hombres , á religiones bárbaras, enemigas de la fraternidad humana, fuentes del vicio y rémoras del progreso intelectual y material , compararon la doctrina antigua con la nueva , y conociendo las ventajas de ésta , la abrazaron con entusiasmo y abjuraron aquella. El cristianismo tuvo entónces mártires y santos , y les consagró templos donde se les tributó culto , particularmente en el aniversario de su glorioso tránsito de la tierra al cielo.

Los profundos y sombríos valles , cuyo silencio es interrumpido solamente por el canto de las aves , el viento que sopla en las copas de los árboles , ó el arroyo que se precipita desde lo alto de una roca ; las ásperas montañas , cuya fragosidad esquivaba la multitud ; las soledades , en fin , apartan el alma del tumulto mundano y la elevan á la Divinidad ; allí es donde el sentimiento religioso encuentra sus más santas expansiones ; allí brota purísimo y bienhechor , como el agua

de la roca herida por la vara de Moisés, y allí fué donde el pueblo cristiano erigió templos á sus mártires y santos, quizá tambien con el doble objeto de sustraerlos á la devastacion del iconoclasta, morador de las grandes poblaciones, donde, por lo mismo que las costumbres se hallaban más corrompidas que entre los habitantes de los campos, encontraban ménos adeptos las doctrinas del Salvador. Los fieles se encaminaban una vez al año al rústico santuario, y allí dirigian sus preces á Dios y tributaban culto al bienaventurado cuya memoria recordaba aquel dia la Iglesia: y hé aquí el origen de esas grandes reuniones en torno de una pobre ermita oculta en la espesura de un bosque, ú olvidada casi todo el año en la cumbre de una montaña, poco ménos que inaccesible. La pureza de corazon y el sentimiento religioso son fuentes de alegría, y el alma del creyente que ha cumplido sus deberes religiosos se encuentra satisfecha

y feliz; y hé aquí la causa de esas animadas diversiones á que los pueblos se entregan allí donde fueron guiados por el sentimiento religioso.

Todas las cosas humanas degeneran con el trascurso del tiempo; pero la pureza y sencillez de las diversiones que nacieron á la par del culto católico, y que son el reflejo de la pureza característica de los primeros cristianos, apénas han degenerado, sin embargo de haber atravesado tantos siglos. Preciso es reconocer la mano de la Providencia en su conservacion. Mirad el espectáculo que ofrecen los habitantes de una ciudad populosa, reunidos en un teatro, en un circo, en un baile, en cualquiera de esas grandes fiestas, que no tienen por objeto, ni áun por pretexto, el desempeño de un deber religioso, y comparadla con el que presentan esos mismos habitantes, cuando se han dirigido al campo, y se hallan reunidos en torno del pobre santuario, cuya

campana se agita sin cesar, única orquesta acaso de aquella fiesta bulliciosa, y que regocija los corazones más que las armonías de Bellini y los acordes de Straus. La diferencia que hallaréis entre uno y otro espectáculo os demostrará lo que hemos dicho: que la Providencia vela por la pureza de las festividades cristianas.

Dispénsenos el lector si en estas gratas consideraciones nos hemos detenido más de lo que debíamos, sin apercibirnos de ello, y sigamos á los caballeros bilbaínos, á través del innumerable concurso que poblaba el campo del santuario. Con mucha dificultad penetraron en éste, porque la campana llamaba á misa, y la muchedumbre se agolpaba á la puerta, pugnando por entrar, confundiendo pobres y ricos, villanos y caballeros.

D. Juan registró ansiosamente con la vista el interior del templo buscando á Sancha entre la multitud allí apiñada, y la

alegría más intensa se retrató en su rostro al mirar hácia las gradas del altar, y un grito de placer estuvo á punto de escaparse de sus labios. Sancha estaba arrodillada junto al altar con un cirio en la mano, y entregada á fervorosa oracion. A su lado estaba una dueña bien entrada en años, y no léjos se veía, postrado tambien de hinojos, á su padre. Sancha estaba descolorida; pero la palidez de su rostro realzaba sus encantos á los ojos de D. Juan.

Terminada la misa, acercáronse á la doncella Lope Sanchez y la dueña, y asiéndola ésta de la mano, se dirigieron á la puerta del templo. Don Juan, en quien el de Bortedo no habia reparado aún, los seguia muy de cerca, sobremanera inquieto y afectado, no sólo por la presencia de Sancha, sino tambien por su incertidumbre de si le sería dado hablar con ella.

El coro de la ermita era una especie de tablado sostenido por cuatro toscos pilares,

y se subia á él por una escalerilla de madera. Hallábase henchido de gente, cual todo lo demas del templo, y como se agolpasen á la vez muchas personas á la débil escalera, rindióse ésta con estrépito, y muchos de los que bajaban por ella cayeron envueltos en maderos y tablas sobre la gente que pugnaba abajo por salir de la ermita. Dolientes ayes y gritos de terror resonaron por todas partes, y el desórden y el tumulto eran espantosos, creyendo la muchedumbre que el templo se desplomaba sobre ella. Lope Sanchez, á quien las impetuosas oleadas de gente habian separado un poco de su hija un momento ántes de verificarse el hundimiento de la escalera, quiso romper por medio de la multitud para acercarse y proteger á Sancha; pero fueron vanos sus esfuerzos, porque se vió arrollado en aquella corriente humana y arrastrado como la hoja que cae en el bramador torrente, y lo mismo habia sucedido á la due-

ña, que, como él, habia querido ayudar á Sancha á salir de la ermita.

D. Juan vió á la hija del de Bortedo próxima á perecer ahogada y deshecha entre los piés de la desatentada multitud, y trató de salvarla, haciendo un desesperado esfuerzo, movido no sólo por el deseo de que viviese, sino tambien por la esperanza de merecer la gratitud de padre é hija. El calor insoportable, el terror y los violentos empujes hicieron perder el conocimiento á Sancha, que apénas habia convalecido de su última enfermedad, y D. Juan la vió flotar vagabunda é inerte entre la concurrencia. Atropellando á ésta, y hallando en su desesperacion fuerzas casi sobrehumanas, pudo llegar á la doncella, y tomándola en sus brazos, y alzándola al nivel de su cabeza, atravesó la muchedumbre, y al fin salió con ella al campo. Miró á todas partes buscando á Lope ó á la dueña, para que fuesen testigos de su triunfo, pero los buscó

inútilmente, porque el desorden y el temor se habian extendido por todas partes.

La doncella continuaba desmayada. Don Juan conoció que necesitaba hacerla respirar el aire libre sacándola de entre la multitud, por la que á cada instante estaba á punto de ser atropellada; condújola á un repecho inmediato al campo, y la puso al pié de unos corpulentos robles, donde corria un cristalino arroyuelo. Refrescó la frente de Sancha con algunas gotas de agua, y merced á ésta y al aire puro y libre que allí respiraba, empezó á recobrar su acuerdo muy pronto.

— ¡Padre mio!... murmuró Sancha, creyendo que era su padre el hombre que veia confusamente á su lado, que la prodigaba los cuidados más solícitos.

— ¡Sancha!... la dijo D. Juan, ¿no me conocéis? ¿No conocéis al que os ha salvado del espantoso tumulto donde vuestra vida peligraba? ¿No conocéis á D. Juan de Le-

guizamon, el que perdiera cien vidas por salvar la vuestra? ¿Al que os ama como ningún hombre ha amado en este mundo?

En tanto que D. Juan hablaba así, la inteligencia de la doncella se fué aclarando. Sancha conoció que en efecto era D. Juan aquel hombre; miró á todas partes, y no viendo á su padre ni á la dueña, ni á ninguno de los criados que la habian acompañado á la romería, ni á nadie, en fin, más que á D. Juan, se estremeció de espanto y de dolor: de espanto, porque se hallaba sola con D. Juan, y de dolor, porque ignoraba lo que habia sucedido á su padre, por cuya vida temia, con tanto más motivo, cuanto que recordaba que en el instante en que perdió el conocimiento, amenazaba este inminente peligro á todos los que se hallaban en la ermita.

— ¡D. Juan!... exclamó, ¿por qué me encuentro aquí sola? ¿Dónde estoy? ¿Qué es de mi padre? ¿Qué de mis servidores?

--Nada temais, Sancha: dentro de pocos instantes veréis á vuestro padre, respondió D. Juan, y manifestó á la doncella cuanto habia pasado y dónde se hallaban, procurando tranquilizarla, lo que al fin consiguió. Como Sancha mostrase deseos de ir á buscar á su padre, quiso D. Juan hablarla de su amor, pues consideró que si perdía aquella ocasion, era difícil hallar otra, y además, la doncella estaba entónces más dispuesta que nunca á mostrarse indulgente con él, según las protestas de agradecimiento que acababa de oír de sus labios.

—Sancha, la dijo, estáis inquieta á mi lado; ¿qué debéis temer de un hombre que os ama, que hasta su vida sacrificaría al más fútil de vuestros caprichos?

—No temo por mí, repuso Sancha; temo por mi padre.

—¿No os he asegurado que ninguna desgracia ha ocurrido en el tumulto en que se ha visto envuelto?

—Sí, pero me ama tanto, que la incertidumbre de mi suerte y de mi paradero sería capaz de quitarle la vida.

—Pues bien, Sancha, vamos á buscarle; pero ántes de ir á sacar á vuestro padre de su incertidumbre, sacadme á mí de la mia... dadme una débil esperanza de que tarde ó temprano premiaréis el amor que os tengo...

—D. Juan, contestó Sancha, no me exijais una promesa que no puedo haceros: siempre estaré agradecida al amor que me teneis y al servicio que hoy me habeis prestado; pero miéntras viva mi padre, á él solamente debo amar. Si las querellas que median entre mi padre y vos terminasen, y mi padre me dijese: «Quiero que dés tu mano al noble D. Juan de Leguizamon», yo os la entregára de buen grado; pero jamas os haré la promesa que me pedis contra la voluntad de mi padre.

Estas palabras hicieron concebir á Don

Juan la esperanza de ser amado por Sancha si lograba el asentimiento de Lope.

Partieron en busca de éste, apoyándose en su brazo la doncella, pues ésta se hallaba tan débil, que apenas podía dar un paso sin tener en qué apoyarse. Al bajar el repecho vieron á Lope, que buscaba desatentado á su hija entre la multitud. Sancha dió un grito de alegría al verle, y ella y D. Juan se dirigieron á su encuentro.

IV.

Reconciliacion.

Al acercarse Sancha á su padre, fijó la vista en su rostro y lanzó un nuevo grito de espanto: parecia que Lope habia envejecido diez años en el espacio de media hora: era espantosa la palidez que cubria su desencajado rostro.

— ¡Hija, hija mia! exclamó Lope, estrechando contra su seno y besando y hasta inundando de lágrimas de alegría á su hija. No sabes las crueles angustias, los tormentos, la desesperacion con que te he buscado

largo rato!... ¡Cuán feliz se considera tu padre al hallarte, al volver á estrecharte entre sus brazos!

Y Lope, indiferente á cuanto le rodeaba, reconcentrada su vista y su alma en su hija, no habia reparado en D. Juan, que contemplaba aquella escena lleno de alegría, considerando que la gratitud del señor de Bortedo hácia el que habia salvado á su hija, sería proporcionada á la alegría que manifestaba.

—¡Padre mio! dijo Sancha, D. Juan ha sido mi salvador, D. Juan me arrancó del tumulto, donde peligraba mi vida.

— ¡Gracias, D. Juan, gracias! exclamó Lope, reparando en Leguizamon. Hasta la última gota de sangre de mis venas deramára por vos, y áun me pareciera escasa recompensa al servicio que me habeis prestado. Dígaos este abrazo lo que al padre más feliz de este mundo no permite decir la felicidad que le embarga.

Y Lope estrechó contra su corazón á Don Juan, con la efusión más ardiente.

—Lo que habeis hecho por mi hija, continuó, me dice que habeis depuesto todo resentimiento hácia mí; que deseais mi amistad: mi mayor dicha, despues de la de ver sana y salva á mi hija, consiste en otorgaros mi amistad y merecer la vuestra.

—Vuestro amigo soy, D. Lope, contestó D. Juan lleno de alegría. Acaben para siempre nuestras enemistades, y no vuelva á inundar de sangre al señorío de Vizcaya el encono de los vizcaínos.

—Así será, D. Juan; los de mi bando pondrán su encono á mi voz, como los del vuestro á la vuestra, y el nombre de amigos resonará allí donde tanto tiempo ha resonado el de banderizos.

Nuestros interlocutores encaminaron, departiendo amistosamente, hácia las inmediaciones de la ermita, y algunas horas despues estaban reunidos con la misma cor-

dialidad, comiendo al pié de un árbol, no sólo el de Bortedo y Leguizamon, sino tambien los amigos y partidarios que á uno y á otro habian acompañado á la romería.

El sol comenzaba á ocultarse tras de los rebollares de la Arbosa, y frente á la venta donde D. Juan y sus amigos habian dejado las cabalgaduras al cuidado de sus escuderos, estaban éstos conversando muy amistosa y animadamente con los servidores del señor de Bortedo y los de su bando. Unos y otros habian trasegado abundante licor al estómago, pues sus lenguas estaban balbucientes y en sus palabras habia una disparidad asombrosa.

—Así Dios me salve, decia Bautista con los ojos encandilados y la lengua perezosa y tartamuda, que diera un puñado de oro, si lo tuviera, por perderme esta noche en esas oscuras arboledas con esa Jimena. ¡Juro á brios, que sus ojos me han trastornado el seso!

—Por el santo Noé, que te trastorne yo á lapos las costillas, si osas requerir de amores otra vez á esa doncella! *Cupido diræ sæpe rupit saculos*, que en romance quiere decir: «te mamarás una buena tollina si codicias la novia del prójimo», exclamó Fortuño, que era un paje de lanza de Lope Sanchez, tan aficionado al vino como á textos y salmos, que traducía con bastante libertad, á fin de acomodarlos á las circunstancias.

—Tollina, y áun tollinas, merecieras tú por tus latines, que Dios confunda, replicó Martín, el escudero de Lope, que era un mancebo fornido, no ménos adorador de Baco que su compañero. ¡Por Don Jesucristo, continuó, que tú, Fortuño, debias haberte criado para monje!

—Poco es para monje de misa y olla, dijo el paje; para abad y áun para papa me hizo estudiar mi padre, y hubiéralo sido sino por esta mi mala cabeza y esta mi afición á las hembras y al zumaque.

—Mas ¿desde cuándo acá es tu enamorada esa Jimena? preguntó Bautista al paje.

—Serálo muy pronto si hoy se me ha mostrado esquiva; que yo la requeriré y serviré con tal ahinco y donaire, que al fin deje sus esquiveces... ¡Por el gran Noé, que es la hembra más gentil de todas las Encartaciones!... Vedla, vedla, con qué donaire lleva la herrada en la cabeza. Lléveme á mí el diablo si el hijo de mi madre torna hoy á Bilbao sin abrazarla.

Fortuño se encaminó hácia una moza rolliza que servia en la venta, y tornaba de una fuente inmediata con una herrada de madera en la cabeza.

—Jimena, *sitis eo*, que en romance quiere decir: «estoy rabiando de sed», dijo acercándose á ella y extendiendo el brazo para enlazar su cintura; pero la moza ladeó la herrada y derramó la mitad del agua sobre el paje, que dió un salto hácia atras, exclamando:

— ¡Mala centella te tumbe, ingrata, que así premias á los buenos amadores!

— Obra de caridad es dar de beber al sediento, replicó la doncella, soltando una alegre carcajada, á imitación de todos los que presenciaban aquel percance de Fortunio.

El tamboril resonaba aún con mucha animación junto á la ermita, pero las arboledas y los caminos inmediatos estaban llenos de gentes que se retiraban de la romería, atronando el valle con sus cánticos y sus gritos. Bautista dirigió casualmente la vista hácia la cuesta que conducía al santuario, y dijo á sus compañeros:

— Así Dios me salve, nuestros amos y señores han hecho las amistades como nosotros, pues ó tengo cataratas, ó allí vienen en amor y compañía los del bando de mi amo y los del bando de D. Lope.

— Cierto, contestaron á un tiempo Fortunio y Martín: nuestro amo y señor viene

departiendo con D. Juan. ¡Por Don Jesucristo, que me pasma tal concordia!

Los escuderos se apresuraron á disponer las cabalgaduras para cuando llegáran sus amos.

Llegado que hubieron éstos á la cuesta, cabalgaron Sancha y la dueña en una hermosa mula provista de artolas; hiciéronlo luégo en sus respectivas cabalgaduras caballeros, escuderos y pajes, y tomaron Cadagua abajo, conversando alegremente, como si siempre los hubiera unido la amistad más íntima, y admirando el bello espectáculo que ofrecia el risueño valle de Salcedo, sembrado de caseríos blancos como la nieve, y cubierto de frondosas arboledas, si silenciosas casi todo el año, animadas por la multitud de gentes que las atravesaban, tornando de la romería.

V.

La paloma y los halcones.

Han trascurrido muchos meses desde que los banderizos de Bilbao ajustaron paces, y éstas continúan, sin que nada indique que puedan alterarse. El carácter del señor de Bortedo ha variado extraordinariamente, tanto, que con frecuencia se ve á Lope Sanchez pasear y dedicarse á la caza con Don Juan de Leguizamon; y su casa, que hasta para los de su bando estaba constantemente cerrada, es frecuentada ya por Leguizamon, Ochoa y otros caballeros bilbainos.

La primavera comienza á vestir con su manto de flores y verduras los valles y las montañas del poético suelo vascongado, y el canto de los pájaros resuena en las arboledas. Al dorar el sol con sus primeros rayos los picos que rodean á Bilbao, salieron de éste una porcion de caballeros provistos de halcones é instrumentos de cetrería, que conducian detras muchedumbre de criados.

Atravesaron las arboledas de Albia, y vadeando el Cadagua por Burceña, se encaminaron á los montes de Triano, tan célebres en todos tiempos por sus minas de hierro.

Entre aquellos caballeros iban Lope Sanchez de Barrondo, D. Juan de Leguizamon y D. Lope Diaz de Haro, hijo de D. Lope *el Bueno*, á quien los caballeros de Bilbao obsequiaban á porfía con motivo de haber ido á pasar entre ellos algunos dias, hospedándose en casa del de Bortedo, cuya hosi-

talidad, que algun tiempo ántes hubiera asombrado á todos, no era extrañada ya por nadie. Entre los servidores de aquellos caballeros se veia á Bautista, á Martin y á Fortuño, los que, cuando sus amos no paraban en ellos mientes, hacian correr de mano en mano una abultada corambre, cuya magnitud disminuia maravillosamente á cada caricia que recibia.

D. Juan iba departiendo en voz baja con D. Iñigo de Ochoa y Lope Sanchez, y los otros caballeros iban delante.

Comenzando á subir la cuesta de Triano por Baracaldo, llegaron á un sitio donde habia un atajo, yendo por el cual se ahor-raba buen trecho de camino.

—Aquí hay un atajo en que nuestros compañeros no han reparado, dijo D. Juan: echemos por él, y no sólo nos pondremos los primeros, sino que tendremos tiempo para descansar al salir á la carretera, ántes que lleguen esos caballeros.

—Eso harémos, D. Juan, contestó Lope.

Leguizamon enderezó su cabalgadura por el atajo, á cuya entrada habia un arroyo de cauce muy ancho y profundo, que su caballo saltó con facilidad: siguióle D. Iñigo, y como lo fuese á hacer tambien D. Lope, el caballo se encabritó, dando resoplidos y no queriendo saltar el arroyo. Como Lope le hostigára, dió un salto hácia atras, y partió á escape por la carretera hasta alcanzar á los que por ésta habian seguido, sin que al ete le fuera dado detenerle.

D. Juan y D. Iñigo continuaron por el atajo.

—Ya veis qué vuestro amigo se ha hecho el de Bortedo, dijo D. Luis á Leguizamon. ¿Desesperais aún de obtener la mano de su hija?

—No, D. Iñigo, porque Lope me infunde esa esperanza con las pruebas de amistad que todos los dias me da; pero Sancha oye con desden mis palabras, ó más bien no

quiere oirme, cuando la hablo de mi amor.

—Eso no os importe, D. Juan, que en sabiendo Sancha que vuestro amor no desplace á su padre, tampoco á ella displacerá. Creo que estáis perdiendo un tiempo precioso. ¿Á cuándo esperais hacer vuestra petición al de Bortedo?

—Todos los dias me propongo hacérsela, y todos los dias retrocedo temeroso de una repulsa que, cuando ménos, me haga perder para siempre la esperanza con que vivo.

—Pues hoy que está de mejor talante que nunca, hoy, aprovechando el buen humor y la franqueza y la bondad que inspira el campo, debierais pedir á Lope la mano de su hija, porque vivir en la incertidumbre en que vivis, tengo para mí que no ha de ser muy grato. Al vado ó á la puente, Don Juan.

—Seguiré vuestro consejo como le seguí en la romería de Salcedo, y plegue á Dios

que hoy sea más afortunado con Lope que entónces lo fuí con su hija.

Hablando así, salieron D. Juan y D. Iñigo á la calzada, tomando la delantera á sus compañeros, á los que tuvieron que esperar un corto rato, y entre los cuales iba conversando alegremente el hijo del señor de Vizcaya, que á la sazón contaba diez y ocho años.

Reuniéronse al fin todos, y continuaron su camino hasta llegar á las alturas de Triano, donde descabalgaron con el objeto de descansar y recrearse, contemplando el extenso y risueño paisaje y la mar, que desde allí se descubrían.

Ciertamente es un espectáculo capaz de llamar la atención del más indiferente el que ofrece aquel monte, cuyas entrañas encierran multitud de hombres que trabajan en las tenebrosas y dilatadas vías de que están surcadas, alegres y dichosos, como si respirasen el aire libre y el suave aroma de

los campos, y sintiesen el calor del sol, y viesen sobre su cabeza un cielo trasparente y azul.

Nuestros caballeros conversaban cordialmente, disponiéndose á dar principio á la diversion que allí les habia conducido, cuando vieron una paloma blanca que cruzaba majestuosamente el espacio, yendo en direccion á ellos, de la parte de Bilbao.

Lope soltó un hermoso halcon que acariciaba entre sus manos, y D. Juan hizo lo mismo con otro que tomó de mano de un halconero.

Ambos halcones se elevaron con rapidez por los aires, y á un mismo tiempo cayeron sobre la paloma, cuya presa comenzaron á disputarse con obstinacion. Muy pronto, en lugar de cebarse en la paloma, se cebaron uno en otro, sobremanera ensañados, y gracias á aquella lucha intestina, la paloma se vió libre y continuaba su vuelo; pero D. Lope Diaz de Haro soltó otro halcon

que se apoderó de ella , en tanto que el de Lope y el de D. Juan luchaban con tal encarnizamiento, que pasados pocos instantes, cayeron ambos muertos al lado de sus dueños.

Estos lamentaron la pérdida de sus halcones; pero echando mano de otros, continuaron sus ejercicios de cetrería hasta bien entrada la tarde, que sintiéndose fatigados y con excelente apetito , se sentaron á comer al pié de unas encinas.

Durante la comida reinó la mayor cordialidad entre los cazadores, y hasta llegó al exceso su alegría, merced á la prevision de Fortuño y Martin, que habian llenado una gran corambre de excelente vino de Rioja , considerando que las aguas ferruginosas de Triano podian ser muy buenas para doncellas pálidas, mas no tanto para varones colorados como sus amos y todos los que les acompañaban.

D. Juan de Leguizamon, que no aparta-

ba del pensamiento á Sancha ni su proyecto de pedir á Lope la mano de la doncella, creyó llegado el caso de hacer aquella petición.

—D. Lope, dijo al de Bortedo, debemos felicitarnos todos los caballeros bilbainos por haber terminado por completo nuestras enemistades. Comparemos lo que ayer fuimos con lo que somos hoy : ayer no gozábamos un instante de calma , destruíamos nuestros haberes, teníamos en continuo peligro nuestras vidas, inundábamos de sangre el señorío y llevábamos el escándalo y la consternacion por todas partes : hoy vivimos tranquilos, nos dedicamos al mejoramiento de nuestras haciendas , nos entretenemos en fiestas y solaces , y estamos siempre libres y aparejados para acudir adonde Vizcaya y su señor nos llamen. Procuremos, pues, consolidar la paz de que gozamos, estrechar más y más los vínculos de amistad que nos unen...

—Sí, D. Juan, contestó Lope con entusiasmo: abundo en vuestros deseos y haré cuanto esté de mi parte para que nuestra amistad no vuelva á alterarse.

—Pues bien: vos y yo, que representamos á los caballeros de Bilbao, debemos dar ejemplo de amistad y concordia á fin de que todos nos imiten. Quizá no merezca la dicha á que aspiro; pero disculpe mi atrevimiento el amor que vuestra hija ha sabido inspirarme.

—¡D. Juan!... exclamó Lope Sanchez, comprendiendo por completo adónde iba á parar Leguizamon, y con el semblante demudado por la cólera; si quereis que nuestra amistad no se turbe, si quereis que no tornen las sangrientas discordias que por tanto tiempo nos han separado, callad, y nunca volvais á pensar en arrebatarme el único sér amado que me queda en el mundo, desde que Dios me arrebató la dulce esposa, cuya pérdida lloraré eternamente.

— Cuando D. Juan de Leguizamon sea esposo de vuestra hija, tendréis un hijo á quien amar y de quien seréis amado.

El señor de Bortedo empezaba á verse acometido de aquel acceso de locura que experimentaba siempre ante la idea de ocupar un puesto secundario en el corazon de su hija.

— ¡Callad, D. Juan, callad! exclamó, sin poder dominar su indignacion: ningun hombre hay en el mundo digno de mi hija: mi hija no puede amar á nadie más que á su padre, porque el amor de su padre es tan grande, que todo el amor de que es capaz el corazon de Sancha no basta á pagar el más débil latido del mio.

— Ved, D. Lope, replicó Leguizamon, herido en su orgullo al ver que se le consideraba indigno de Sancha: ved que D. Juan de Leguizamon no cede en nobleza ni en riqueza al señor de Bortedo.

— Guardad vuestra nobleza y vuestras

riquezas, que á mi me basta el amor de mi hija, me basta tener constantemente á mi lado á Sancha, me basta ser el único hombre con quien le unan vinculos del corazon.

D. Juan no replicó: Lope no volvió á ocuparse en aquel asunto que tan cruelmente heria su alma; pero uno y otro se odiaban más que nunca en aquel instante; uno y otro encerraban ya en su corazon un infierno de rencor, por más que el de Haro hubiese tratado de apaciguarlos.

Los bandos, que poco ántes parecian haber desaparecido por completo, volvieron á aparecer: ya no se confundian los amigos de Leguizamon y los de Lope Sanchez: ya las aves que se cernian sobre aquellos caballeros no eran apresadas por los halcones, ni la liebre ni el ciervo que saltaban de entre las árgomas que sacudian los cazadores á su paso, eran alcanzados por las viras ni hostigados por los perros, porque la imaginacion de aquellos estaba ocupada en

pensamientos ménos inocentes que los relativos á la caza.

Su rencor tardó poco en estallar : aprovechando livianos pretextos, pusieron mano á las espadas y á las ballestas, y pelearon hasta teñir con sangre el monte de Triano.

Al anochecer entraron en Bilbao, no ya unidos como habian salido, sino divididos en dos bandos, capitaneados, el uno por Don Juan de Leguizamon, y el otro por Lope Sanchez de Barrondo.

D. Lope Diaz de Haro, viendo que su intervencion era vana en aquellas cuestiones, y no queriendo malquistarse con uno ni otro bando, salió aquella misma noche para Haro, donde se hallaba su padre.

VI.

La Intervencion.

Los bandos de Bilbao tenian conmovido el señorío de Vizcaya: se temia una guerra más cruel, más obstinada, más sangrienta que nunca.

D. Diego Lopez de Haro, que se hallaba á la sazón reedificando la villa á que acababa de dar por nombre su apellido, se habia esforzado inútilmente en apaciguarlos. En vista, pues, de que amistosamente no podia avenirlos, y de que el escándalo y la lucha eran cada vez mayores, determinó pasar á

Bilbao con buen golpe de gente de armas, que al efecto hizo venir de Castilla, con objeto de apelar á la fuerza, si nada conseguia con la persuasion.

D. Diego sólo pensaba hacer uso de la fuerza cuando no pudiera pasar por otro punto, porque la prudencia y la dulzura de ánimo eran dotes que en alto grado poseia. Púsose, pues, en camino, acompañado de su hijo primogénito D. Lope, y de su hueste, en la que se contaban hasta 1,000 peones, gente mercenaria, para quien en la guerra no hay más gloria ni más recompensa que el botin.

Al saber los de Bilbao la intervencion que el de Haro pretendia ejercer en sus domésticas contiendas, trataron de oponerse á aquella pretension, tachándola de atentatoria á sus libertades. Al efecto acordaron dar tregua á la lucha miéntras necesitaran defenderse de aquel á quien llamaban su comun enemigo, y mandaron cerca

del señor de Vizcaya una diputacion que protestase contra toda intervencion en sus discordias, y expusiese que estaban resueltos á repeler la fuerza con la fuerza si á ello se les obligaba.

Los de Haro hicieron alto en Durango con su gente.

Allí recibió D. Diego la diputacion bilbaína. Inútiles fueron los esfuerzos que hizo para asegurar la paz entre los dos bandos contendientes: inútiles las razones que alegó para justificar su intervencion en las querellas intestinas de sus vasallos. Y como se hallase dotado de una voluntad enérgica para domeñar al que abusaba de su carácter dulce y conciliador, insistió en llevar á cabo su resolucion de acabar de una vez con las discordias que yermaban una parte de sus estados.

Salió, pues, de Durango una mañana de estío, con direccion á Bilbao. Ricas y abundantes frutas inclinaban las ramas de los

árboles sobre el camino, formando vistosos y aromáticos toldos en toda la extension de éste; pacian numerosos ganados bajo las sombrías arboledas, y bandadas de palomas y de gallinas vagaban en torno de los alegres caseríos que á cada paso encontraba el noble señor de Vizcaya. Más de una vez latió de satisfaccion y de orgullo el corazon de D. Diego al contemplar la hermosura de sus dominios, y tal vez aquel bello espectáculo fortaleció más y más su resolucion de poner término á las miserables rencillas de los hombres, en un país donde la naturaleza tan liberal se mostraba.

Pero si al acercarse D. Diego Lopez de Haro á Bilbao hubiera tornado al punto de donde partiera aquella misma mañana, ya no hubiera hallado doradas frutas en los árboles, ni ganados en las praderas, ni bandadas de palomas y gallinas en torno de los caseríos, porque nada se habia librado de la rapacidad de sus soldados, avezados al robo

y hábiles en su ejecucion. Sólo hubiera visto lágrimas en los ojos de las pobres aldeanas, sólo hubiera hallado terribles amenazas é imprecaciones en boca de los robustos é inermes aldeanos, cuyas pérdidas no le habia sido dado evitar, porque habiéndose adelantado un buen trecho á la hueste, ignoraba los destrozos que ésta iba haciendo á su paso.

Como el conjunto de la poblacion no estuviese murado, los de Haro penetraron con su gente en Bilbao sin oposicion alguna.

Los caballeros y peones que, si bien en corto número, guarnecian las fortalezas, se habian encerrado en éstas, decididos á defenderse con empeño, en caso de ser atacados.

Los jefes de los bandos habian dispuesto que no se hostilizase á los invasores en tanto que éstos no tomasen la iniciativa, como asimismo que se recibiese con todas las

atenciones posibles al señor de Vizcaya y se escuchasen sus proposiciones.

La gente de los de Haro acampó junto á la torre de Barrondo, quedando D. Lope Diaz á su cuidado, y D. Diego pasó á aquella fortaleza á conferenciar con Lope Sanchez, despues de haber hecho lo mismo con D. Juan de Leguizamon, cabeza del bando contrario.

Como los ballesteros bilbaínos y los soldados del de Haro comenzáran á denostarse, los unos desde las torres, y los otros desde el campo, á pesar de los esfuerzos que D. Lope Diaz hacia para evitarlo, empezaron á jugar las ballestas de una y otra parte.

En este tiempo, crecido número de aldeanos habian ido llegando por el camino de Durango, y acercándose, como atraídos por mera curiosidad, al campo de los soldados del de Haro; número que aumentaba por instantes, si bien ninguna sospecha des-

pertaba en D. Lope Diaz, pues ignoraba que los aldeanos tuviesen motivos para hostilizar á su gente.

Nada habia conseguido D. Diego de los jefes de los bandos, los que insistian en que ni el señor de Vizcaya ni nadie tenia derecho á mezclarse en sus cuestiones intestinas. Disponíase á salir, despues de manifestar al de Barrondo que iba á hostilizar las fortalezas, cuando con motivo de menudear más y más las flechas disparadas desde las torres y el campo, estalla de repente la mal reprimida cólera de los aldeanos, y éstos se lanzaron con desaforados gritos sobre los que acababan de asolar sus propiedades. Imitanlos los ballesteros de las torres, animados por aquel refuerzo, y se traba un sangriento combate.

Nuevas bandas de aldeanos, armados de hachas é instrumentos agrícolas, aumentan cada instante el número de los agresores.

El jóven D. Lope Diaz lidia valerosamen-

te, pero son vanos todos sus esfuerzos, porque lidia á la cabeza de una legion de cobardes : la mayor parte de sus soldados . en vez de imitar su ejemplo, huyen desatentados, acreciendo así el ánimo y el furor de los aldeanos.

Entre tanto, algunos de éstos, sabedores de que el señor de Vizcaya se halla en la torre de Barrondo , van en su busca , resueltos á vengar en él los excesos cometidos por sus soldados.

D. Diego , así que oyó el ruido de la pelea , se despidió de Lope Sanchez para ir á tomar parte en ella , á lo que aquel no se opuso , y cuando iba á poner el pié en el campo , fué acometido por la turba de los aldeanos , que gritaban :

— ¡Venganza ! ¡venganza ! ¡Muera el capitán de bandidos !

El anciano desnudó su espada y comenzó á defenderse , poniendo á cubierto su espalda con la puerta de la torre , que habia

sido cerrada tan pronto como le dió salida, pero se halla próximo á ceder, porque es excesivo el número de sus enemigos.

Asómase Lope Sanchez á una ventana de la torre, y al ver el inminente peligro en que se halla el señor de Vizcaya, aquel hombre comunmente tan implacable en sus odios y tan poco dispuesto á la generosidad, acude en su defensa, y acometiendo, arrebatado de indignacion, á la turba desenfrenada,

— ¡Atras, felones! grita; ¡atras, mal nacidos, atras! ¿Quién osa levantar la mano contra su señor? ¡Hollaréis mi cadáver ántes de llegar al señor de Vizcaya!

Y el señor de Bortedo descarga tan rudos golpes con su espada, que dos aldeanos quedan muertos á sus piés, no sin haber alcanzado á Lope Sanchez un hachazo que le causó una herida de poca consideracion.

Al fin se aleja de la torre de Barrondo el señor de Vizcaya, acudiendo en defensa de

su hijo; pero éste acaba de caer al suelo, herido por una flecha, y la turba que no ha podido sacrificar al padre, se lanza á acabar con el hijo. Su escudero Ordoño y otros dos ó tres leales servidores son ya los únicos que rodean y defienden á D. Lope Diaz: no hay espadas, no hay puertas, no hay muros que puedan salvarle de la saña de sus enemigos.

— ¡A la torre de Barrondo! grita D. Diego, abriéndose paso con su espada hasta donde yace su hijo desangrándose horriblemente.

Ordoño, mancebo de hercúleas fuerzas y el escudero más aficionado y leal á su señor, toma en sus brazos al herido, mientras el anciano y los otros dos servidores le protegen, haciendo frente á los agresores, hasta que llegan á la torre, cuyas puertas se abren de repente para darles paso y se vuelven á cerrar en seguida, estrellándose en ellas el furor de los aldeanos.

que no le es posible llevar á cabo su plan.
Pasa, porque su herida es muy grave.
Las circunstancias que le rodean con-
ducen al de Haro su reconciliación con los
soldados de Bilbao, entre los cuales iba
dejar á su hijo; y como aquellos y pacien-

VII.

Paz y guerra.

Tres dias há que D. Diego Lopez de Haro y su hijo permanecen en la torre de Barrodo, desconsolado el primero por el peligro en que el segundo se halla, á causa de la herida que recibió recién llegados á Bilbao.

Revueltas de los pobladores de Haro reclaman la presencia del señor de Vizcaya en aquella villa, lo cual aumenta notablemente el conflicto de D. Diego, que no quisiera apartarse del lado de su hijo, ya

que no le es posible llevar á éste en su compañía, porque su herida es muy grave.

Las circunstancias que le rodeaban aconsejaban al de Haro su reconciliacion con los solariegos de Bilbao, entre los cuales iba á dejar á su hijo; y como aquellos, y particularmente Lope Sanchez, se mostrasen dispuestos á la paz, quiso dejar enteramente arreglada aquella cuestion ántes de salir de Bilbao.

Lope Sanchez de Barrondo reunió, pues, á su instancia á los caballeros de su bando y á los del contrario.

—El señor de Vizcaya, les dijo, jura respetar vuestros fueros y no mezclarse nunca en nuestras contiendas, aunque las deplora y su poder sea tanto, que fácil le sería imponernos, justa ó injustamente, su voluntad. Además, el de Haro está pronto á resarcir á los aldeanos los daños que les causára su mesnada. Ocasión es ésta de probar que los caballeros vizcaínos son dóciles y generosos

con el generoso, si altivos con el altivo. Prometamos, pues, á D. Diego Lopez el olvido de nuestras querellas, que por la fuerza quiso imponernos, y al hacer el sacrificio de nuestros temores, no sólo corresponderemos á su generosidad, sino tambien serviremos á los intereses procomunes, tan lastimados al presente.

Esta proposicion fué acogida con aplauso por todos los caballeros bilbaínos, que en su mayor parte no en balde llevaban este título, no siendo D. Juan de Leguizamon el que ménos se adhirió á las ideas del de Bortedo.

D. Diego Lopez de Haro rogó á Lope Sanchez, con lágrimas en los ojos, cuidase de su hijo con tierna solícitud, y el señor de Bortedo, que comprendia el dolor de un padre, cual pocos en el mundo le podian comprender, le tranquilizó, prometiéndole ver en el herido, no sólo un amigo, sino tambien un hijo.

Así, pues, el señor de Vizcaya tomó el

camino de Haro , acompañado, no de los soldados que habia traído , pues conforme habian ido volviendo éstos de su cobarde y vergonzosa fuga , los habia ido despidiendo de su servicio , sino por cien ballesteros que los jefes de los bandos bilbainos pusieron á sus órdenes ; y á su paso, camino de Durango, indemnizó liberalmente á los aldeanos, de los robos que su hueste les hiciera, con lo cual amansaron su ira los campesinos, y trocaron sus denuestos en loores.

Estaba de Dios que D. Diego no habia de tener satisfaccion cumplida ni dia de sosiego. Apénas llegó á Haro , aquietó las turbulencias de aquellos moradores, y se disponia á tornar á Bilbao al lado de su hijo, á quien amaba entrañablemente, pues desde que perdió á su esposa, su hijo puede decirse que era el objeto de todo su amor, como sucedia á Lope Sanchez respecto á Sancha ; pero sucesos fatales é imprevistos se lo estorbaron, como vamos á ver.

Habiendo fallecido el rey D. Fernando II de Leon , dejó por sucesor á su hijo Alfonso IX, nacido de su primera mujer Doña Urraca , hija del rey de Portugal; mas como á su fallecimiento estuviese casado en terceras nupcias con otra Doña Urraca , hermana de D. Diego Lopez de Haro , y de ella tuviese sucesion , la reina viuda hubo á mal que heredase la corona su hijastro , y pidió auxilio á su hermano , el señor de Vizcaya , para defender los derechos que creia asistian á sus hijos á la sucesion en el trono.

Cierto que estos derechos eran contestables; pero como la voz de la sangre pudiese más que la de la razon en D. Diego , éste acudió al llamamiento de su hermana , fiando en el prestigio que en Castilla y Leon gozaba , y más aún en las fuerzas que á su paso desde Vizcaya esperaba reunir.

Sus cálculos , emperó , salieron fallidos , pues en breve se concertaron en contra suya todos los poderes de ambos estados , ya fue-

ra que conociesen la sinrazon, ó ya que viesesen llegada la ocasion de aniquilar al de Haro, que hasta entónces siempre habia triunfado de los muchos émulos que á su valimiento y riquezas debiera.

Su hueste fué desbaratada en varios encuentros, y hubo de huir, con muy escasas fuerzas, á Navarra. Metióse en Estella, plaza bien murada, y á la sazón señorío de D. Pedro Ruiz de Azagra, y allí juntó nueva gente con que acometer á Castilla: hizo, y nuevamente fué derrotado en la frontera. Y como entónces D. Sancho de Navarra, D. Pedro de Aragon y D. Alonso de Castilla ajustasen paces, D. Diego se vió desamparado y compelido á huir á tierra de moros.

Y en tanto que todo esto pasaba, D. Lope Diaz seguia en Bilbao y Lope Sanchez procuraba tenerle ignorante de todo, á fin de que las cuitas de su padre no agravasen su dolencia. Al fin desapareció el peligro que

ésta ofrecía : el convaleciente comenzaba á recobrar la alegría y las fuerzas , y entón- ces creyó Lope oportuno el darle conocimien- to de las desgracias de su padre. ¡Nunca se le hubiera dado ! Al saberlas , D. Lope Díaz cayó en un abatimiento tan profundo , y su mal curada herida se renovó de tal modo , que se creyó su existencia más que nunca comprometida.

VIII.

El Sueño.

Es media noche, el cielo está azul y estrellado, y la luna, que brilla en todo su esplendor, argenta las tranquilas ondas del Ibaizabal. Uno de sus rayos penetra por una angosta ventana de la torre de Barrondo, é ilumina un suntuoso aposento, donde yace en un lecho no ménos suntuoso un mancebo de hasta veinte años de edad.

Una virgen, que poco más de tres lustros cuenta, vela junto al lecho del mancebo, y virgen debe ser, pues cuantas veces separa

el jóven el finísimo lienzo que cubre su pecho cuidadosamente vendado, inclina ruborizada su vista la hermosa doncella, que parece el ángel que baja de noche á proteger el sueño de los justos.

¡Oh, qué hermosa, qué pura, qué amorosa, qué solícita es la enfermera! ¡Qué bello, qué agradecido, qué gentil es el enfermo, á pesar de que el dolor ha impreso profundamente la huella en su semblante!

— ¡Tengo... sed! murmura el mancebo, articulando con dificultad sus palabras.

Y la jóven toma un vaso que al lado del lecho estaba, y le aplica á los labios del enfermo, que despierta á su contacto, pugnando por añadir algunas sílabas más.

— ¡Ah! ¿sois vos, Sancha? pregunta fijando con amor y satisfaccion indecible sus ojos en la doncella.

— ¡Sí, yo soy, D. Lope! responde ésta con el amor de la madre que respondió á su hijo moribundo.

— ¡Ay, qué sueños, Sancha, qué sueños tan horribles!

— Olvidadlos, D. Lope, olvidad las quimeras de vuestra imaginacion trastornada por la fiebre.

— Ya nada temo, Sancha, porque vos, mi ángel guardian, estáis á mi lado.

— Procurad tranquilizaros para que vuestro mal no se agrave.

— ¡Si supierais, Sancha, qué sueño tan espantoso he tenido! Soñaba que vos habiais velado junto á mi lecho muchos dias, muchas noches, muchos meses, cicatrizando mis heridas con el bálsamo de vuestras palabras. Y esto es verdad, Sancha, esto es verdad.

— Si, verdad es que he cuidado de vos, porque así complacia á mi padre y satisfacía los deseos de mi corazon.

— Soñaba que llegué á amaros como deben amar á Dios los ángeles. ¡Y esto tambien es verdad, Sancha!

—Sí, D. Lope; así me lo habeis jurado muchas veces, y os he creído, porque necesitaba creerlos.

—¡Dios mio, dadme la salud, concededme la vida para consagrársela á Sancha! exclamó el mancebo, alzando sus ojos á un crucifijo colocado en la pared á la cabecera de su lecho... Pero dejad que acabe de contaros mi sueño, añadió, dirigiéndose á Sancha. Soñaba que mi amor era por vos correspondido, y que ambos viviamos en la esperanza de que un dia sería bendecido por Dios y por nuestros padres; pero habia un hombre poderoso que me disputaba vuestra mano, y no recuerdo si en vos habia bastante resolucion para destruir las esperanzas de aquel hombre. ¿Es esto tambien verdad, Sancha? ¿Es esto verdad?

— ¡D. Lope, D. Lope! olvidad esas quimeras de vuestra enferma imaginacion.

—Yo os prometo olvidarlas, Sancha, porque la supersticion es indigna de un caba-

llero, pero dejad que concluya de referiros mi sueño. Vuestro padre fué iniciado en el secreto de nuestro amor, y exclamó: «¡Tengo sed de venganza!» Y se vengó horriblemente, talando los estados de mi padre, y pasando á cuchillo los vasallos del señor de Vizcaya. Y vos, Sancha mia, fuisteis encerrada en una oscura prision; y cuando supe que vos, inocente y pura y enamorada, erais oprimida bárbaramente, quise exclamar á mi vez: «¡Tengo sed de venganza!» Pero aún no habia acabado de pronunciar esta frase, cuando sentí en mis labios un cuerpo frio, y entónces desperté, y os vi a mi lado, y teniais en la mano el vaso con que refrigerais mis labios.

—¡Lope!... ¡Por qué habeis turbado la calma de mi corazon con el relato de ese sueño?... ¡Ah!... ¡qué presentimientos tan horribles!...

Y la doncella temblaba, y de sus bellos ojos se desprendian algunas lágrimas. Pero

reflexionó un momento, enjugó sus ojos, é indignada de su propia debilidad, añadió:

—Dejemos estas locas supersticiones, que si son indignas de un caballero, tambien lo son de la hija del señor de Bortedo.

—Sí, Sancha, no nos complazcamos en pintar lo porvenir cubierto de oscuras nubes, que la felicidad nos sonreirá en tanto que nos sonria el amor... Honra y riquezas tendremos siempre, pero aunque nos falten, no echarémos de ménos la felicidad, porque una pobre cabaña, olvidada de todos y escondida en el valle más solitario de Vizcaya, será para nosotros más cómoda y más tranquila que los alcázares de los reyes.

Exaltado el mancebo con las risueñas imágenes de un porvenir lleno de amor y de felicidad, habia ido alzando la voz, cual si no temiese que le oyera alguién más que la doncella.

—Lope, le dijo ésta, recordad que puede oiros mi padre.

Lope exhaló un profundo suspiro, y exclamó, bajando la voz :

— ¡Ay! sí, teneis razon, Sancha. No sabeis cuánto lastíma mi corazon el recuerdo de vuestro padre... ¡Tan generoso, tan noble, tan bueno para conmigo, y yo, prevaleido de su confianza y de su generosidad, he hecho latir por mí un corazon que, en su concepto, sólo debe latir por él!...

— Mi corazon, repuso Sancha, no porque lata por vos dejará de latir por mi padre... Desechad vuestros temores de que mi padre desapruebe terminantemente nuestro amor; que sabiendo que yo os amo, él os amará tambien.

— ¡Ay! añadió Sancha para sí, harto fundados son sus temores; con sobrada razon teme que entre nosotros abra mi padre un abismo; pero ayúdele la esperanza á recobrar la salud, y luégo... ¡Dios, que ha infundido en nosotros este amor tan intenso como puro, que en vano hemos procurado

sosfocar, tendrá compasion de nosotros!

D. Lope Diaz guardaba silencio : al esfuerzo que acababan de hacer su inteligencia y sus órganos excitados por el amor y los tristes presentimientos de su corazon, sucedió un abatimiento que Sancha tuvo por apacible sueño.

La doncella cerró sin hacer ruido la ventana para que no penetrára el resplandor de la luna, creyendo que así podria conciliar mejor el sueño su amado, y volvió á sentarse junto al lecho del enfermo, entregada á sus temores y á sus dolorosas reflexiones.

IX.

Los amigos, enemigos.

El rey D. Alfonso celebraba córtés en Carrion de los Condes, y todos los que tenían voto en ellas acudian al llamamiento del Monarca.

Los vizcaínos eran harto audaces y poderosos para que D. Alonso osase despojar de aquel señorío á la casa de Haro, á la que eran en extremo adictos, sobre todo desde que estaba representada por D. Diego López *el Bueno*.

No sólo no mostró tal pretension D. Alon-

so, sino que para tener á su devocion á los vizcaínos, que por la desgracia de su señor comenzaban á mostrarse descontentos, llamó á la córte á D. Lope Diaz, que, en ausencia de su padre, gobernaba el señorío y le prodigó mil halagos y mercedes, propios de aquel monarca, tan esforzado guerrero como hábil político.

Con este motivo D. Lope Diaz, curado que hubo del cuerpo, fuése á Búrgos, llevando herida de amor el alma, acompañado de su huésped, el señor de Bortedo, cuyo llamamiento á las Córtes coincidió con el del Rey al mancebo.

Juntos asistieron á las Córtes, y terminadas éstas, dieron la vuelta á Búrgos, con objeto de arreglar allí asuntos de sus respectivas casas ántes de tornar á Vizcaya.

Una tarde cabalgaban por solaz, riberas del Arlanza, con otros ricos hombres, departiendo amistosamente, cuando vieron ir hácia ellos un mensajero, que era nada mé-

nos que Alvar, un criado del de Barrondo, muy adicto á Sancha, y á quien ésta distinguia mucho entre todos sus servidores.

Alborozóse mucho Lope Sanchez al verle, mas no extrañó su presencia, pues cada ocho dias recibia noticias de su casa por medio de él, segun habia convenido con su hija al separarse de ésta en Bilbao.

Alvar entregó un pergamino á su señor, y al mismo tiempo dió otro muy recatadamente al de Haro, que le recibió y ocultó con suma alegría.

Segun pasaba el de Bortedo su vista por el pergamino, encendianse sus ojos, la rabia tornaba blanca la color de su rostro, y se contraian sus labios horriblemente.

De repente estrujó el pergamino en sus manos, y clavando una mirada feroz en Don Lope Diaz, gritó :

— ¡D. Lope, sois más ruin y más villano que el villano peor nacido!

Caballeros y escuderos quedaron pasma-

dos al oír tan descomedido apóstrofe, y más aún al ver el iracundo talante del señor de Bortedo, que tenía la mano puesta en la cruz de la espada.

— ¡Justicia de Dios! exclamó el de Haro, poniendo mano á su acero, no ménos irritado que Lope Sanchez. Mucho os debo, Don Lope, y bueno habeis sido hasta hoy para conmigo; mas ni del padre que me engendró tolerára insultos como el que me habeis dirigido. No necesito saber por qué me insultais; bástame que me hayais insultado para que responda mi espada á vuestros insultos.

— Buena es la tarde y anchas esas praderas del Arlanza para que hagamos campo y os pruebe mi espada lo que mi labio os ha dicho, repuso Lope Sanchez, cada vez con más enojo.

Ambos caballeros se aparejaron al combate y pelearon largo rato, hasta que el de Bortedo dió una cuchillada al de Haro, que

áun se resentia de la herida que recibiera en Bilbao, y que descabalgó mal herido.

Lope Sanchez tomó, acto continuo, la vuelta de la ciudad, seguido de sus parciales, en tanto que Lope Diaz era socorrido por los suyos.

El señor de Bortedo se encerró en su aposento, y pasó la noche como si estuviera en compañía de su hija, pues nombrándola con frecuencia, ora la maldecia, ora la dirigia palabras amorosas, ya reia desordenadamente, ya hablaba de venganza y de desolacion.

Quiso partir al dia siguiente de Búrgos; pero su salud se habia quebrantado de tal modo, durante la noche que acababa de pasar, que le fué imposible satisfacer su deseo. Una fiebre abrasadora le consumia, la lividez de un cadáver cubria su rostro, y su razon tenía frecuentes períodos de desvarío.

Los dos, el señor de Bortedo y el señor

de Vizcaya, deseaban tomar la vuelta á sus estados; pero los dos estaban gravemente enfermos, y por consiguiente, se vieron precisados á permanecer muchos dias en Búrgos.

X.

La entrevista.

Tocaba á su término el mes de Setiembre, y una mañana salió de Valmaseda un apuesto caballero, oculta la faz con la caperuza: un corpulento escudero cabalgaba á su siniestra, y detras iba un paje llevando su lanza.

En esta disposicion tomaron todos tres Cadagua abajo, entretenidos el caballero y el escudero en animada conversacion, que más parecia de igual á igual, que de señor y criado.

Aun conservaban los árboles parte de su verde ropaje, y sin embargo, soplabá un cierzo tan frío, y eran los hielos tan crudos, que los naturales del país barruntaban una próxima nevada.

Y en efecto, el invierno asomaba su alba cabeza por el pico de Colisa y por las cordilleras de la Ordunte.

—¿Y cómo os sentís de vuestra herida, ó mejor dicho, de vuestras heridas? preguntó el escudero á su señor.

—Muy bien, Ordoño, muy bien, confesó el caballero. Paréceme que para cuando lleguemos á Bilbao han de haber cesado enteramente los agudos dolores que á nuestra salida de Búrgos me aquejaban.

—Cierto, dijo el escudero, que fué grande imprudencia la de poneros en camino con tanta precipitacion, hallándoos tan doliente.

—Mis cuitas, Ordoño, hubieran sido mayores en Búrgos que en Vizcaya. Ya sabes cuánto la amo, y cuán expuesta se halla á

las violencias de su padre, y á la saña del que inútilmente solicita su mano y su corazón. Estando cerca de ella, yo la protegeré, ó perderé la vida en la demanda. La triste doncella no tiene más protector que mi brazo, que fio ha de ser invencible, impulsado por mi corazón. Además, su padre, al solicitar en Búrgos el apoyo de la corte desde el lecho donde se hallaba postrado como yo, no pudo ocultar su intento de apoderarse del señorío de Vizcaya, y como á mi noticia llegára, olvidé mi dolencia para acudir á defender los derechos de mi casa.

—Pero quedando en Búrgos el de Bortedo, no habiais menester hacer la jornada con tanta precipitacion.

—El de Bortedo habrá dispuesto su partida tan pronto como haya sabido la mia, y yo necesito estar prevenido á la defensa para cuando llegue.

En estas y otras pláticas, llegaron nuestros interlocutores, al rededor del medio-

día, á Alonsótegui, cerca de la puente de Castrejana, que no dista cien tiros de ballesta de Bilbao. Extendíase á un lado del camino un campo poblado de nogales, de cerezos, de manzanos y otros árboles, áun no desprovistos de fruta algunos de ellos; pues en el país vascongado es muy comun hallar tales campos, que sirven de *plaza* á las aldeas.

Como la amenidad del sitio convidase al reposo, el caballero y sus servidores desca- balgaron allí y se dispusieron á requerir las fiambres de que iban provistos, si bien el primero no mostraba gran deseo de refocilar su estómago.

—Segun hemos convenido, dijo el escu- dero, hora es ya de que discurramos los me- dios de ver á Doña Sancha sin que nuestra comunicacion con ella sea notada en Bilbao.

Iba el caballero á contestar á su servidor, cuando apareció á la puerta de una casita blanca sombreada por un emparrado, una

doncella de peregrina hermosura, y el de Haro, pues ya habrá conocido el lector que era él, guardó silencio, atento sólo á contemplarla, porque hallaba en ella un encanto que no sabía definir, cuando hacia tiempo que, fuera de Sancha, todas las mujeres le eran indiferentes.

Aquella contemplacion duró pocos instantes, pues el de Haro exhaló un grito de sorpresa y alegría, y pronunciando el nombre de su amada, corrió hácia la doncella, que, aunque vestida de campesina, era la noble hija de Lope Sanchez de Barrondo.

Tal impresion hizo en la jóven la presencia de su amante, que sus sentidos se conturbaron, y hubiera caido al suelo, á no llegar D. Lope á tiempo para sostenerla y colocarla como un cuerpo inerte en un poyo de mampostería que se hallaba bajo el emparrado.

El paje y el escudero acudieron en ayuda de su señor, que procuraba volver en su

acuerdo á la doncella. Iban ya á entrar en la casa á pedir algo que hacerla respirar, ó cuando ménos agua para rociarla el rostro, cuando la desmayada comenzó á recobrar el conocimiento, y entónces los dos solícitos servidores se retiraron, ignorándose si por respeto á su señor, ó por afición al almuerzo.

—¡Al fin torno á veros, Lope! exclamó Sancha; ¡al fin hallan alivio mis penas, si grandes al consideraros ausente, mayores aún al consideraros herido, humillado y llorando la desgracia de vuestro padre!

Y al hablar así, la doncella clavaba sus bellos ojos en D. Lope con tan ardiente expresion, que parecia exhalar su alma en su mirada.

—¡Sancha, dijo el de Haro, vos disponeis de mi dicha y de mi desventura, de mi vida y de mi muerte. Sólo necesito vuestro amor para ser dichoso, para vivir, para triunfar de todos mis enemigos, para salvar todos

los abismos que se presenten á mi paso. Negras tempestades rugen en el cielo que vimos azul y sonrosado un dia; mas ni el rayo ni el trueno me acobardarán, miéntras los crea precursores del sol que buscan mis ojos, de vuestro amor, Sancha mia, de vuestro amor!

—Contad siempre con él, Lope; que cuanto más contrariado se vea, más puro y más grande se mostrará á vuestros ojos, contes-
tó Sancha, llorando de amor y de alegría.

—Vuestro padre se halla iniciado, á mi entender, en el secreto de nuestro amor, y sediento de venganza, tal vez en este instante mismo reúne sus huestes en Bortedo para asolar los estados del mio, para pasar á cuchillo los vasallos del señor de Vizcaya, y D. Juan de Leguizamon, envidioso del amor que me prodigais, le prestará su ayuda!... ¿Recordais, Sancha mia, recordais aquel fatídico sueño?

—¡Sí, Lope!

—Pues bien ; aquel sueño se va realizando ; pero mi corazón no se acobarda ante los enemigos de nuestra dicha : haré frente á todos ellos y los venceré , no lo dudeis . Pero ¿cómo os encuentro aquí y en ese traje ?

—La labradora que me alimentó á sus pechos se hallaba enferma y necesitada , y he venido á verla , disfrazada con este traje para no ser conocida , y acompañada de una dueña que en este instante se halla al lado de la enferma .

— ¡ Ah ! ¡ sois el ángel guardian de los tristes y necesitados ! exclamó D. Lope , llevando á sus labios la mano de la doncella , y añadió en seguida : pero explicadme , Sancha , qué fatal equivocacion descubrió nuestro amor á vuestro padre ...

—D. Juan de Leguizamon me importunaba con sus ruegos amorosos , y un dia , despechado por mis repulsas , me juró que nunca me volveriais á ver . Temerosa de que os armára alguna celada vil en que caye-

seis hallándoos desprevenido, al dar á Alvar el pliego que todas las semanas iba á llevar á mi padre, le dí otro para vos, el que debia entregaros en secreto, y en el que os daba conocimiento de la amenaza de Don Juan, para que estuvieseis prevenido contra sus asechanzas. Alvar entregó por equivocacion á mi padre el pliego que á vos iba dirigido, y hé aquí el origen de las lágrimas que desde entónces he derramado.

Sancha fué interrumpida por la llegada de uno de sus criados, que la entregó un pliego, cuyo contenido era el siguiente :

«Amada Sancha : hoy mismo te espera en el castillo de Bortedo

TU PADRE.»

—Volved á Bilbao, dijo la doncella al mensajero, y disponed una litera que me conduzca á Bortedo ; que estén dispuestos tambien veinte ballesteros para acompañarme, pues dentro de un instante tomo la vuelta de Bilbao.

—Cumpliré vuestras órdenes, señora, contestó el criado, y tomó el camino que habia traído.

Sancha enseñó el pliego á su amante.

En aquel instante se oyó la voz de la dueña, que llamaba á su señora en el interior de la casa.

D. Lope se echó la caperuza y preguntó á Sancha en voz baja:

—¿Puedo fiar en vos, en vuestra resolución, en vuestro amor?

—¡Si, miéntras yo viva, os lo juro, Lope!

—Pues nada temais, fiad tambien en mí. Si vos sois débil, fuerte soy yo, y comprendo que la mayor gloria del hombre es proteger á una mujer y morir por ella si es necesario, dijo D. Lope Diaz.

Y dirigiéndose adonde le esperaban el escudero y el paje, cabalgaron nuevamente los tres, y tomaron Cadagua arriba.

XI.

Los centinelas.

Era una noche sin luna; pero la espesa capa de nieve de que se habían cubierto, pocas horas hacia, las montañas, cuya base lame fugitivo el Cadagua, destellaba una claridad tan viva, que el centinela colocado en las almenas del castillo de Valmaseda, y el que velaba en las del castillo de Bortedo, podían examinar gran parte del terreno que entre ambas fortalezas mediaba.

Reinaba un profundo silencio en toda la comarca; silencio que sólo interrumpía, de

cuando en cuando, el ladrido de los perros en el empinado cerro coronado por el castillo de Bortedo.

En la plaza de armas, y en los aposentos bajos de esta última fortaleza, se notaba un movimiento inusitado de peones y caballos, y las máquinas de guerra rechinaban á veces en el interior del castillo.

Algunos caballos, muertos recientemente, á juzgar por el cálido vapor que de ellos se levantaba, eran presa de los lobos y los perros, que se los disputaban obstinadamente en la falda del cerro, á tiro de ballesta de la fortaleza.

—Vive Dios, decia un balletero colocado en un ángulo del muro del castillo, dirigiéndose con la vista á los lobos y los perros que devoraban los caballos, si mi mano y mi ballesta no estuvieran enervadas por el hielo de la noche, no os habiais de regalar tan á vuestro gusto con esos pobres corceles que tan buenos servicios han prestado

á mi señor. Hé ahí, continuó, la recompensa de las fatigas del caballo, y aún de las del soldado, ya sirvan al señor de Bortedo, ya al señor de Vizcaya, ó ya al diablo, que cargue con todos los señores.

— ¡Alerta, Iñigo! dijo otro ballestero apostado en el ángulo paralelo, interrumpiendo al primero en su soliloquio.

— No hayas miedo que el sueño me rinda, contestó Iñigo. ¡Buena música nos arrulla para dormir esta noche! ¡Mal rayo parta á esas alimañas que no saben cenar sin alborotar, como si las cenadas fuesen ellas!

— Dígote que estés alerta, porque según me ha dicho Martin, el escudero de D. Lope, los corredores que han venido después de anochecer de hácia Valmaseda, han traído malas nuevas.

— ¡Y no me dirás, Fortuño, qué nuevas son ésas?

— Parece que por allí se preparan á la de-

fensa. En cuanto el de Haro llegó anoche á Valmaseda, comenzó á dar disposiciones para reparar los muros de la plaza y meter en ella bastimentos; y esta tarde, cuentan que ha vuelto de hácia el interior de las Encartaciones, para donde salió por la mañana.

—Dudo mucho que el de Haro pueda contrarestar las fuerzas que nuestro amo y señor prepara para la embestida. Además de la gente que duerme esta noche aquí, la torre de Ungo y la de Gijano están henchidas de peones y caballeros, y eso sin contar con las fuerzas que los de Bilbao facilitarán á nuestro amo.

—Pues ándese con cuidado el de Vizcaya; que por lo que hace á nuestro amo, si mete la cabeza en el condado, no soltará á tres tirones la presa, mucho más, teniendo por allá buenos amigos, que sí tiene, y estando los de Haro, el padre huido á tierra de moros, y el hijo aún no restablecido del tajo

descomunál que nuestro amo le dió en Búrgos.

—¿Sabes, Fortuño, que no comprendo la causa de la enemiga que tan de repente ha entrado al de Vizcaya y al de Bortedo? Ello debe ser cosa de la córte, porque allá fueron los más amigotes del mundo, y tornan enemigos irreconciliables.

—No andas descaminado en tus cálculos, Iñigo: cosas de la córte los han desavenido, y tengo para mí que ha de ser por mucho tiempo.

Hablando así ambos ballesteros, habian ido acortando la distancia que los separaba, el uno movido por su curiosidad, y el otro movido por el deseo de lucir su inteligencia en lo que á su señor atañia.

—Departamos bajo, continuó Fortuño, porque nuestro amo y señor tiene malas pulgas, y si llegára á saber que nos ocupábamós en la causa de sus discordias, que dicen procura recatar, amaneceriamos colgados de

la almena más alta del castillo. Por el bendito Noé, que cada vez lamento más la pérdida de mi antiguo oficio de paje de lanza de D. Lope, porque, cuando el tal oficio tenía, no necesitaba mendigar nuevas de nadie, como que muchas veces *introduxi me recri in cellxa sua*, que en romance significa que me colaba en el aposento de mi amo.

—Si muchas sandeces te he visto hacer desde que te conozco, la mayor de todas fué haberte indispuerto con tan buen amo, hasta el punto de que D. Lope te echára de su lado y te confundiera con nosotros, pobres ballesteros, que miéntras tú roncabas en lecho bien abrigado y mullido, nos chupábamos los dedos de frio, paseando como ahora, ballesta al brazo, por los adarves del castillo de Bortedo ó por los de la torre de Bar-rondo.

—Te diré, Iñigo, por qué me echó de su lado D. Lope. Siempre fuí aficionado al zu-

maque, y esta afición mía viene de haber oído á mi abuela que todo lo antiguo es bueno. Ya sabes que se me alcanza en achaque de libros: como leyera que en tiempo del bendito Noé habia parras, pues aquel santo patriarca inventó sacar el tal zumaque, tuve para mí que el vino, siendo tan antiguo, cosa muy buena debia ser, y cierto que no fué errado cálculo el mio. Cuando mi amo estuvo la penúltima vez en Búrgos, fui con él allá, y entónces ya no necesitaba una corambre entera para aplacar mi sed, pues con una docena de copas quedaba satisfecho, porque... écheme la uña el de Haro, si el vino que por allá se gasta no es contemporáneo de su santo inventor: *vinum optimum*, vino que dice bebedme. A nuestra vuelta á Bilbao, tuve que habérmelas de nuevo con el chacolí de la tierra, que mal haya él si hacia más que doblarme la sed, y queriendo suplir la calidad con la cantidad, tanto me dí á él, que comencé á ponerme calamo-

cano dos veces al dia, por lo cual nuestro amo y señor me mandó dar una buena tunda de azotes, y de paje de lanza me rebajó á simple balletero. Pero volviendo á nuestro cuento de la córte, Martin, que ha estado por allá, y por señas ha traído una buena corambre del añejo de Búrgos, que hemos bebido juntos; Martin, digo, hame contado cómo fué la lid de nuestro amo y el de Vizcaya.

—Cuéntame, cuenta, hermano, dijo Iñigo, cada vez más movido á curiosidad.

Y Fortuño le contó en efecto lo que ya sabe el lector, es decir, el combate de Don Lope Diaz y el de Bortedo.

—Pero ¿no se sabe por qué denostó Don Lope Sanchez al de Haro?

—Nada se sabe, Iñigo, nada.

—Mas ¿no se te alcanza algo que ponga más en claro ese misterio, que tan turbio está?

—¿Cómo quieres, Iñigo, que se me al-

cance nada, si D. Lope, aquí como en Búrgos, yace encerrado en su cámara, y no comunica más que con los mensajeros que, á la cuenta, manda á reclutar gente?

—Pues yo tengo para mí que lo que de tan mal talante pone á D. Lope han de ser amores de Doña Sancha...

—Córtate la lengua, Iñigo, primero que calumnies á nuestra ama y señora, que lléveme el diablo si no es tan santa como las de los retablos.

—Tales pueden ser sus amores, que léjos de humillarla, la ensalcen. Don Lope Diaz bien merece casar, no con la hija del señor de Bortedo, sino con la del rey de Castilla y Leon.

—Pues aunque así sea, tal es nuestra ama, que lengua de villano que tú eres, no debe mentarla.

—Aquí llegaban de su plática los ballesteros cuando vieron destacarse sobre la nieve, en las cumbres de Orrantia, una masa

negra que se movia en direccion á Bortedo.

Fortuño llevó á los labios una bocina que de su cuello pendia, y un sonido áspero y lúgubre interrumpió el silencio de la noche, repetido á largo trecho por el eco.

Pocos instantes despues bajóse el puente levadizo, y penetró en el castillo porcion de caballeros y peones que acompañaban una litera.

XII.

El padre y la hija.

Pocos momentos ántes de resonar la bocina del ballestero, se hallaba Lope Sanchez de Barrondo en su cámara del castillo de Bortedo, sentado junto á una mesa, sobre la cual habia diferentes pergaminos y recado de escribir.

Apoyaba el codo en la mesa, y la mejilla en la mano, en actitud meditabunda: unas veces derramaban lágrimas sus ojos, otras brillaban de alegría, ora articulaban sus

labios amorosas frases, y más tarde murmuraban palabras de venganza.

Fijó la vista en uno de los pergaminos, y levantándose de repente, exclamó radiante de júbilo:

— ¡Leguizamon!... ¡Leguizamon! Tú también tienes sed de venganza; pues bien, serás el instrumento de la mía; y luégo... cuando no queden más víctimas, será víctima el verdugo.

El señor de Bortedo volvió á sentarse á la mesa, y trazó con suma precipitacion las siguientes líneas:

«D. Juan: Graves ofensas he recibido de los de Haro, á quienes un dia abrí las puertas de mi casa, arrostrando la saña que mi generosidad excitára hasta en mis más generosos amigos; participaron del pan de mi mesa, y hasta derramé por ellos mi sangre: D. Lope Diaz aprovechó mi generosa hospitalidad para tratar de seducir á mi hija; no fué tan noble como vos, que me pedisteis su

mano, como á un caballero cumple. Si en algo teneis mi amistad y quereis que, vencido el enemigo comun, os dé la mayor prueba de agradecimiento que puedo daros, ayudadme á vengar las ofensas que he recibido. Poderoso sois, y poderoso soy tambien: unidos ambos, serémos omnipotentes.

EL SEÑOR DE BORTEDO.»

—¡Martin! ¡Martin! gritó en seguida, cerrando cuidadosamente el pliego.

Martin apareció á la puerta de la cámara, y Lope Sanchez añadió, entregándole el pergamino:

—A D. Juan de Leguizamon. Di al portador que si mañana no está en Bilbao ántes que el sol salga, estará en el infierno ántes que el sol se ponga.

No bien volvió á quedar solo, como oyera la bocina del balletero, se acercó con ánsia indescriptible á una angosta ventana que caia sobre la poterna del castillo, y diri-

giendo la vista hácia el camino de Orrantia, descubrió la gente de armas que se dirigia á la fortaleza.

No hay pluma capaz de describir el sentimiento que entónces experimentó aquel hombre: un temblor convulsivo se apoderó de todos sus miembros: sus ojos brillaron como dos ascuas, buscando un objeto determinado entre aquella masa informe que se iba acercando poco á poco, distinguiéndose cada vez más. Exhaló de repente un grito de alegría, y dió un salto tan violento, que á ser ménos angosta la ventana, se hubiera precipitado por ella.

Acababa de descubrir una litera, y sabía que en aquella litera iba Sancha, su hija, su ídolo, su tesoro, su felicidad, su vida, el ángel que con su contacto habia purificado su alma del cieno de su juventud.

Trémulo y palpitante de emocion, dejó Lope la ventana para salir al encuentro de su hija, mas ésta apareció en aquel instante

en el umbral de la puerta de la cámara, y ambos abrieron á un tiempo los brazos, y á un tiempo se oyó la ardiente exclamacion de:

— ¡Hija mia!

— ¡Padre mio!

«¡Señor! exclama, al llegar á este punto, el cronista á quien seguimos en esta ignorada historia, tú, que prestas sentimiento al corazon, energía á la voz y luz al entendimiento, préstanos el sentimiento y la energía y la luz que hemos menester para pintar la santa locura de aquel padre y el santo amor de aquella hija. Danos una pluma de las alas de tus ángeles, y el trasunto será digno del original, y no habrá corazon que no palpite, ni ojos que no lloren, ni labios que no bendigan al que tanto amor infundió en el corazon del padre, tanto amor en el corazon de la hija, tanta inspiracion en la mente del cronista!»

Conócese que el Señor desoyó por impor-

tuna la plegaria del cronista, pues el pasaje que tras ella viene, más parece escrito con pluma de ganso que con pluma de ángel.

Pero dejando inútiles averiguaciones, sigamos adelante con nuestro cuento, tal cual él sea.

La emoción embargaba la voz á Lope y á Sancha, mas sus apretados abrazos, sus ardientes y repetidos besos, sus lágrimas, y la expresión de su fisonomía, decían más que la palabra, que sin duda es la expresión más incompleta de los sentimientos profundos.

Al fin, fatigados por los esfuerzos del espíritu y la materia, se desprendieron uno de otro, y se sentaron junto á la mesa, sin que Lope separara los brazos del cuello de su hija, como si temiera que un poder invisible viniera á arrancarla para siempre de su lado.

En circunstancias normales no hubiera sido tan profunda la ternura de padre é hija, aún cuando se viesan tras muchos días de

ausencia; pero entónces dos sentimientos opuestos daban resultados idénticos.

Lope Sanchez odiaba al de Haro, de quien creia haber recibido una cruel ofensa, y estableciendo un parangon entre aquel mancebo y su hija, en la que el amor no le dejaba ver ofensa alguna, dedicaba á la última todo el amor que habia retirado al primero, al paso que Sancha, una vez abierto el tesoro de amor que su corazon encerraba, le prodigaba á manos llenas, porque necesitaba amar, ya fuera á su padre, ya á su amante.

Sólo amor, sólo caricias tenía Lope para su hija.

Es imposible narrar el ardiente interes, la prolija curiosidad con que se informó de todos los instantes de la vida de Sancha durante su separacion, incurriendo en todas las puerilidades del amor familiar : parecia haber olvidado por completo las ofensas que deseaba vengar, y que hasta la huella de

sus pesares se habia borrado al contacto de su hija. Mas por un movimiento natural, dirigió la vista al pergamino que le decidiera á solicitar la ayuda de Leguizamon, y que no era otro que el que por equivocacion le entregó Alvar en Búrgos, y su frente se anubló de improviso, y desapareció la dulce expresion que hacia algunos instantes manifestaba su rostro, y sus labios se comprimieron espantosamente.

— ¡Sancha!... ¡Sancha!... exclamó, ¿qué te ha hecho tu padre para que sin piedad hayas clavado un puñal en su corazon?

— ¡Perdon! ¡perdon, padre mio! exclamó la doncella, cayendo de hinojos á los piés de su padre, no bien escuchó el apóstrofe que éste la dirigiera. Digna soy de vuestras reconvenciones, pues no he tenido valor para ahogar los latidos de mi corazon, sabiendo que destrozaban el vuestro. ¡Perdon, perdon, padre mio!

Y Sancha, deshecha en lágrimas, apenas

osaba alzar sus ojos á los de su padre, para dar más expresion á la súplica, que sin cesar repetia su labio.

Lope contempló un instante la humilde actitud de su hija, cuyo dolor sólo era comparable al suyo, y de repente desapareció la amarga expresion de su rostro, y sus ojos brillaron de amor, y ardientes lágrimas surcaron su mejilla.

— ¡Yo te perdono, Sancha, yo te perdono, hija de mi corazon! respondió, alzando del suelo á la pobre jóven, á quien tornó á estrechar en su seno, á devorar con sus besos, á inundar con sus lágrimas. Yo te perdono, aunque has lastimado cruelmente el corazon de tu padre... ¡Oh, Sancha, oh, hija mia! Tu padre funda en el amor de su hija todo su orgullo, todo su poder, todas sus riquezas, toda su gloria, toda su ambicion, toda su felicidad... ¿Qué le queda, Sancha, qué queda á tu padre, si el amor de su hija se le arrebatata? ¡Ay! una noche sin dia, un

desierto sin límites, un invierno sin primavera, un martirio sin palma; eso, eso es lo que queda á tu padre sin tu amor! Ve, hija mia, ve si debo codiciarle, si debo temblar ante la idea de perderlo, si debo odiar á quien trata de arrebatármelo, si debo aventurar mi vida por conservarlo, si merezco perdon cuando me lanzo al crimen en su defensa... ¡Ah! bendito sea el dia en que la luz hirió por primera vez tus ojos, porque aquel fué el primero de mi felicidad! Poder, honores, riquezas, todo, todo cuanto constituye la dicha de otros hombres, me habia cercado hasta aquel dia, y nada habia bastado á darme la felicidad que desde entonces he gustado.

—Y nadie podrá arrebatarnos esa felicidad, padre mio, porque yo os amaré como os he amado siempre, como os amo, como vos me amais!

—¡Ah! no, Sancha: no me amas como yo á tí, porque el amor de tu padre es ex-

clusivo, y así es el que yo ambiciono. Bien sé que el mundo llama locura á esta ambicion...; pero tú, hija mia, respeta la santa locura de tu padre! Olvida, Sancha, olvida al mal caballero que en cambio de la hospitalidad más generosa y la amistad más leal, quiso arrebatár á tu padre el único tesoro que poseia.

—Padre mio, no mancilleis así el honor de un caballero. Don Lope Diaz no ha olvidado vuestra generosidad, porque su corazón es tan noble como su estirpe.

—¡Le defiendes, Sancha, le defiendes! Bien me prueban tus palabras que el de Haro me ha arrebatado para siempre tu amor.

Lope Sanchez inclinó la frente sobre sus manos, como entregado á una dolorosa meditacion, y tan dolorosa, que sus ojos deramaban abundantes lágrimas; pero alzó la cabeza de repente, y añadió con una energía y una altivez que aterraron á Sancha:

—No volverán sus ojos á ver la prenda que ambos codiciamos : fuertes son los muros de este castillo, valientes son los soldados que le defienden : ésta será tu morada; y si el señor de Vizcaya se cree bastante poderoso para sacarte de ella, las huestes del señor de Bortedo le esperan en el campo. Sed de venganza me abrasa, y Vizcaya ha de ser el manantial que apague mi sed.

Entre las pasiones de Lope Sanchez, sólo habia una que á Sancha no le era dado dominar: aquella pasion indomable era la de los celos paternales.

La experiencia habia demostrado á la jóven que tratar de poner coto á aquella pasion, era impulsarla más y más: así, pues, la dejaba siempre abandonada á sus propias fuerzas, por más que áun así se despeñase.

Pocos instantes despues de la escena que acabamos de diseñar, se retiraba Sancha de la cámara de su padre.

Lope, que hacia algunos momentos per-

manecia como absorto en sus proyectos de venganza, dirigió la vista á su hija, que iba á atravesar el umbral de la puerta.

Tiernas lágrimas brotaron entónces de sus ojos; el tirano desapareció, quedando en su lugar el padre.

—¡Perdon, hija mia, perdon, si mis dolores me extravian hasta el punto de hacerme participe de ellos! exclamó á su vez aquel sublime monómano, dirigiéndose á su hija con los brazos abiertos; y sus palabras se perdieron entre el ruido de sus besos.

XIII.

El campamento.

La luna se hallaba en su plenitud, pero sus rayos sólo de tiempo en tiempo iluminaban los altos montes que aprisionan la plaza de Valmaseda, fuerte entónces, más que por su situación topográfica, por los elevados muros que la ceñían y por las torres y castillos que se destacaban en la cumbre de sus colinas.

El fondo del cielo era límpido y transparente, pero densos nubarrones, interpuestos y vagabundos entre la tierra y el cielo, ocul-

taban á los ojos del hombre las gracias de la casta diosa.

Aquellas nubes, empero, no eran una masa informe de vapores; parecian la reverberacion de objetos terrestres. ¿Quién no ha contemplado las peregrinas formas que á veces toman las nubes, ya les preste el sol diafanidad y colores, ó ya, envueltas en el velo de la noche, se distingan vagas y misteriosas al resplandor de la luna?

La voz del centinela resonaba de continuo en los muros de Valmaseda, y era repetida por los ecos del angosto y profundo valle. Tambien se oia en las montañas inmediatas, donde asimismo era repetida, más que por el eco, por otro y otros centinelas apostados de recuesto en recuesto, de roca en roca, de colina en colina.

En la montaña situada al oriente de la plaza se alzan várias tiendas militares sobre una plataforma poblada de robustos castaños. Diferentes grupos de soldados departen

en voz baja, ya calentándose en torno de una hoguera, en la que asan sendos montones de castañas, ó ya resguardados del viento, que sopla bastante frio, cabe un árbol corpulento, ó en la cavidad de un torco, cuyo nombre se da en las Encartaciones á la excavacion que se hace para carbonizar la leña.

En lo interior de la tienda principal hay luz, y á traves de la poco tupida lona se distinguen varios caballeros, cuya accion es cada vez más animada.

Antes de penetrar en ella veamos si entre los soldados hay alguno de nuestros conocidos, que pueda darnos noticia de lo que, á tan desusadas horas, conduce á aquella gente á tan agrestes sitios.

Tendido sobre un monton de helecho, contempla un robusto mozo las nubes que van y vienen, y chocan y se confunden y se separan, impelidas por el viento.

— ¡Voto á mi abuela, dice, que en mi vida

he visto tal! El glorioso san Noé me niegue su gracia bendita, si allá arriba no andan tan revueltos como por acá! Ó mis ojos no merecen nombre de tales, ó allí veo un castillo con su puente, sus baluartes, sus cubos, sus saeteras, sus matacanes y todo, y allá junto á él una llanura donde se dan botes y mandobles de los buenos, porcion de caballeros, que, por mi ánima, más trazas tienen todos de cristianos, que de cristianos y moros. ¡A fe de Fortuño, que me pasma cosa tan nunca vista en el cielo! Y no se diga que tengo cataratas en los ojos, pues hoy así he honrado con un sorbo al bendito patriarca, como al zancarron de Mahoma. Mucho tardan Iñigo y Bautista y Martin, mas fio que no han de tornar á secas.

Aquí llegaba de su monólogo el ballestero, cuando se acercaron á él otros tres mancebos, viniendo de hácia las tiendas, sumamente alborozados. Uno de ellos recataba bajo un abigarrado capuz-sayo, una bota,

que mal fin haya nuestra historia si no tenía líquido para embriagar á los cuatro.

—Hurto tenemos, Fortuño, dijo el de la bota, mostrando ésta al devoto del patriarca superdiluviano. Dolido de tus ansias, y con ayuda de Iñigo y Bautista, he podido al fin meter mano en la vitualla del real, y hénos aquí con esta corambre que hemos de vaciar los cuatro en amor y compañía, pese á nuestro amo, que con sus andanzas no nos ha dejado hoy solazar en ninguna venta del contorno.

—¡Oh, buen Martín! tú eres mi salvador, que á no ser por este refuerzo, no sé cómo hubiera podido pasar la noche! Dame la corambre, amigo mio, que quiero saludarla con mis ósculos.

Esto diciendo, tomó el soldado la bota, y tan prolongado beso la dió, que sus compañeros hubieron de tirar de ella, tal vez creyendo que á causa de la pez, se le habia pegado á los labios.

Iñigo, Martin y Bautista hicieron á su vez la misma salutacion, si bien con ménos embeleso, porque sin duda habian acariciado á la corambre por el camino, y se tendieron sobre el helecho al lado de Fortuño.

Las nubes que, en efecto, pocos momentos ántes tenian la forma de un castillo, á cuyas inmediaciones lidiaban algunos caballeros, se habian ido enrareciendo y tornando informes.

—Malos pronósticos tenemos en el cielo, dijo Fortuño, pasado un corto rato: mirad qué lid tan descomunal figuran los nubarrones que esconden la luna.

Así diciendo, alzó la vista, y entónces vió, no ya un castillo y un combate, sino tambien palacios, templos, casas, cascadas, rios, campiñas, bosques, luces, brutos, diablos, brujas, en fin un compendio del mundo con todas sus realidades y quimeras.

Alzaron tambien sus ojos los otros mancebos, y como nada vieran de cuanto el

ballestero decia, rieron no poco de éste, y se acabaron de convencer de la excelencia de su hurto, que así hacia ver visiones tragado en alguna abundancia al estómago.

—Digoos que no tengo trampantojos, ni el mosto se me ha subido á la chola, decia el expaje de lanza, contestando á las chanzonetas de sus compañeros. Cristiano soy, como el santo Noé mi patron, y no aficionado á creer en agüeros; mas en verdad os digo, que así va á salirnos bien el golpe de mañana, como la batalla de Alárcoos.

—Pues yo os juro, replicó Martin, que mañana lavarémos la sangre del combate con la vitualla líquida de los de Valmaseda.

—Sí, Iñigo, como que mi amo y señor D. Lope Sanchez ha jurado pasar á cuchillo cuantos vivientes haya á manos en los estados del de Haro, contestó el escudero bajando la voz, temeroso de que los de la tienda le oyeran.

—Paréceme, repuso Iñigo, que á nuestro amo no asiste razon para obrar de esta manera. Que el de Haro ama á Doña Sancha, y que Doña Sancha ama al de Haro... Lléveme Belcebú si ésa lo es para que andemos á tajos y punzadas cristianos contra cristianos.

—Hé ahí, saltó Fortuño, cómo se cumple el precepto del Señor: *crescite et multiplicamini*, que significa en romance: retozad, varones y hembras, quanto os viniere en gana, para que os multipliqueis. El amor, cuya mision es edificar, en esta ocasion va á destruir. Pero mucho me temo que al fin y al cabo venza el de Vizcaya, porque *omnia vincit amor*, que en romance significa: ni el mismo Cid Campeador puede con los enamorados.

—Yo veo, dijo Bautista, que quien se va á llevar la doncella es mi amo...

—Cierto, que el de Bortedo debe haber-sela prometido, cuando D. Juan ha consen-

tido en ayudarle contra el señor de Vizcaya.

—¿Con que tu amo sigue tan enamorado de Doña Sancha?

—Cada vez más, amigos; su pasión no es ya amor, es locura, es frenesí, es desesperación...

—Pero yo creo que así casa el de Leguizamón con Doña Sancha, como yo, dijo Fortuño: la paloma es para el de Vizcaya, no lo dudeis, amigos míos, sino recordad el agüero de Triano...

—¿Qué agüero dices, Fortuño?

—¿No recordais lo de los halcones? El de D. Juan y el de D. Lope Sánchez se lanzaron á la paloma que volaba sobre nosotros, trabaron contienda entre sí, y dejaron escapar la paloma, que apresó el halcón del de Haro, en tanto que ellos caían muertos.

—¡Cierto que así pasó! exclamaron todos los circunstantes.

—Pues entónces se me puso en el magín

que á la paloma del de Bortedo ha de dar caza D. Lope Diaz.

Fortuño tomó la bota y volvió á empinarla con entusiasmo, y la alargó á sus compañeros.

—Ea, añadió, *bibite, amici, et inebriamini*, que en romance significa: empinad, amigos, hasta que llameis á Cristo de tú.

—¡Oh qué lapos te diera el hijo de mi madre, para que dejáras latines! exclamó Bautista, rechazando la bota.

—Y yo.

—Y yo tambien, dijeron los otros.

—*Stultus numerus est maximus*, ó como diríamos en romance: ¡qué atajo de orates hay en este pícaro mundo! murmuró Fortuño...

—¡Por D. Jesucristo, dijo Martin, que si tornas á aullar en latin, no vuelve el hijo de tu madre á besar la corambre!

Fortuño se apresuró á besar la bota, por si Martin llevaba á cabo su amenaza, éste hizo

lo mismo por imitar al primero, é Iñigo y Bautista imitaron al primero y al segundo por no ser ménos que ellos.

— La plática de los cuatro amigos hízose cada vez más animada con las repetidas absorciones del líquido contenido en la corambre.

—No me engañaba yo, Fortuño, cuando te decia que amores de Doña Sancha eran los que traian de mal talante á nuestro amo.

—Cierto que no anduviste desatinado. Mas tú, Martin, ¿no pudieras contarnos algo, que no sólo nos solazase un rato, sino tambien nos hiciese saber más á punto fijo por qué vamos á horadarnos el cuero mañana en los muros de Valmaseda?

—Algo, y áun algos puedo contaros; que no en balde sirvo á D. Lope Sanchez más cerca que vosotros.

Ya sabeis que Doña Sancha está en Bortedo, llamada por su padre, que á la cuenta no la creia segura en Bilbao, porque tan

aficionados son los vizcainos á sus señores, que hubieran osado tomar rehenes en ella, al saber que el de Bortedo alzaba gente contra los de Haro. Don Lope esperaba sin duda reducir á su hija á que olvidase á D. Lope Diaz; mas ella, que de disimulada tiene poco, le ha jurado una y cien veces que guardará entera fe á su amante, y ved aquí cómo ha llegado á su colmo la ira de nuestro amo. Aun más puedo contaros: encerrada Doña Sancha en su cámara desde que llegó á Bortedo, se ocupaba en labrar una banda que halló medio de enviar al de Vizcaya; mas como descuidára el dechado y su padre le viera en la cámara, pidióla explicaciones que ella no rehusó, y el resultado de todo ha sido apresurar el de Barrondo la ejecucion de sus planes de venganza, jurando tomarla tan grande, que su memoria dure por los siglos de los siglos...

Iba el escudero á continuar su narracion, mas se detuvo oyendo roncar á Fortuño, y

viendo que tambien Iñigo y Bautista habian reclinado blandamente la cabeza.

Ira le causó el descomedimiento de sus amigos, y estuvo á punto de despertarlos para que le escuchasen mal de su grado; pero considerando que el dia que se acercaba iba á ser harto fatigoso, tornó cerca de su señor con ánimo de saborear asimismo las delicias de Morfeo, que tan gratas son despues de haber saboreado las de Baco.

Dejémoslos dormir, soñando con corambres como la que acaban de desocupar, é informémonos de lo que en la tienda pasa.

Hé aquí los que departen en ella: Lope Sanchez de Barrondo, D. Juan de Leguizamón, D. Pedro de Ayala, D. Iñigo de Ochoa y Gonzalo Perez de Edillo.

Aun existe la casa solariega de este último, anciano ya en la época á que nos referimos: hállase situada en los limites septentrionales del valle de Mena, que constituia el señorío de Bortedo.

Gonzalo, aunque vasallo de Lope Sanchez, gozaba en aquel país consideracion muy alta, por su esclarecido origen, por sus riquezas, y sobre todo por las prendas que adornaban su alma. Si su cualidad de vasallo no bastára á justificar el apoyo que prestaba á la desatinada empresa del de Barrodo, áun pudieran aducirse otras razones en su abono. Como Lope, tenía una hija, único fruto de una larga y feliz union deshecha por la muerte, y único consuelo de su ancianidad. Amábala sí, mas no con el amor fanático y exclusivo que el señor de Bortedo tributaba á la suya. Sabiendo, pues, cuán intenso es el amor paternal, no pudo negar su apoyo á un padre que le reclamaba desconsolado, haciendo valer injurias que en concepto de tal habia recibido.

— Mi venganza no puede quedar satisfecha con la destruccion de Valmaseda, decia Lope Sanchez exaltado hasta la locura: necesita talar á sangre y fuego el señorío de

Vizcaya, y vive Dios que talado será. ¡Oh, cuán larga es esta noche! Huyan sus sombras y puedan mis ojos contemplar la numerosa gente de armas que corona estas alturas: huya la noche, y á los primeros albores del dia desciendan, como torrentes desoladores, esas huestes, y destruyendo los muros en que el de Haro libra la defensa de sus estados, elévese en su lugar el cimiento de mi justa venganza. Los muros de Valmaseda son las puertas de Vizcaya: caigan esos muros, y el señorío de Bortedo tendrá por límite el Océano.

—Templad, D. Lope, los ímpetus de vuestra ira, repuso Perez de Edillo. Permitid este consejo á quien como vasallo os acata, y como padre os compadece. Justo es vuestro enojo: en buen hora tomeis venganza; mas no la tomeis tan sin acuerdo, que os mancille la sangre con que vuestra mancha queráis lavar.

D. Juan de Leguizamon se esforzaba en

combatir las templadas y razonables máximas del anciano, con gran contentamiento del de Bortedo, cuando se oyeron los clarines de la plaza que saludaban el alba.

Un murmullo sordo se alzó en las montañas, como el que acompaña al movimiento de un ejército acampado, y resonaron por todas partes instrumentos bélicos, y en las riberas del Cadagua se oyó el relincho de los corceles, y el chirrido de las pesadas máquinas de guerra, que por la parte del Beron se habian acercado á la plaza durante la noche.

XIV.

El ataque.

No se habia ocultado á D. Lope Diaz que el señor de Bortedo acometeria primeramente á Valmaseda, poniendo todo su conato en conquistarla.

Várias, y todas poderosas, eran las razones en que fundaba su suposicion.

Valmaseda, como al mismo Lope Sanchez hemos oido, era la puerta por donde principalmente comunicaban Castilla y Vizcaya: superado aquel obstáculo, el señorío de Bortedo podia ensancharse por las nobles

Encartaciones hasta la costa que se extiende desde Castro Urdiales á la barra de Santurce. Además, el de Bortedo podia, digámoslo así, combatir la plaza desde su casa, y dado que fuerzas vizcaínas acudiesen contra las suyas, nada le era más fácil que retirarse á las muchas fortalezas que poblaban su señorío.

Así, pues, el primer cuidado del de Haro fué reparar las fortificaciones de aquel punto, y tal interes puso en ello, que no fiando en ajena actividad, él mismo en persona dirigia operacion tan importante desde su llegada de la córte, descuidando, atento sólo á ella, otros muchos recursos de que podia echar mano para contrarestar la saña de su enemigo.

Las fuerzas que para defender la plaza tenia, no eran, en verdad, numerosas, pero fiaba, no sólo en lo inexpugnable de la fortaleza, sino tambien en algunos centenares de soldados mercenarios, acostumbrados to-

da su vida á los azares de la guerra, y á quienes habia encomendado la defensa del fortísimo castillo, cuyos restos existen aún al poniente de la plaza sobre un cerro que domina todo el valle (1).

La defensa del recinto de la poblacion estaba encargada á los vecinos de Valmaseda, que á ello se habian ofrecido, impulsados, no sólo por el instinto de propia conservacion y por su amor á sus señores, sino tambien por la enemistad que, de muy antiguo, reinaba entre ellos y los vasallos del de Bortedo, con quienes sostenian continuas querellas sobre límites de territorio; enemistad que tambien habia aumentado no poco la hueste de Lope Sanchez, así que

(1) Este libro se escribió hace ya muchos años, cuando su autor, que aún no es viejo, era aún muy joven, y entónces existian aún, si bien convertidas en ruinas, las dos fortalezas que dominaban á Valmaseda.

Al volver el autor á Vizcaya, aclamado so el árbol de las libertades vizcainas, archivero y cronista del muy noble y muy leal señorío, ya sólo ha encontrado vestigios de aquellos dos fuertes castillos.

éste manifestó el intento de atacar á Valmaseda.

Al brillar los primeros rayos del sol ya ocupaba la gente del de Bortedo la circunferencia de la plaza, acercándose en algunos puntos á los muros casi á un tiro de ballesta.

Los sitiadores se habian dividido en cuatro haces, mandadas, á saber, la destinada á embestir por el norte, por D. Juan de Leguizamon, á quien, como hemos visto, acompañaba su amigo D. Iñigo de Ochoa; la de oriente, por D. Pedro de Ayala, señor de Arceniega; la del mediodía, por Gonzalo Perez de Edillo; y la de poniente, por el mismo Lope Sanchez de Barrondo.

Los defensores de la plaza esperaban impacientes la embestida del enemigo, persuadidos de que habian de contrarestarla victoriosamente.

Sonó un clarin hácia el lado donde estaba Lope Sanchez, y aquel sonido fué repetido

en todo el cerco, y contestado desde la plaza.

Tal fué la señal del asalto.

Una nube de venablos partió súbitamente desde el murado recinto, y se oyó un grito de espanto entre los sitiadores, diezmados ántes que tuvieran tiempo para comenzar la agresion.

Terrible, en verdad, fué ésta : en breve los muros y el campo contiguo á ellos se vieron regados de sangre y obstruidos de cadáveres.

Como el único puente que á la sazón enlazaba por el oriente ambas orillas del Cadagua hubiese sido cortado durante la noche por los defensores de la plaza, la gente de D. Pedro de Ayala reunia troncos de árboles y otros materiales para suplirle.

Leguizamon repetia, sin fruto, sus asaltos, en tanto que los de Edillo asestaban ponderosos arietes al muro del mediodía, y lanzaban enormes proyectiles á la poblacion, por medio de sus catapultas.

Dos veces habian penetrado en el recinto los meneses en pos de su anciano jefe, en quien el valor y la humanidad corrian parejas, y dos veces habian sido rechazados con notables pérdidas, cerrándose tras ellos el roto paredon que les diera entrada.

Por todas partes era tenazmente combatida Valmaseda; mas por ninguna tanto como por el lado del castillo, lo que es fácil de comprender, si se atiende á la importancia de aquel punto, y si se recuerda que el mismo Lope Sanchez se habia encargado de su expugnacion.

Muchos elementos de destruccion contaban los sitiadores, y casi todos habian sido acumulados hácia el lado del baluarte principal, cuya resistencia, dirigida por el señor de Vizcaya, sólo con el ataque se podia comparar.

Arroyos de sangre corrian por todas partes, y los muros estaban rotos por diferentes puntos.

Várias veces habia llegado á la barbaca-
na la haz del de Bortedo , pero todas habia
tenido que retirarse, dejando el foso cega-
do de cadáveres, y ya se mostraba reacia
á obedecer la voz de su jefe, que mandaba
repetir el asalto.

Enormes piedras, arrojadas desde el cas-
tillo, arrastraban con horrible estrago al
torrente que al pié de la fortaleza mugia, á
cuantos intentaban trepar por la pendiente
del cerro.

Por el lado del norte era enteramente
inexpugnable el castillo. Un regato, que
apénas lleva agua en estío, pero que se
convierte en rio caudaloso en invierno, par-
ticularmente cuando las nieves coronan los
montes de San Sebastian de Colisa, lame por
su base el cerro en que el castillo se hallaba
edificado. Tanto para hacer inexpugnable
por aquel lado la fortaleza, quanto para que
las aguas no socavasen el cerro, originando
un derrumbamiento, á que no poco podia

contribuir el enorme peso de las obras superiores, se habia, desde muy antiguo, levantado un malecon que, cimentado en el mismo lecho del regato, se elevaba casi perpendicular á la altura del castillo. El vacío que quedaba entre el cerro y el malecon se habia terraplenado, resultando así una plataforma perfectamente almenada, que constituia el punto de defensa más importante de la fortaleza.

Ni aún sospechaba el señor de Vizcaya que por aquel punto pudiera intentarse un ataque. No se ocultó esta confianza al señor de Bortedo: viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles, hizo conducir, sin que los sitiados lo notáran, un pesado ariete para batir el malecon, que calculaba debia hallarse socavado por su cimiento á causa del violento y continuo embate del agua.

Al oír los de la fortaleza los primeros golpes de la destructora máquina que hizo temblar todo el cerro, acudieron al terraplen,

y empezaron á desplomar grandes peñas sobre los que asestaban el ariete contra el muro.

Terrible era el estrago que aquellas pesadas masas hacian al descender de una elevacion tal, que contemplados desde la plataforma los que estaban al pié del malecon, parecian puntos tan leves como el castillo mismo hubiera parecido contemplado desde las nubes; pero nada bastaba á entibiar el ardor de los sitiadores.

Debilitada algun tanto la defensa del castillo por la parte primeramente atacada, el de Bortedo redoblaba sus esfuerzos para penetrar en el recinto murado; mas no apartaba la vista de la plataforma, calculando las ventajas de los que atacaban el malecon por los esfuerzos y los movimientos de los que le defendian.

Lanzan éstos, de repente, un grito de temor, retirándose los más de la plataforma por un movimiento instintivo, y un trozo

del muro se derrumba al torrente con horroroso estrépito, llevando tras sí á los soldados que le coronaban.

Entónces el señor de Bortedo, conociendo que su tentativa podia dar áun más resultados que el de distraer la atencion de los sitiados, y el de Vizcaya viendo el inminente peligro de que se hallaba amenazado, corren, el primero al pié del malecon, para activar el ataque, y el segundo á la plataforma, para alentar á sus soldados y resistir con el esfuerzo de la desesperacion.

Pero... ¿qué es lo que de repente enciende en ira á Lope Sanchez, y le arranca un grito de indignacion, que hace temblar hasta á sus mismos soldados, los que, obedientes á sus órdenes, multiplican sus esfuerzos, arrojando la muerte que sin cesar siembran entre ellos los defensores del muro? Acaba de ver sobre la plataforma un soldado, un gentil mancebo, un caballero, cuyo pecho ciñe una banda de vivos colores,

y el aire, agitado por los venablos que en torno del caballero vuelan y silban y chochan y se cruzan, hace flotar los extremos de la banda.

— ¡Vedle allí! ¡vedle allí! grita Lope Sanchez dirigiendo su centelleante vista á aquel caballero. ¿No hay espadas, no hay lanzas, no hay venablos que derriben al vil señor de Vizcaya? ¡Vedle allí! ¡vedle allí!

Y los soldados del de Bortedo, hostigados por su jefe, que les da ejemplo de valor, colocado siempre en el sitio más peligroso, trepan por las ruinas del malecon, pueblan de saetas el espacio, y dan incontrastable impulso á las destructoras máquinas, que deshacen la base del vetusto muro, al mismo tiempo que los de la fortaleza, excitados por el gentil mancebo de la banda, por Don Lope Diaz, descargan sobre ellos enormes piedras, trozos de hierro candente, maderos encendidos, almenas de intento arran-

cadavéres, y hasta los cadáveres de los que mueren á los tiros enemigos.

Al fin, consiguen subir los de Bortedo á la parte derruida del murallon, y el señor de Vizcaya se lanza el primero á su encuentro y pelea brazo á brazo sobre la misma brecha, y el viento sigue agitando los extremos de la banda que ciñe su pecho, como si el invisible elemento quisiera excitar la cólera de Lope Sanchez; pero se estremece de repente el muro, revientan sus cimientos ya demasiado débiles para sostener la pesada mole que sobre ellos gravita, y se desmorona por completo, arrastrando entre sus escombros al señor de Vizcaya y á los soldados de uno y otro bando, que peleaban allí encarnizadamente.

Muchos quedan sepultados entre las ruinas, y otros, que son lanzados al torrente, cuyo caudal ha hecho crecer el derretimiento de las nieves de las montañas inmediatas, son llevados por la corriente ensangrentada,

perdiéndose, á corto trecho, en los espumosos tumbos del Cadagua.

Entre aquellos cadáveres, se ve flotar en la superficie del agua uno, que Lope Sanchez conoce por la banda que le distingue, exhalando un grito de salvaje alegría.

Por más que el señor de Bortedo haya tomado las fortificaciones exteriores, áun pudieran resistir en el interior del castillo los soldados del de Haro; pero como Lope Sanchez les prometa, no sólo conservar sus vidas, sino tambien tomarlos á doble sueldo á su servicio, y como se hallan faltos del que los tenía asalariados, abandonan por completo la fortaleza que con tal obstinacion defendieron.

El señor de Bortedo se lanzó, al fin, á la poblacion, seguido de su vandálica hueste, y nuevos arroyos de sangre aumentan la corriente del Cadagua: cada calle es un campo de batalla, cada edificio una fortaleza, que mozos, viejos, niños y mujeres

defienden ; pero , al cabo , la victoria corona los esfuerzos de los invasores , y ni mujeres , ni niños , ni viejos , ni mozos , se salvan del acero del de Bortedo , cuya saña se halla más y más excitada por tan heroica resistencia.

Arden casas y templos , y los ayes de los moribundos atruenan el valle mezclados con los salvajes cantos del vencedor.

Entre aquellos hombres de corazón de hierro , sólo hay uno que interpone su débil escudo entre el verdugo y la víctima , que derrama una lágrima por cada gota de sangre que hace brotar el verdugo.

Y aquel hombre es Gonzalo Perez de Edillo.

Y aquel hombre , así que la plaza queda completamente sometida al señor de Bortedo , cuando los vencedores se preparan á entregarse al descanso , sale con sigilo de Valmaseda , acompañado de algunos de sus más leales servidores , y se encamina Cadagua

abajo, salvando la vida de muchos de los que luchaban con las ondas.

¿Salvó también al caballero de la banda?
¡Ay, no! porque algunos días después apareció á la orilla del río, poco más abajo de Valmaseda, un cadáver horriblemente desfigurado, y cuyo pecho estaba ceñido por una banda.

abajo situado la vida de un hombre de las que

incluyen con las otras...

...sabe también el espíritu de la ley.

...no pocas veces de las que se

ve en la vida del hombre más allá de

...en cada una de las

...y en cada una de las

XV.

El Peregrino.

Ha estallado una furiosa tempestad.

Sucédense casi sin intervalo los relámpagos y los truenos, y el rayo hiere con frecuencia los castaños y los robles.

Un huracan furioso se ha desatado, y los árboles, arrancados de raíz, ruedan por la pendiente de un cerro situado á pocos tiros de ballesta del castillo de Bortedo.

No obstante, tres caballeros están parados en aquel cerro hace ya algunos instantes.

—Señor, dice uno de ellos, cumpliremos vuestras órdenes, pero nos duele en el alma abandonaros así... Exponeis vuestra vida en la empresa que vais á acometer. Yo iré en vuestro lugar...

—No, no, contestó aquel á quien estas palabras se dirigian; necesito verla, necesito hablar con ella...

Y descabalgó en seguida. Poco despues no se oia acento humano en toda la comarca; pero los perros de Bortedo ladraban mucho, y hácia una estrada que, despues de atravesar el pueblo, conducia al castillo, se oia ruido semejante al que producen los guijarros con que tropieza el caminante nocturno.

—¡Ah del castillo! gritó, al acercarse á la fortaleza, el que aquel ruido originaba.

—¿Quién va? preguntó un centinela que velaba en los matacanes.

—Un anciano peregrino que, por amor de Dios, demanda hospitalidad. Hermanos, am-

paradme pronto, si no quereis que la tormenta acabe con mis débiles fuerzas, contestó el desconocido.

En efecto, era éste un peregrino encorvado sobre su bordon por el peso de los años, cuyo exceso denotaba tambien la blanca barba que hasta su pecho descendia.

Pasado un corto rato se alzó el rastrillo, y el peregrino penetró en la fortaleza, prévio un minucioso interrogatorio, del que resultó que venía de Santiago de cumplir un voto.

Dejemos al peregrino calentar sus ateridos miembros, y secar sus penitentes hábitos al calor de un hogar bien provisto de leña, y veamos lo que al mismo tiempo pasa en uno de los aposentos del castillo.

Una jóven dolorosamente enlutada llora sin consuelo en su cámara, sin que basten á contener sus lágrimas el cariño y los cuidados de una dueña, bien entrada en años, que procura consolarla.

Aquellas mujeres son Sancha y la dueña con quien por primera vez la vimos en el santuario de Salcedo.

Si los sucesos que hemos narrado no bastan á explicarnos el llanto de la primera, prestemos atento oído á sus palabras.

— ¡Ya no hay para mí esperanza!... dice la hija de Lope Sanchez; sólo en Dios debo buscarla...

— ¡Todo se olvida, señora! repone la dueña. Noble y bueno y galan era el de Haro; mas galanes y buenos y nobles los hay entre los caballeros que os adoran. Jóven sois aún, y acaso no está lejano el día en que cure otro amor las heridas que os aquejan, y goceis placeres que son desconocidos en la soledad del monasterio.

— ¡Ay, qué mal conoces á tu señora y amiga! Sólo un hombre y un Dios debe amar la mujer. Muerto el hombre, sólo á Dios debe amar, sólo á Dios debe adorar, sólo á Dios debe pedir amparo... Mi resolu-

cion es irrevocable: en la soledad del claustro podré suavizar mis dolores con el bálsamo de mis lágrimas, sin que el tumulto de las ruines ambiciones mundanas en que los hombres se agitan, venga á privarme de ese santo consuelo del infortunio.

— Aunque esa esperanza os halague, no debeis entregaros á ella.

— Fio que mi padre nõ llevará su ceguera hasta disputar á Dios mi amor, como á los hombres le disputa.

— Las fatales nuevas que así os acuitan, podrian ser falsas, pues, á mi entender, no se hallan aún completamente justificadas.

— ¡Harto lo están, por mi mal! Todos se hallan conformes en que D. Lope cayó entre las ruinas de Valmaseda, y en que acabaron de extinguir su vida las heladas ondas del Cadagua. Si esa comun persuasion no bastára á arraigar la mia, bastaria mi carencia absoluta de nuevas en contrario. ¿Piensas que si viviera D. Lope, no

me supondría sumida en el profundo dolor en que me hallo, y buscaría medio de noticiarme su salvacion? ¿Crees que mi padre dormiría tantos días sobre esos tristes laureles que ha conquistado en Valmaseda, si no estuviera seguro de la muerte de su enemigo? ¿Puede concebirse que existiendo el señor de Vizcaya, dejara á mi padre reparar pacíficamente los muros de Valmaseda? ¡Ah! no debo abrigar esperanza.

Esto diciendo, Sancha tornó á derramar abundantes lágrimas, y ella y la dueña guardaron silencio, aterrorizadas por la tempestad que rugía cada vez más furiosa.

—Señora, dijo un paje, apareciendo á la puerta de la cámara, un peregrino que ha pedido hospitalidad en el castillo, desea daros algunas reliquias, cuya virtud quisiera explicaros por sí mismo.

—Guiadle aquí cuando guste, contestó Sancha, doblemente agitada por aquel incidente, que á pesar de ser muy comun en

aquella época, en que los romeros que iban á Santiago y otros santos lugares, se encontraban en todas partes, en aquel instante tenía para ella un misterio inexplicable.

El peregrino apareció poco despues á la puerta de la cámara.

XVI.

El parte.

En el instante en que el peregrino comparecía á la presencia de Sancha se oyó el escape de un caballo, que, saliendo del castillo, tomó el camino de Valmaseda.

El alcaide de la fortaleza mandaba á Lope Sanchez un pliego, cuyo contenido era :

« Señor : cumpliendo vuestras órdenes de participaros la llegada al castillo de todo forastero que trate de comunicar con mi señora, me apresuro á poner en vuestra noticia que acaba de llegar un peregrino en de-

manda de hospitalidad, el que ha solicitado ver á Doña Sancha, so pretexto de entregarle ciertas reliquias, cuya maravillosa virtud quiere explicarla. Vuestras órdenes serán en todo lo demas cumplidas.»

177

El parte

XVII.

Disfraz inútil.

—Bendígaos Dios, noble señora, que así acogeis bajo vuestro techo al mísero anciano combatido por la tempestad y extraviado en la aspereza de los montes, dijo el romero, penetrando en la cámara de Sancha.

La turbacion de la doncella subió de punto al oír aquella voz, que, no obstante, le parecia el eco lejano y desfigurado de otra voz que un día, sin saber cuándo ni dónde, habia herido su oído. Mas como la ancianidad, por débil que sea, posee el privile-

gio de fortalecer con su presencia y su palabra el ánimo más decaído, la dolorida jóven se repuso al punto de su turbacion, é indicó un asiento al peregrino, contestando benévolamente á su saludo.

El anciano dirigió á la dueña una mirada que aquella tomó por una seña para que se retirára, como lo hizo, dejando á su señora sola con el peregrino, cuyo carácter alejaba toda sospecha siniestra.

—¿Habeis llorado, señora? dijo el romero, que parecia entregado á una violenta emocion que en vano procuraba ocultar; decidme cuáles son vuestras cuitas, y tal vez mi experiencia del mundo y mis deseos de serviros consigan dulcificarlas. ¿Acaso llorais la pérdida de alguna persona amada?

Sancha inclinó la vista, ruborizada á la idea de confesar sus amores á un desconocido, por más que éste fuese un siervo de Dios.

Hubiérase dicho que el peregrino adivi-

naba la causa de su embarazo, pues añadió, viendo que la jóven guardaba silencio:

—¿Habeis perdido en el asedio de Valmaseda algun caballero á quien amabais? ¡Ah! ¡qué estrago, señora! ¡Cuánta sangre se mezcló aquel dia con la corriente del Cadagua!

—¿Os hallasteis allí? preguntó Sancha, llena de ansiosa curiosidad.

—Sí, respondió el anciano, y á mis esfuerzos debió su salvacion el señor de Vizcaya.

—¡Dios mio! exclamó Sancha, dirigiéndose al peregrino, como si fuese aquel hombre el Dios á quien su labio invocaba. ¡Dios mio! no me infundais una esperanza tan dulce, si luégo me la habeis de arrebatarse!... ¿Con que vive D. Lope Diaz? ¿Con que os debe su salvacion?... No me engañeis, no... tened compasion de mí... Perdonad si me atrevo á dudar de vuestras palabras...

—No dudeis, Sancha, no dudeis... á vuestro lado se halla D. Lope Diaz...

Y al decir estas palabras, el peregrino varió su acento, desabrochó su túnica, mostrando su traje de caballero y una daga que de su cintura pendia, y se quitó la barba que le desfiguraba.

—¡Lope! exclamó Sancha, arrojándose casi sin sentido en los brazos de su amante, que la estrechó en ellos con delirio.

Y ambos permanecieron largo rato estrechamente abrazados, sin atreverse á articular una palabra, temerosos de turbar, hasta con su propio acento, el inexplicable placer que les embriagaba.

Mas como si un mismo resorte moviese el pensamiento de la doncella y el del mancebo, á un mismo tiempo consideraron los riesgos á que aquel transporte les conducia, pudiendo ser vistos, y á un mismo tiempo se apartaron para tornar ambos á la actitud que tenian ántes de descubrirse el supuesto peregrino.

—¡Sancha! dijo D. Lope en voz baja,

vengo á calmar el dolor en que os creia sumida, vengo á mostraros la falsedad de las nuevas de mi muerte, vengo á haceros ver que existo para amaros y protegeros, vengo á cobrar en vuestras palabras, en vuestra hermosura, en vuestro amor, la fortaleza que he menester para luchar con el infortunio que me rodea, para sufrir las amargas pruebas que me esperan. Hubiera podido daros nuevas de mi salvacion; pero tantos desengaños he experimentado, tan viles enemigos me cercan, y de tal modo temo comprometer vuestra dicha, que no me he atrevido á fiarme de nadie.

—Decidme, Lope, cuál fué la mano que os libró de la muerte, para que mis labios la bendigan; explicadme qué dió motivo á asegurar que vuestro cadáver habia sido encontrado á orilla del Cadagua; decidme, en fin, por qué habeis ocultado á todo el mundo vuestra salvacion.

—Envuelto en las ruinas de la fortaleza

y arrastrado largo tiempo por la corriente, luché con la muerte, oyendo los lastimeros ayes de aquel pueblo que sucumbia al acero de vuestro padre. Estaban teñidas en sangre las ondas que pugnaban por sepultarme en su seno, y los destrozados cadáveres de mis leales vasallos, de mis valerosos soldados, de mis fieles amigos, pasaban sin cesar por mi lado, llevados por la corriente.

— ¡Qué horror! ¡qué horror, Lope!

— ¡Sancha! nadie puede comprender el cuadro de desolacion que á mis ojos y á mi mente se presentaba en aquellos instantes. En medio de aquellas sombras de muerte, en medio de aquel caos de dolores, vuestro recuerdo era la única luz que me guiaba y me daba ánimo para buscar y seguir la senda de la vida, que tornaba á perder tan pronto como la encontraba. Ya en vano me asia á los sauces de la orilla, porque mis fuerzas y mi espíritu desfallecian, y apenas quedaba sangre en mis venas.

— «¡Un esfuerzo más, un esfuerzo más y os salvais!» me grita en aquel instante un anciano, corriendo hacia mí, no bien me divisó desde léjos.

Y aquel hombre me tiende la mano, arrojando la furia del río, que amenazaba sepultar en su fondo al que tratase de arrebatarse su presa, y me arrastra á la orilla, y prestándome sosten, me conduce á una aceña donde moraba una honrada familia, que me prodiga los más solícitos cuidados, y da á mi salvador el nombre de Gonzalo Perez de Edillo.

— ¡Perez de Edillo! Ah! ¡bendito sea él, Dios mio!

— Conveníame acreditar las nuevas de mi muerte, y por orden mia se vistió mi traje y se ciñeron mis armas á un cadáver bastante desfigurado, para que pudiera creerse el mio. Merced á aquella precaucion, han sido curadas en el reposo mis heridas, y mis enemigos se han entregado al descanso, di-

latando la prosecucion de sus conquistas, y dispongo sin despertar sospechas la defensa de los estados de mis mayores, que fio en Dios y en el pueblo vascongado, han de ser tan libres y tan felices como lo fueron antes de surgir los funestos bandos que los asuelan.

— ¡ Ah , exclamó Sancha, trocando su alegría en la más profunda tristeza , nuevas guerras aún, nuevos obstáculos á nuestro amor, nuevos peligros para vos, Lope!

— ¡ Sancha, no os entregueis á esas tristes ideas! La venganza y la ambicion de vuestro padre se estrellarán en el impenetrable muro que mis tercios opondrán á su paso en las Encartaciones, y entónces, humillada su altivez y desvanecidas sus locas esperanzas, sólo tratará de conservar el señorío de Bortedo, que ha menester la amistad del de Vizcaya.

Cantaban ya los gallos cuando Lope y Sancha se separaron, como la uña de la car-

ne, con ánimo de abandonar el castillo el primero así que amaneciese.

Al despuntar los primeros albores, llegó Lope Sanchez á Bortedo, seguido de su escudero y algunos otros servidores, y penetró por la poterna, á la sazón que el de Haro solicitaba inútilmente que se le permitiese la salida.

La indignacion que el señor de Vizcaya experimentó en vista de aquella negativa, le hizo olvidar el papel de peregrino que hasta entónces con mucho acierto habia desempeñado, y su voz, despojada ya del acento tembloroso y débil que caracteriza á la de los ancianos, llegó á oídos de Lope Sanchez, que conociéndola, se lanzó á él rápido y sañudo, seguido de sus criados.

—¡ Apoderáos de ese traidor! gritó: atadle como á un ladron, y arrojadle de la almena más alta del castillo.

—No será miéntras conserve aliento mi pecho, y pueda esgrimir el acero mi brazo,

exclamó el de Haro, arrojando barba y túnica de peregrino, y desnudando la daga que llevaba en el cinto.

Terrible fué la lucha que entónces se trabó entre el mancebo y los criados del señor de Bortedo, cuyo esfuerzo multiplicaba éste con su presencia y sus apóstrofes.

Don Lope Diaz se defendió largo rato, á pesar de hallarse poco ménos que inerme, y repetidas veces tiñó el pavimento con la sangre de sus enemigos. Pero al fin, agotadas sus fuerzas y acometido por todas partes, se vió desarmado y sujeto por aquellos.

Sancha, que velaba en su cámara, inquieta por las emociones que acababa de experimentar, y más aún por el riesgo que su amante corria dentro del castillo, oye el ruido de la lucha, y corre al sitio donde ésta se verifica; llega y ve á su amante sujeto por los criados, y oye á su padre repetir aquella bárbara orden de lanzar al mancebo

desde lo alto de las almenas. Sus fuerzas, debilitadas por el sufrimiento, se niegan á sostenerla; sus sentidos se conturban, y cae al suelo como un cuerpo inerte, exhalando un grito doloroso.

Aquel grito penetró en el corazón de Lope Sanchez como un agudo dardo, y las santas y dulces afecciones del padre sucedieron á la bárbara impiedad del verdugo.

Cuando el señor de Bortedo se hallaba en presencia de su hija, era tan grande su amor, que en su alma no cabia otro sentimiento.

—¡Salid de mi casa! dijo Lope Sanchez á D. Lope Diaz, acudiendo al socorro de su hija. Derecho me habeis dado á trataros como al villano más ruin se trata; pero quiero probaros una vez más mi generosidad, tratándoos como se trata á caballeros. Si lo sois, como de serlo blasonais, fio que haréis campo conmigo en el sitio y dia que mis mandaderos os señalen. No torneis á profa-

nar esos santos hábitos disfrazándoos con ellos. Si el peregrino pudiera atravesar el señorío de Bortedo sin ser muerto por mis vasallos, no así el señor de Vizcaya; mas soldados tengo que os guarden hasta donde no hayais menester su guarda. ¡Hola, ballesteros! Acompañad á ese mancebo hasta que salga de mi señorío.

Pocos instantes despues se dirigió hácia las Encartaciones D. Lope Diaz de Haro, escoltado por los soldados de Lope Sanchez, los que despidió á corta distancia de Bortedo, donde encontró á Ordoño y su paje de lanza, que le esperaban con su caballo.

XVIII.

Vino, latin y una muchacha.

La posada de Lope Sanchez era una torre almenada, que ampliada y convertida en soberbio palacio más de un siglo despues, áun se ve al entrar en Valmaseda por la puerta de Mena.

Fortuño, Iñigo, Martin y Bautista departen con mucho seso en el piso bajo, sentados junto al hogar en que arden haces enteros de madroños, ó bortos, como allí se llaman, los que renueva de cuando en cuando una moza fornida, colorada como una

rosa y áspera como un espino, que contará hasta veinticuatro años, y que es, ni más ni menos, aquella Jimena que en otro tiempo servía en la venta de Salcedo; la cual Jimena había pasado hacia poco á servir al hidalgo en cuya casa se alojaba el de Bortedo.

—Pues yo creo, decia Bautista, que Don Lope Diaz está tan muerto como la liebre que cuece en esa olla. Sería su alma la que visteis en Bortedo la noche que tan de prisa salió para allá nuestro amo.

—Dígoos que está tan vivo como nosotros, repone Martin, un tanto enfadado por la incredulidad de sus compañeros. Yo mismo le arranqué la daga con que se defendía, y por señas, que aún ha de haber en mi cuero prueba de que se las había como vivo.

—Pues en ese caso guerra larga tenemos, lo cual no me place mucho, porque cuanto menos vida tengo, más temo perderla, dijo Iñigo.

—Pues yo, añadió Fortuño, no sólo quisiera huir los riesgos y fatigas de la guerra, sino también arrojar las armas que demasiado tiempo he llevado, y vivir en la quietud de los campos.

—Buena es esa vida, dijo Iñigo; mas para que lo sea, convienen algunos haberes y mujer hacendosa y no fea que cuide de la casa y dé solaz en ella.

—Algunos haberes tengo; que no ha consumido mi afición al zumaque todos mis sueldos ni toda la hacienda que mis padres me dejaron. Tocante á mujer, si esa ingrata Jimena me amára...

Fortuño se interrumpió al ver entrar á Jimena, que se inclinó al fuego á añadir agua á la olla que allí hervía, y á atizar la lumbre.

—¡ Oh, Jimena! añadió el balletero, dirigiendo la vista al seno de la doncella, que dejaba entrever el justillo, desajustándose con motivo de aquella inclinación; no ati-

ceis el hogar, que harto calor da el fuego de vuestros ojos. Hacéos acá y sentáos á mi lado, que quisiera hablaros en puridad.

—¿Calor os doy, y á vuestro lado me que-
reis? replicó Jimena. No es prudente poner
fuego cerca de estopas.

—¡Jimena! Mariposa soy que quiero mo-
rir en vuestra llama... Por el santo Noé, que
os sentéis á mi lado.

Y así diciendo, el balletero asió por la
cintura á la moza, pugnando por atraerla
hácia sí; pero Jimena alzó la vasija que te-
nia en la mano, casi llena de agua, y der-
ramó toda ésta por el pescuezo de Fortuño.

—¡Centella de Dios! exclamó el balles-
tero, soltando la moza.

—Así, dijo ésta, iré templando el fuego
que os abrasa.

—*Aquæ multæ non potuerunt extinguere
charitatem...* que significa en romance: toda
el agua con que muele un molino, no puede
apagar el amor.

—Curo poco de amores de repente engendrados, replicó Jimena.

—¡De repente engendrado mi amor! ¿No recordais, Jimena, que ya penaba por vos el hijo de mi madre cuando serviais en la venta de Salcedo? ¿No visteis mi alegría cuando os encontré aquí el día que tomamos la plaza al de Vizcaya? Sabed, Jimena amada, que como las armas me sean asaz pesadas ya, y allá en Salcedo tenga cuatro terrones y una choza que heredé de mis padres, pienso trocar esta vida por la de labriego, y con tal que vos querais ayuntaros conmigo como Dios manda, más que marido, un esclavo tendréis en mí.

—Huélgome al fin en creerlos, contestó Jimena; mas me desplace vuestra afición al vino. ¡Yo marido borracho!... No será mientras á Dios plazca la castidad.

—¡Oh, ignorancia de los entendimientos vulgares! ¿Así honrais al precioso licor escogido entre todos los licores para signifi-

car la divina sangre del Cordero? *Agnus Dei...*

—Dejad latines, y juradme en lengua vulgar no volver á beber vino; que si vuestro juramento cumplis, yo os le hago de ser vuestra mujer...

Los compañeros de Fortuño se escandalizaron del terrible sacrificio que la moza imponia al ex-paje.

—Pidiéraisme, tirana doncella, cuanta sangre hay en mis venas, y no que no vuelva á probar el zumaque, dijo Fortuño. ¿No sabeis que há muchos años, ni un dia he podido pasar sin suavizar el garguero con este divino néctar, en cuyo elogio baste decir que de los moros es desdeñado?

—Dueño sois de no hacerme la promesa que os exijo, mas tambien lo soy de dar la mano á otro mancebo que me requiere de amores...

—¡Mala centella!... ¿Y quién es ese bellaco, quién, Jimena?

—Impórtaos poco el saberlo. ¿Me prometéis no beber vino?

—¡No haré tal, Jimena, no haré tal!

La doncella se inclinó para atizar el fuego y Fortuño añadió con exaltacion:

—Sí, yo os prometo cumplir vuestro gusto, aunque la sed me ahogue y la melancolía me mate.

—¡A cuánto obliga el amor! exclamaron á un tiempo los amigos de Fortuño, horrorizados del enorme sacrificio del ex-paje de lanza.

—Si así lo haceis, dijo la moza, mujer tendréis amante y honrada; que agradecida soy con quien me sirve.

Y salió de la cocina, cantando :

Sirve, galan, á tu dama,
Porque siempre se pagó,
Entre damas y galanes,
El amor con el amor.

Poco despues tornó con un cántaro de vino añejo de la Rioja, que colocó entre Iñigo,

Martin y Bautista, los cuales, sorbo tras sorbo, le fueron desocupando con tanto placer suyo, como envidia y pesar de Fortuño, que percibía sin cesar el aroma del añejillo, y tuvo que acompañar con agua la liebre que dijimos hervía en una olla.

XIX.

Para un traidor, un leal.

Miéntas pasaba en el piso bajo de la torre lo narrado en el capítulo anterior, Lope Sanchez de Barrondo meditaba en uno de los aposentos altos, sentado en un ancho sillal, con la mejilla apoyada en la mano, y la vista fija en un reloj de arena colocado en una mesa que delante de él estaba.

D. Juan de Leguizamon penetró en la estancia, y al verle se levantó Lope con la más viva ansiedad.

—D. Juan, le dijo, vuestra tardanza me

inquietaba; temia que los encartados hubiesen detenido vuestro paso: ¿traeis buenas nuevas?

—Malas solamente os las puedo dar, contestó Leguizamon.

—¿Qué piensan los vizcaínos?

—Que no osaréis dar un paso más en vuestra conquista.

—¡Vive Dios, que se engañan!

—Parciales y enemigos del de Haro están resueltos á defender el condado de Vizcaya. ¿Rocordais la alianza de los caballeros de Bilbao cuando el de Haro quiso entrometerse en nuestras contiendas?

—La recuerdo, D. Juan.

—Pues tal es la que han hecho ahora para defender al que entónces combatieron. Vanas han sido mis razones para disuadirlos de su intento, y hasta ha llegado la audacia, no sólo de mis enemigos, sino tambien de los que hasta aquí han sido mis mejores amigos, á decirme que soy indigno

de llevar nombre vizcaíno, puesto que en vez de defender á mi país y á mi señor, contra mi señor y mi país tomo armas. Y tienen razon, D. Lope, preciso es confesarlo. Por grandes que sean los agravios que el de Haro os haya hecho, y por desleal que haya sido para con vos su conducta, mi deber era defender á mi país, léjos de atacarle.

—D. Juan, si el apoyo que me habeis dado os pesa, libre sois de no volver á dármelo. El señor de Bortedo tiene demasiado orgullo para tolerar que se le echen en cara los servicios que se le prestan, y es bastante generoso para sacrificar su propio interes al ajeno.

—No es mi intento dejar de servirlos, Don Lope, ni me pesa haber comprometido mi honor y perdido mi valimiento en Vizcaya abrazando y sirviendo vuestra causa; mas sí quiero haceros conocer hasta qué punto soy vuestro amigo, mostrándoos lo que me cuesta el serlo.

—Agradecido soy, y ya os dije, al pedir os auxilio, que recompensaría vuestros servicios, repuso el de Bortedo procurando dominar su enojo. Si un día necesitáis mi ayuda para luchar con vuestros enemigos, no olvidaré que me ayudasteis á luchar con los míos.

—Tal vez habré menester esa ayuda, según las enemistades que contra mí se concitan; mas otra es la recompensa que mi corazón desea. Si un tiempo os negasteis á contraer conmigo lazos más estrechos que los de la amistad, quizás porque no teníais bastantes pruebas de mi adhesión, fio que no me negaréis la dicha que há tanto tiempo anhelo: la mano de vuestra hija.

—¡Mi hija!... ¡Sancha!... ¡Jamás, Don Juan, jamás!...

Todo el odio, toda la ira, toda la indignación de que un corazón es capaz, se agitó por un instante en el corazón de Lope Sanchez.

—Olvidábaseme decir os que los vascon-

gados se hallan muy gozosos con la noticia que entre ellos corre, de haber sido llamado á la córte D. Diego Lopez de Haro, que, como sabeis, permanecía en tierra de moros. Cuéntase que con motivo de haber salvado la vida, en una batalla dada en el reino de Valencia, á D. Pedro de Aragon, éste ha intercedido con el rey de Castilla, su aliado, para que le torne á su gracia, á lo cual ha accedido de buen grado D. Alfonso. Créese que D. Diego obtendrá, en cuanto llegue á la córte, recursos con que acudir á la defensa de sus estados...

— ¡El infierno se conjura contra mí!... exclamó Lope Sanchez, dando una patada en el suelo é interrumpiendo á D. Juan.

No se habia equivocado éste: aquella noticia era más eficaz que todas sus súplicas para que el señor de Bortedo se mostrase propicio á su deseo.

Lope Sanchez, que estaba á punto de romper por completo con su aliado, consideró

que entónces más que nunca necesitaba amigos, y procuró contener su enojo, si bien no tuvo valor para prometer terminantemente la mano de su hija á D. Juan.

—Perdonad mis arrebatos, dijo á éste, alargándole afectuosamente la mano. Seguid prestándome vuestra ayuda, que no tendréis por qué acusarme de desagradecido. Vuestra influencia en Vizcaya es demasiado grande, para que la hayais perdido completamente. Haced uso de ella, cread entre los vizcaínos un partido que secunde nuestros esfuerzos, y no dudeis de nuestro triunfo. El de Haro anhela la mano de mi hija, y si mis estados conservan los estrechos límites que hoy tienen, habré de dársela para conservarlos; mas una vez ensanchado por las Encartaciones el señorío de Bortedo, y conquistada con liberales franquicias la amistad de los encartados, mis fuerzas acrecerán cuanto disminuyan las de Vizcaya, y mi voluntad será entónces libre.

—Fiad en mis esfuerzos por serviros, mas temo que no tengan el suceso que ambos deseamos, si la astucia no suple á la fuerza.

—Dado que me apodere de las Encartaciones, lo que no dudo conseguir, ¿creeis que podré conservarlas si vuestros temores se realizan, si D. Diego acude en ayuda de su hijo?

—Muchos son los castillos desguarnecidos que en las Encartaciones existen, y una vez fortalecido en ellos, todas las huestes castellanas y vizcainas no bastarán á quitaros su posesion.

—Teneis razon, D. Juan, y quiero seguir vuestro consejo. Es menester aprestar todas nuestras fuerzas para penetrar en seguida en las Encartaciones, lo cual no será dificil, á pesar de los tercios enemigos que vigilan nuestros movimientos, y de los que puedan acudir del interior de Vizcaya.

—Esa empresa, tal como vos intentais

llevarla á cabo, no es tan fácil como pensais: merced al incógnito con que he hecho mi incursion al señorío, he podido sondear la opinion de los encartados, y saber la gente que ocupa el país. El de Haro ha establecido sus reales en el solar de Montehermoso, en el valle de Salcedo, y desde allí excita el entusiasmo de los naturales del país, que están resueltos á alzarse en masa así que un soldado del de Bortedo ponga el pié en las Encartaciones, y allí reúne numerosos tercios que cada dia llegan del interior, enviados por las hermandades. Así, pues, la lucha sería larga y el triunfo dudoso, mandando los enemigos de Lope Diaz, mas el desaliento y el desórden cundirian entre las huestes vizcaínas si su señor y caudillo dejára de existir...

— ¡D. Juan! no os comprendo, exclamó Lope Sanchez, interrumpiendo á Leguizamon, cuya proposicion comprendia, no obstante, segun la indignacion que apareció

en su rostro y la noble altivez con que irguió su frente.

—Al de Haro disteis un día generosa hospitalidad en vuestra casa, y depositasteis en él vuestra confianza, y á todo faltó villanamente... ¿Qué nombre merece el que así abusa de la hospitalidad y de la confianza?

— El de traidor.

—Quien á yerro mata, á hierro debe morir.....

—O para un traidor, un traidor, ¿no es verdad?

El enojo que en Lope Sanchez habia excitado momentos ántes la peticion de Don Juan, buscaba un pretexto para estallar.

—¿Y quereis que ese traidor sea yo? continuó Lope. Vive Dios, D. Juan, que en vos estoy viendo el más ruin que de Júdas acá ha nacido de mujer. ¿Tan valiente sois, que pagando un asesino, quereis desembarazaros del que os disputa una dama? Sabed que

Lope Sanchez de Barrondo tiene espada y lanza, mas no puñales para vengar las injurias que recibe, como á probároslo está dispuesto: sabed que la hija del señor de Bortedo, noble y honrada como su madre, jamas será del que trata de armar asesino á su padre, cuyos progenitores armó caballeros el ungido del Señor: sabed que el señor de Bortedo no quiere vuestra ayuda en la empresa que ha acometido, porque, salga vencido ó vencedor, quiere lidiar como caballero: y sabed, en fin, que si vos y los vuestros no os alejais de Valmaseda ántes de dos horas, vos y los vuestros seréis pasados á cuchillo y arrojados al Cadagua ántes que el dia aparezca.

— ¡D. Lope!... murmuró Leguizamon, á quien la cólera y la sorpresa habian embargado la voz hasta entónces; pero el señor de Bortedo le interrumpió con iracundo acento.

— ¡Callad, traidor, callad!

Y como D. Juan prorumpiese en impre-

caciones y amenazas, Lope Sanchez gritó con voz atronadora :

— ¡Hola, mis servidores! Poned una mordaza á ese mal caballero, y echadle á palos de mi presencia.

Los criados de Lope Sanchez se pusieron en actitud de obedecer á su señor.

D. Juan, que habia desnudado su espada, creyó inútil toda resistencia, y salió á la calle, diciendo al de Bortedo :

— ¡D. Lope, yo os juro que vuestra hija será mia!

Una hora despues salian él y su gente por la puerta de las Encartaciones. Caminaron rio abajo un corto trecho, badeando el Cadagua por un ponton con que habian sido enlazadas ambas orillas durante el cerco de la plaza, ganaron con mucho silencio las montañas que están al oriente de ésta, y tomaron la direccion de Bortedo.

Pocos momentos ántes habian salido por la misma puerta dos mandaderos de Lope San-

chez, con órdenes de éste, y encargo de concertar con el de Haro el dia y el sitio en que debía verificarse el duelo pendiente entre el padre y el amante de Sancha.

Pocos instantes despues que Leguizamon y su gente salieran por la puerta de las Encartaciones, salió por la de Mena Gonzalo Perez de Edillo, informado de lo ocurrido con D. Juan, y acompañado de hasta doscientos soldados.

Y, poco más ó ménos, á aquella hora dormian como dos bienaventurados Iñigo y Martín, y el pobre Fortuño meditaba acerca de los saludables efectos del vino, lamentaba los desvelos del amor, y buscaba en el *Ars amandi* del sublime narigudo algun medio de conquistar el corazon de Jimena, prescindiendo del terrible sacrificio de no volver á probar el zumaque.

XX.

Golpe en vago.

Era la noche muy oscura, y sólo turbaban su pavoroso silencio los primeros cantos del gallo, la dolorida voz del cárabo, y el ruido de los arroyos, que unas veces parecía acercarse, y alejarse otras, según el lado de donde el viento soplaba.

Aquí y allí se descubrían algunas luces en los montes comprendidos en el señorío de Bortedo, las cuales indicaban otras tantas oyas, nombre que se dá en aquel país á la leña puesta en combustion en los torcos; y

allá en la ribera del Cadagua brillaban las chispas que se alzaban de la fundicion de las ferrerías, formando su conjunto una columna ígnea, compacta al principio, mas dividida luégo en millares de lucecillas que el viento dispersaba y hacia vagar en todas direcciones, como otras tantas estrellas desprendidas del cielo.

D. Juan de Leguizamon hizo alto con su gente en un cerro no muy distante de Bortedo, y puso en conocimiento de los suyos cuáles eran sus proyectos. Reducíanse éstos á penetrar en el castillo validos de su carácter de aliados de Lope Sanchez, y apoderarse de Sancha, la cual llevaria á las Encartaciones y ocultaria allí, por cuyo medio le sería dado imponer su voluntad al señor de Bortedo, que segun él, habia acusado de traidores y cobardes á todos los que componian su hueste.

Exagerando las ofensas que decia haber recibido todos del señor de Bortedo, logró

excitar la cólera de su gente, que le juró secundar sus deseos, arrojando cuantos peligros se opusieran á ello.

Y en efecto, á corto rato, las puertas de la fortaleza fueron abiertas al traidor, que penetró por ellas con triples fuerzas que las que guarnecian el castillo.

Sancha oyó desde su cámara el nombre de D. Juan, y exhaló un grito de terror.

Siempre se lo habia inspirado la presencia de aquel hombre, mas nunca en tanto grado como entónces.

Pocos motivos racionales tenia á la sazón para temer las violencias de D. Juan, siendo éste el más decidido aliado de su padre, y hallándose en su propia casa, defendida por numerosos y leales servidores; pero una voz interna la decia que grandes infortunios la esperaban, que aquella noche iba á ser víctima de traidores planes.

Un tiempo se habia encontrado en Bilbao léjos de su padre y cerca de D. Juan, con-

templando la exasperación y enemistad de éste, y viendo á aquel desprevenido contra las maquinaciones de sus enemigos, y sin embargo, entónces no habia temblado ni temido á D. Juan, como aquella noche temblaba y temia.

El corazon tiene, como la inteligencia, una divina antorcha que alumbra nuestro paso por las tinieblas de la vida.

Los soldados de Leguizamon fueron ocupando poco á poco los puntos más importantes de la fortaleza, sin abandonar sus armas, y aparentando satisfacer así su curiosidad.

Era el alcaide del castillo un anciano que amaba y respetaba á Sancha, como amaba y respetaba á Lope Sanchez, cuyas órdenes obedecia siempre ciegamente. Como saliera á recibir á D. Juan, y á prestarle su respetuoso homenaje, como al amigo y valedor más poderoso de su señor, le dijo Leguizamon, procurando ocultar la ira que, al nombrar á Lope, se traslucia en sus palabras :

—D. Lope me envia aquí para que acompañe á su hija á Valmaseda, donde cree debe hallarse más segura y ménos triste que en este sombrío y solitario castillo. Decidla, pues, que disponga lo conveniente para la partida, que debe ser inmediata, conforme á las órdenes que de D. Lope traigo.

—Señor, contestó el alcaide, temeroso de ofender á D. Juan, dudando de la sinceridad de sus palabras; D. Lope, mi amo, os habrá dado por escrito la orden que me mandais transmitir á mi señora, porque sólo así me tiene mandado obedecer las suyas en su ausencia.

—¿Acaso D. Juan de Leguizamon ha menester documentos escritos para hacer valedera su palabra? Despachad, buen viejo, si no quereis que yo mismo vaya á despertar á vuestra ama, replicó D. Juan, dejándose arrebatado por la cólera de que su pecho estaba lleno.

—No lo haréis, señor, contestó con hu-

mildad el anciano; no lo haréis, pues fio en vuestra hidalguía y en la amistad que á mi señor profesais; mas si álguien intentase desobedecer las órdenes de mi señor, mi deber es hacerlas respetar y cumplir.

—A cumplirlas vengo, léjos de desobedecerlas. Es preciso que vuestra ama salga de Bortedo ántes de amanecer.

—Os juro que no la dejaré salir miéntas otras órdenes no reciba.

—¡Villano! exclamó D. Juan, perdiendo enteramente la paciencia con aquellas dilaciones y contrariedades. Vive Dios que no sé cómo sufro vuestra insolente audacia.

—D. Juan, respetad la autoridad que en este castillo ejerzo, y las canas que veis en mi cabeza, dijo el anciano, indignado de la brutal insolencia de Leguizamon.

—Veréis cómo respeto vuestras canas y vuestra autoridad, replicó D. Juan, desnudando la espada y preparándose á herir al alcaide. Éste puso mano á la daga que pen-

día de su cinto y paró con ella los primeros golpes del agresor.

Al oír el choque de los aceros y los gritos que ambos contendientes daban, acudieron al sitio del combate muchos soldados de una y otra parte y se trabó una sangrienta lucha, en la cual daban ejemplo de valor á sus gentes lo mismo el anciano que D. Juan de Leguizamon; pero las fuerzas de este último eran superiores á las del primero, y así que cundió la alarma por la fortaleza, los soldados de D. Juan, validos de su superioridad, tanto en número como en armas, pues los de Bortedo fueron cogidos tan desprevenidos y acometidos tan inopinadamente, que ni ofensivas ni defensivas las pudieron tomar, arrojaban por las almenas á estos últimos, y los sacrificaban á mansalva en todas partes.

D. Juan y los que lidiaban á su lado pugnaban por penetrar en la cámara de Sancha, pero el alcaide y los suyos les im-

pedian el paso, luchando con heroico esfuerzo.

Al fin el anciano, cubierto de heridas, falto de sangre, y por consecuencia de fuerzas, cayó al suelo: un instante despues holló D. Juan su cadáver, penetrando en la cámara de Sancha, á quien encontró desmayada en brazos de la dueña, y la guarnicion del castillo estaba completamente vencida.

—¡Arda el castillo! gritó D. Juan, en tanto que por sus órdenes se disponia una litera para conducir á Sancha, que permanecia inanimada como un cadáver.

Y poco despues, el bárbaro raptor, seguido de sus huestes, huia con su presa, y las llamas empezaban á devorar el castillo de Bortedo.

Doscientos pasos se habrian alejado de éste aquellos traidores, cuando á la luz del incendio vieron que se dirigian precipitadamente hácia ellos porcion de caballeros y peones de hácia la parte del Berron.

Un anciano venerable era el caudillo de aquella gente.

D. Juan conoció al punto que se las iba á haber con Gonzalo Perez de Edillo.

—¡Detenéos, traidores, ladrones é incendiarios! gritó éste, lanzándose con sus soldados, veloz como el rayo, sobre la hueste de D. Juan, sin reparar en su superioridad numérica.

Muchas veces se habian peleado obstinadamente en los campos de Bortedo; muchas veces habian sido regados con sangre aquellos otros y aquellas campiñas; mas nunca como aquella noche fatal.

Las llamas que reducian á ceniza el castillo iluminaban amarillentas y tristes aquellos campos hasta muy larga distancia, y hacia cerca de media hora que peleaban á su luz los de Leguizamon y los de Edillo, sin que su ardor se hubiera entibiado, ni estos últimos hubieran podido ganar un palmo de terreno para acercarse á la litera en que se

hallaba Sancha, cuyo rescate era el primer objeto de sus esfuerzos.

Heridos ó muertos la mitad de los soldados de Gonzalo, porque los contrarios eran seis veces más que ellos, los restantes estaban próximos á abandonar su empeño, á pesar de que su jefe queria sostenerlo hasta alcanzar el triunfo, ó perecer todos en la lucha.

Pero cuando Gonzalo desesperaba completamente de libertar á Sancha, cuando comenzaba á comprender que sacrificaba éste vilmente la vida de sus soldados, y cuando el alba mostraba sus primeros resplandores, oyóse una gran vocería hácia el lado de la poblacion, y multitud de campesinos, que al dejar el lecho habian visto el incendio del castillo y se habian enterado del rapto de Sancha, se precipitan al sitio del combate, armados de hachas, y cercando por todas partes á los de Leguizamon, en union de los de Gonzalo, prestan esperanzas y nuevos bríos

á estos últimos, y muy pronto se ven los raptos encerrados en un estrecho círculo, dentro del cual sucumben á centenares.

—Triunfarás, pero no gozarás de tu triunfo, grita D. Juan desesperado, dirigiéndose lanza en ristre á Gonzalo Perez de Edillo.

Y se empeña entre los dos caudillos el más porfiado combate.

Viejo es Gonzalo, pero á una constitucion robusta y una salud conservada sin intervalo por una vida sobria y laboriosa debe todo el vigor de la juventud, al paso que D. Juan, acostumbrado á los goces del sibarita, á todos los vicios que aniquilan el cuerpo y el alma, siente, jóven aún, toda la debilidad de la vejez.

Muchas veces embistieron ambos, sin que ni uno ni otro alcanzase ventaja alguna; mas al fin, el de Edillo dió un bote tan terrible á su contrario, que éste cayó del caballo, y entónces sus soldados huyeron des-pavoridos en todas direcciones, siendo muer-

tos gran parte de ellos, durante la fuga, por los campesinos, que en seguida fueron á apagar el incendio del castillo, cuyos estragos habian sido ya horribles.

Una hora despues, el de Edillo tornaba con Sancha á Valmaseda, de donde saliera la noche precedente, adivinando los planes de D. Juan por esa penetracion que se adquiere con los años y la experiencia del mundo.

XXI.

El suplicio de Tántalo.

— Cuéntase que en Valladolid habia un clérigo muy aficionado á los placeres de la mesa.

Aquel siervo del Señor sabía que la voluntad de éste era que comiera para vivir, no que viviera para comer, y sabía tambien por el evangelista S. Lucas, *que el siervo que supo la voluntad de su Señor, y no se preparó ni la cumplió, llevará muchos azotes.* Pero como quisiera vivir para comer, y no quisiera llevar muchos ni aún pocos azo-

tes, buscaba un medio de eludir la voluntad del Señor sin sufrir la pena anunciada por el Evangelista.

Echóse, pues, á discurrir, y habiendo pasado mucho tiempo exprimiendo inútilmente su inteligencia, dió al fin con uno que le pareció á pedir de boca, y que puso en práctica inmediatamente.

Decia misa á las once, cerraba la iglesia, y se encaminaba á su casa con las llaves en la mano. Al llegar á la puerta de un jardin que precedia á la de su morada, guardaba las llaves en una faltriquera rota, y tan rota, que se le perdian ántes de atravesar el jardin.

Apénas llegaba á casa, buscaba las llaves de la iglesia para dárselas á guardar al ama, y como no las encontrára, tornaba en su busca, y así que daba con ellas, iba á mandar preparar un opíparo banquete, *en celebridad de haber recobrado las llaves de la casa del Señor.*

Esta conseja explica la conducta de muchos hombres, y acaso podrá tambien explicarnos por qué los servidores de Lope Sanchez de Barrondo celebraban con un banquete los sucesos que hemos narrado en el capítulo anterior.

Lope habia perdido su más poderoso aliado; el castillo de Bortedo habia sido presa de las llamas, su guarnicion habia sucumbido al acero de D. Juan, habian muerto la mitad de los soldados de Gonzalo, y Sancha se hallaba enferma de resultas de sus padecimientos durante aquella noche. ¿Qué era, pues, lo que celebraban Martin, Iñigo y Fortuño, compañeros inseparables?

Celebraban la salvacion de su querida ama y señora Doña Sancha.

Se hallaban en Valmaseda, en la misma cocina donde vimos á Fortuño abrasado de amor por Jimena.

Iñigo y Martin vaciaban con frecuencia sendos vasos de vino riojano; pero For-

tuño yace abatido y triste, algo separado de ellos, á fin de percibir lo ménos posible el aroma del precioso licor que le está vedado probar, y Jimena contempla con maligna sonrisa aquel suplicio de Tántalo.

¡Pobre Fortuño! Cuatro dias há que el vino no refocila su estómago, y cuatro que un profundo abatimiento se ha apoderado de él!

¡Pobre Fortuño! sus ojos, ántes alegres, han perdido su brillo, y sus labios, siempre risueños, no han vuelto á sonreir ni á articular una de aquellas alegres frases que mostraban el buen humor del ex-paje, áun en las circunstancias más críticas.

¡Pobre Fortuño! Cuatro dias há que no bebe vino, y cuatro que los minutos le parecen horas, y las horas dias, y los dias meses; cuatro que el sueño huye de sus párpados; cuatro que el pan es para él ingrato, y desabrida la carne; cuatro que no comprende cómo pudo haber hombres felices

antes de Noé; cuatro que aquel santo patriarca le parece el bienhechor más grande de la humanidad, el sabio entre los sabios, el santo entre los santos.

Cien veces ha estado á punto de quebrantar su juramento; pero cien veces ha alzado la vista y contemplado las gracias de Jimena, y el amor ha alcanzado la victoria más grande de cuantas en sus fastos cuenta.

—Vamos, Fortuño, dice Martin, alzando un vaso lleno de vino, que contempla al trasluz; alégrate, regocíjate, que ya somos de tu opinion. El fruto de la vid es el mejor que produce la tierra. De hoy más tributaremos adoracion á su santo inventor. ¡Qué sabor, qué color, qué fragancia tiene este divino néctar!

Y el escudero desocupó el vaso, deleitándose en paladear su contenido.

Los ojos de Fortuño brillaron animados por el deseo.

El pobre balletero, olvidando su pro-

mesa y su amor, hizo un movimiento para apoderarse de un vaso que quedaba lleno; pero Iñigo anduvo más listo y le empinó con delicia, en tanto que Jimena soltaba una ruidosa carcajada.

Fortuño, que por un momento habia olvidado á la moza, fijó en ella la vista, y el amor salió vencedor del vino una vez más.

—No hayais temor que falte á la promesa que os tengo hecha, dijo Fortuño mirando amorosamente á la moza. Duras son las pruebas á que me sometéis, y mucho tentais mi valor, ¡oh tiranos amigos! pero si vos, Jimena, me amais, y como buena os habeis conmigo, mi costumbre amoldaré á vuestro gusto, y bueno seré como vos, porque *quam pulcra est amica mea, quam pulcra est*, que en romance quiere decir: vales más oro que pesas.

—Holgareme mucho que así lo hagais, contestó la doncella, mas tambien me hol-

gára de que olvidárais latines, que no entiendo.

—¡ Tirana sois en demasía, Jimena! no de paganos son mis latines, mas sí de varones tan santos como el gran Noé...

—Asaz rebeldes son vuestras inclinaciones.

—Mas domeñarlas sabré; de hoy más ni latines ni vino tendréis que echarme en cara.

En esto, Iñigo y Martin habian vuelto á llenar los vasos y excitaban el apetito de Fortuño, ostentándolos á su vista y aspirando de cuando en cuando el aroma que de ellos se exhalaba.

Fortuño dirigia alternativamente la vista al vino y á la moza.

En este suplicio, en este choque de contrarios deseos, pasó un corto rato; mas como sus compañeros multiplicasen sus sorbos y sus alabanzas al vino, su amor comenzó á vacilar, sin que todos los esfuerzos de la doncella bastasen á sostenerle.

Dejándose llevar de su afición á los silogismos, y sobre todo, de su afición al vino, consideró, con arreglo á aquella máxima, para él infalible, de que lo más antiguo es lo mejor, que el vino era más antiguo que su amor, y que siendo el vino lo mejor que hay en el mundo, el amor no podía ser mejor que el vino. Y como Iñigo y Martín expusieran nuevamente á su contemplación los vasos de vino,

— Cristiano soy, y no moro, exclamó.

Y apoderándose de ellos, los agotó con hidrópica ansiedad, y tornó á llenarlos y á agotarlos repetidas veces, hasta que en el jarro no quedó gota, hasta que sus ojos recobraron su antiguo brillo, y sus labios volvieron á sonreír y á derramar á torrentes la palabra.

— *Certes non potest male mori qui bene viverit*, que en romance significa : el que bien bebe, bien muere, exclamó, amoldando á su gusto esta sentencia.

Desesperanzada la moza de curarle de su pasión al vino y al latin, y tomando ejemplo de su destreza en amoldar sentencias á las circunstancias, se alejó cantando :

Dos cosas tienen mal fin :
El hombre que bebe vino
Y el que se explica en latin.

Merced á haber quebrantado Fortuño su silencio, podrémos adquirir de su boca y de la de sus compañeros, algunas noticias conducentes á la mejor inteligencia de esta historia.

—Bebamos, dice Iñigo, bebamos hoy, que mañana quizá salga de nuestro cuerpo trocado en sangre el vino que á él trasegamos.

—Vive Dios, Iñigo, que tú siempre has de ser pájaro de mal agüero, repone Fortuño casi calamocano.

—Por nuestro mal, sobrada razón tiene Iñigo, dice Martin dividiendo la frase con un vaso, por donde nosotros la hemos divi-

dido con una coma. No tardarán en batirse bien el cobre el señor de Vizcaya y el de Bortedo.

—Batiránle los pobres soldados de uno y otro bando, repuso Iñigo. Triste cuento es que siempre el señor ha de sacar ascua con mano de vasallo. Si ellos tienen ambiciones y agravios que vengar, horádense el cuero en buen hora, y dejen en paz á quien en paz está, que no hay razon ni ley para que yo digiera manjar que otro ha yantado.

—Razon tuvieras, Iñigo, si de tu querella excluyeras á D. Lope, nuestro amo, dijo Fortuño, tomando con calor la defensa de su señor. Don Lope Sanchez, ascua que con su mano pueda sacar, no la saca con la ajena. Señales tengo aún en estas mis nalgas de los lapos que *in illo tempore* mandó darme; pero eso no entibia la aficion que le tengo; que un refran dice: «quien bien te quiere, te hará llorar»; y no he de ser yo ménos que el perro que lame la mano con

que su señor le hiere. Muchos años he bebido el vino de D. Lope, y ya esto de suyo es para tenerme agradecido, mas aún hay otras cosas que hacen subir de punto mi agradecimiento. Cierto que á genio duro pocos ganan á nuestro amo, pero á valor y buen corazon tampoco. Cuando recuerdo lo de Alarcos, tal me estremezco, que lágrimas tamañas como nueces asoman á mis ojos, y juro por el gran Noé dar mi vida y aún mi alma por mi señor...

— ¡ Oh, cuán sensible pone tu corazon el zumaque! le interrumpió Martin. No há mucho querias abandonar el servicio de nuestro amo, y ahora con alma y vida quieres servirle.

— *Orationem meam retexo*, que en romance significa: no hay nada de lo dicho. Hé ahí justificado lo que siempre dije, es á saber, que el vino es lo mejor del mundo. Mas volviendo á lo de Alarcos, contaréoslo, aunque mil veces lo he hecho; que las buenas

obras, contadas y recontadas han de ser, y aún así no son loadas lo bastante.

Cristianos y moros, continuó el ex-paje, peleábamos como perros rabiosos, sin ganar campo ni unos ni otros; mas como fuerzas infieles viniesen sobre nosotros por todas partes, nos vimos precisados á correr en desórden...

—No á la muchedumbre de moros fué debida aquella derrota, segun dicen, mas sí á cobardía de D. Lope Diaz de Haro, que mandaba las huestes cristianas.

—Miente como un bellaco quien tal diga, contestó Fortuño indignado. Enemigos nuestros son los de Haro, mas no por eso nos es permitido calumniarlos. Don Diego lidió en Alarcos como Bernardo en Roncesvalles, y sólo ruindad de sus émulos, que siempre el valido los tiene, pudo mancillar la gloria, bien que estéril, alcanzada por él en aquella malhadada empresa.

»Pues como nuestro ejército se retirára,

haciendo cara al enemigo, nuestro amo y señor D. Lope, cerca del cual servia yo á la sazón, fué acometido por dos moros, que lléveme el diablo si no eran dos gigantes Goliat. Yo, que me hallaba algo separado de él, corrí en su ayuda, y tan sin acuerdo guié mi cabalgadura, que vine á tierra queriendo saltar un ribazo, á la sazón que mi amo ponía fuera de lid á sus dos acometedores.

»Muchedumbre de moros se lanzan á mí y ya veinte cimitarras brillaban sobre mi cabeza, cuando viéndolo D. Lope, vuela en mi socorro, despreciando la muerte, segura para otro ménos esforzado, y descarga tan formidables golpes sobre los paganos, que al fin pude cabalgar de nuevo, y entre ambos dimos tan buena cuenta de aquellos perros, que no pocos de ellos entregaron el alma al diablo, allí donde yo pensé dar á Dios la mia.

»Malo dicen que fué en su mocedad Don Lope, mas yo bueno le he conocido siempre,

y por quien soy, como á bueno he de servirle.»

—Nunca se ha podido poner en duda el valor de nuestro amo, contestó Martin, y tengo para mí que no le ha de desmentir peleando con el de Haro. Por de contado, él será el primero que nos dé ejemplo de valor en la lucha, pues con arreglo á sus instrucciones, los mandaderos que pasaron al campo del de Haro han convenido con el de Vizcaya en que el duelo pendiente entre los dos nobles señores ha de verificarse mañana al frente de ambas huestes, que en seguida se embestirán, cualquiera que sea el resultado de la lid de sus caudillos.

—Terrible ha de ser la batalla, segun las fuerzas que el uno y el otro bando han allegado, dijo Iñigo, insistiendo en sus malos augurios; y temo no poco que el triunfo sea para el de Haro, pues las nuestras han menguado mucho con la pérdida de las de Lequizamon.

—Mucho ha ganado D. Lope Sanchez con esa pérdida, repuso Martin; que D. Juan siempre fué un D. Júdas, y allí donde él estaba, estaba la perdicion. Tan traidor fué siempre, que ni áun el infierno debe hallarse seguro ahora que él está por allá.

—Pero ¿se sabe de cierto que murió en lo de Bortedo?

--Nadie lo ha puesto en duda: muchos le vieron caer traspasado por la lanza del de Edillo; y si su cadáver no se halló entre los de los suyos, debe atribuirse á la voracidad de los lobos, que aquel dia sacaron tripas de mal año en Bortedo.

—Y áun no sabemos si pereció allí tambien Bautista.

—Cierto que fuera gran dolor el que tal hubiese sucedido.

Aquí llegaban en su conversacion el escudero y los ballesteros, cuando en el aposento inmediato oyeron ruidosas carcajadas, que daba Jimena.

La voz de la moza produjo en el tímpano de Fortuño el efecto que en el de un perro suele producir el sonido de un clarín.

Levantóse el ballestero dando traspieses, y asomando la gaita por la puerta, vió á la doncella solazándose en animado retozo con uno de los criados del huésped.

Aunque Fortuño hubiese hecho propósito de renunciar al amor de la moza por no renunciar al vino, encendióle en ira aquel jolgorio, y dirigiéndose al criado del huésped, le dijo con tono amenazador:

—No la toques, rufian, no la toques, si no quieres que tus villanas costillas toque y retoque yo con una estaca.

Y añadió para sí, dando un suspiro:

—¡Oh, tirano amor, cuán ligero entras, y cuán reácio sales!

siervo de comunicacion con la orilla opuesta donde está la terrera llamada de Nueva, pero los gemidos habian cesado, y la ribera parecia enteramente desierta.

La oscuridad aumentaba por instantes. García perdió enteramente los al-

XXII.

Doncella por doncella.

En la ribera septentrional del Cadagua, á diez tiros de ballesta de la aldea de Edillo, habia un molino habitado por una familia tan honrada y hospitalaria como pobre.

García, que así se llamaba el molinero, creyó oír gemidos á la orilla del rio, al anochecer del dia en que tan mal parados quedaron los raptores de Sancha en los campos de Bortedo, y se apresuró á acudir en socorro del que los daba.

Dirigióse pues hácia el vado que hoy

sirve de comunicacion con la orilla opuesta donde está la ferrería llamada la Nueva, pero los gemidos habian cesado, y la ribera parecia enteramente desierta.

La oscuridad aumentaba por instantes.

García registró cuidadosamente los alisales y los sauces, y como sus pesquisas fuesen inútiles, creyó que lo que le habia parecido gemidos humanos sería el silbido del aire, que agitaba sin cesar los robles y los castaños, y tomó la vuelta del molino.

Habia dado muy pocos pasos, cuando á pesar de la oscuridad, le pareció distinguir á la orilla de la senda que seguia, un bulto que parecia un cuerpo humano, inmóvil y tendido sobre la yerba. Tocóle con el pié, dudando si sería una cepa, y se cercioró de que era un hombre que no daba señales de vida.

García aplicó el oido al rostro de aquel hombre, y notó con alegría que aún respiraba.

Sintiendo sus manos bañadas en un líquido glutinoso, las aplicó á la nariz, y el olor acre que percibió, le convenció de que aquel hombre estaba cubierto de sangre. Sería, pues, alguno de los pocos soldados de Leguizamon que no habian quedado muertos aquella mañana á los botes de los de Gonzalo Perez de Edillo.

El molinero era jóven aún y robusto, y estaba acostumbrado á conducir en sus hombros pesados sacos de harina á sus veceras ó parroquianas. Así pues, colocó en sus hombros aquel cuerpo casi inerte, y se apresuró á conducirle al molino, donde pudiera prestarle auxilios más eficaces.

— ¡Teresa! ¡Teresa! gritó á su mujer, al acercarse al molino.

Teresa respondió desde la ventana, y García añadió :

— Abre la puerta; que conduzco un soldado herido.

Teresa se apresuró á obedecer á su esposo,

abriendo la puerta y esperando en el umbral, con un candil en la mano.

— ¡Dios mio! ¡es un caballero! exclamó al ver al herido, que en efecto vestía traje de caballero, y estaba cubierto de sangre que manaba de una porcion de heridas, y particularmente de una que tenía en el pecho.

La molinera le preparó un pobre, pero limpio y cómodo lecho, y así que le acostaron, García, que en los primeros años de su mocedad habia sido soldado, y por consiguiente habia visto muchas veces curar heridas, curó con ayuda de su mujer y como mejor pudo, las de aquel hombre, á quien se propusieron velar toda la noche, por más que ambos estuviesen fatigados del trabajo del dia.

Despues de algunas horas de descanso, y de recibir los solícitos cuidados de aquellos pobres campesinos, el herido tornó en su acuerdo, lo cual hizo exhalar un grito de satisfaccion á García y á Teresa.

— ¿Dónde estoy? preguntó examinando con la vista la estancia y los que en ella se hallaban.

— Estáis, le contestó García, en la ribera del Cadagua, á pocos pasos de Edillo...

El herido se estremeció al oír el nombre de Edillo, y dijo á sus huéspedes :

— Ruégoos por cuanto más amais en este mundo, que no reveleis á nadie mi permanencia en vuestra casa.

— Así lo harémos, contestó García; procurad recobrar la salud; que nosotros os auxiliaremos en cuanto nos sea dado.

El herido añadió, queriendo sin duda penetrar á sus huéspedes del interés que tenia en su discrecion :

— D. Juan de Leguizamon ha perecido con casi toda su mesnada en los campos de Bortedo, lidiando con Gonzalo Perez de Edillo: el cielo ha castigado la maldad de Don Juan, que trataba de robar la hija de Lope Sanchez, y nosotros, los que contra nues-

tra voluntad le ayudábamos en su criminal empresa, hemos participado de su castigo. Dejaronme por muerto en el campo; mas cerca del anochecer recobré el sentido, y entónces me propuse sacar fuerzas de flaqueza para alejarme del señorío de Bortedo, porque la traicion de D. Juan ha irritado de tal modo á los vasallos de Gonzalo, que en el señorío de Bortedo corria gran riesgo mi vida. Erame imposible pasar á Vizcaya por Valmaseda ni por el lado de Arceniega, porque todo lo ocupan las gentes de armas y los vasallos del de Bortedo, y traté de atravesar el Cadagua por este lado, á fin de trasponer los montes de Colisa y caer á las Encartaciones; pero mis débiles fuerzas se agotaron en el paso del rio, y caí... sin duda donde me habeis encontrado. Por generoso y bueno tengo á Gonzalo Perez de Edillo, y creo lo sería bastante para no ofenderme en la dolorosa situacion en que me hallo; pero no fio del mismo modo

en los moradores de este país, que me sacrificarían sin piedad, justamente indignados de la deslealtad de Leguizamón á su señor.

Los molineros tranquilizaron al forastero con nuevas protestas de discrecion y hospitalarios cuidados, y el herido pasó la noche sin mucha incomodidad, pues su postracion era debida más bien á la mucha sangre que habia derramado que á la gravedad de las heridas.

Aquel hombre permaneció oculto muchos dias en el molino de Edillo, asistido por García y Teresa, no como extraño, sino como si fuera de la familia.

Al fin se halló en estado de dejar el lecho, y entónces sus huéspedes idearon medios de que, sin que se sospechase su procedencia, pudiera adquirir fuerzas y distraerse, recorriendo aquellas cercanías, y aún tornar á su país, cruzando por medio de los soldados y de los vasallos de Lope Sanchez.

Al efecto le proporcionó García un traje de labrador, y convinieron en que pasára á los ojos de los moradores de Edillo por un arriero losino, que habiendo enfermado á su tránsito por el señorío de Bortedo, habia encomendado la conduccion de su recua á sus compañeros, é ido á pedir hospitalidad á García en el concepto de conocido y paisano, pues el molinero era natural del valle de Losa.

En efecto, el forastero adoptó el disfraz propuesto por sus huéspedes, y merced á él, convalecia de sus dolencias desde el molino á la aldea de Edillo, sin que nadie sospechase que el que vestia aquel traje hubiese vadeado el Cadagua pocos dias ántes en traje de caballero, despues de lidiar en la traidora hueste de D. Juan de Leguizamon.

Gonzalo Perez de Edillo continuaba en Valmaseda al lado de Lope Sanchez, que ocupado enteramente de su hija, cuya sa-

lud, harto quebrantada de resultas del rapto intentado por D. Juan, procuraba restablecer, curaba muy poco de seguir adelante en sus planes de conquista.

Era Elvira, la hija de Gonzalo, una doncella tan hermosa como cristiana, y la adoraban cuantos la conocian, porque su mano estaba continuamente ocupada en enjugar las lágrimas del infortunio y la pobreza.

A corta distancia de Edillo, camino de Valmaseda, en una espesa arboleda, desde la que partía un solitario camino que conducía á la cumbre de las montañas de Colisa, para caer despues al valle de Arcentalles, en las Encartaciones, habia una ermita en donde se veneraba una imágen muy milagrosa.

Elvira iba todos los dias al anochecer á encender un cirio á aquella santa imágen, siguiendo la costumbre de su difunta madre, y casi siempre iba sola, porque ¿quién podia ofenderla cuando se ocupaba en tan

santa tarea, y cuando todos la adoraban como á una santa?

Tenian los molineros de Edillo un excelente caballo, que así como servia para carga, podia servir para silla.

Una tarde que habia llovido, dijo el forastero á García :

— Quisiera hacer ejercicio esta tarde, paseando un poco, porque el ejercicio contribuye mucho á mi restablecimiento; pero el campo está húmedo y resbaladizo, y de pasear á pié, me expongo, no sólo á dar una caida, sino á sentir la humedad del suelo en los piés, lo que indudablemente retrasaria mi convalecencia. Dejadme el caballo, para que cabalgando en él, dé un paseo hasta la ermita.

— Nuestro deseo es complaceros en todo, contestó García.

Un momento despues cabalgaba el forastero hácia la ermita.

Vagó un rato por la arboleda, hasta que

viendo á Elvira, que se dirigia sola hácia el santuario, se encaminó á su encuentro y echó pié á tierra al acercarse á ella, saludándola respetuosamente.

La doncella, que estaba acostumbrada á verle, pues el supuesto arriero habia hecho conocimiento con todos los sencillos habitantes de Edillo, se alegró al verle, y se puso á hablar con él con afectuosa familiaridad, informándose del estado de su salud; mas hé aquí que el forastero se arroja sobre Elvira de repente, sofoca su voz con bárbara violencia, la toma en sus brazos, cabalga con ella, y endereza su caballo por el camino de Colisa.

Elvira quiere gritar, pero el raptor ahoga su acento; vuelve atrás la vista á ver si álguien acude en su auxilio, pero aquellas arboledas están enteramente solitarias, y la oscuridad va cerrando.

Y el caballo, hostigado por el jinete, trepa velozmente hácia las montañas, y ya se

hallan muy léjos de Edillo, lo bastante para que el raptor no necesite ahogar el acento de la doncella, porque, por más que ésta grite, ya no ha de ser oída.

— ¡Dejadme, dejadme, villano! grita al fin la desventurada jóven.

El raptor prorumpe en una ruidosa carcajada y dice :

— Bien se conoce, noble doncella, que no sabeis quién soy, cuando me llamais villano. Nunca será tan noble el hidalgo de Edillo como D. Juan de Leguizamon.

— ¡Leguizamon! exclamó Elvira aterrada.

— Sí, sí, responde el raptor; ¡Leguizamon soy! Vuestro padre me quitó una doncella, y yo le quito otra; doncella por doncella: estamos pagados.

XXIII.

El duelo.

El sol doraba con sus primeros rayos los elevadísimos picos de las Encartaciones, el cielo estaba limpio y azul, y la temperatura más parecía de primavera que de invierno.

No rompía los campos la laya, ni los carboneros entonaban en los rebollares y bordales esos melancólicos cantos vascongados que á los de ningún pueblo se parecen, co-

mo el idioma y el carácter de los habitantes del país en que se oyen.

Grandes humaredas se alzaban en las arboledas, donde acampaban numerosos tercios armados, que coronaban también las montañas que dominan á Valmaseda, y el relincho de los corceles, y el ruido de los carros que trasportaban de un punto á otro pertrechos de guerra, atronaban aquellos amenos valles, tan pacíficos en otro tiempo.

El mismo aspecto guerrero presentaban el señorío de Bortedo y Valmaseda: desde esta plaza al nacimiento del Cadagua, y desde la Ordunte á Arceniaga apenas había lugarcillo que por gente de armas no estuviese ocupado.

El sitio destinado para la lid de los dos caudillos era un llano situado entre Valmaseda y Zalla, cerca del lugar de Rétola, cuyo nombre, aunque corrompido y desfigurado, no sería extraño tuviese su eti-

mología en los hechos de armas que vamos á referir.

Las huestes del señor de Bortedo fueron bajando hácia el campo, coronando las montañas de Garbea, y extendiéndose tambien por la falda septentrional de éstas y por los sombríos rebollares de la Arbosa, en tanto que las del señor de Vizcaya, acaudilladas por los caballeros más ilustres del señorío, ocupaban los Somos desde la parte meridional de Sopuerta hasta las cumbres de Gueñes, y los altos de Zubileta y Montehermoso desde Gordejuela hasta el camino de Valmaseda, con toda la tierra llana comprendida entre ambas cordilleras.

Algunas horas ántes de la designada para el duelo se habia construido el palenque, que consistia en una estacada de forma cuadrilonga, que comprendia una área de cien pasos de longitud por veinte de ancho.

A uno de los costados se alzaba un tablado que ocupaban los fieles del campo

nombrados por ambos campeones, los cuales eran cuatro, dos eclesiásticos y dos seglares, y al otro costado se elevaba otro tablado que ocupaban los farautes.

Unos y otros esperaban hacia rato la llegada de los lidiadores.

Oyéronse ruidosas aclamaciones hácia el camino de Valmaseda, y casi al mismo tiempo se oyeron otras no ménos entusiastas por el lado de Rétola.

Pocos instantes eran pasados, cuando llegaron al palenque, cada cual por su lado, D. Lope Diaz de Haro y Lope Sanchez de Barrondo.

Ambos vestian brillante armadura y llevaban tras sí lucido y numeroso séquito.

Martin cabalgaba al lado del de Bortedo, llevando su ponderosa lanza, y junto al de Haro iba Ordoño ejerciendo las mismas funciones que aquel.

Hé aquí las principales condiciones del duelo

Arma de los combatientes habia de ser la lanza; el que primero descabalgase sería considerado vencido en primera lid, y su vida quedaba á merced de su contrario, pudiendo éste dejársela, ó quitársela con daga ó lanza; el duelo se consideraria terminado despues que las huestes de uno y otro bando peleasen decisivamente.

Entraron al palenque los lidiadores, y colocados en ambos extremos más distantes, el señor de Bortedo arrojó un guante á la arena, y dijo en voz tan firme, que de las montañas inmediatas se pudo oír:

—A vos, D. Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, yo, D. Lope Sanchez de Barondo, señor de Bortedo, reto á campal batalla, por ingrato, desleal y mancillador de mi honra. Si de caballero os preciais, alzad el guante que os arrojo, y Jesucristo y Santa María, su madre, ayuden al que razon haya.

El jóven D. Lope Diaz se adelantó hácia

el de Bortedo, y alzó el guante con la punta de su lanza.

—¿Jurais no lidiar con alevosía, mas sí como caballeros y cristianos que sois? les preguntó el más anciano de los fieles.

—¡Sí juramos! contestaron á un tiempo los dos campeones.

—¡Si así no lo hicieréis, seais malditos y confusos, como Sodoma y Gomorra, y Abiron y Datan, y vayais al infierno con Judas el traidor! añadió el fiel con voz terrible y solemne.

Los padrinos partieron el sol, y los campeones se aparejaron á embestir.

En esto, los farautes, á una señal de los fieles, tocaron los clarines, y los dos caballeros se acometieron con tan recio empuje, que se tambalearon los corceles, y los escudos se abollaron, y saltaron hechas astillas las lanzas, que repusieron al punto los pajes.

Las acometidas se sucedían hacia largo

rato, sin más intervalo que el necesario para tomar nuevas lanzas, que eran muy pronto tronchadas al chocar con violencia inaudita contra las aceradas armaduras.

Increible parecia que el señor de Bortedo, cercano ya á la vejez, y el señor de Vizcaya, áun no salido de la adolescencia y de cuerpo débil y delicado, tuviesen tanto vigor en el brazo y tanto valor en el corazon.

Por más que sus armaduras pareciesen invulnerables, no podian resistir ya el empuje de la lanza enemiga. Irritado el señor de Bortedo por la esterilidad de sus esfuerzos, dió tan terrible embestida á su adversario, que su lanza penetró peto y pecho del mancebo; mas al sentirse éste levemente herido, encendióse á su vez en ira, y como si el dolor hubiese doblado sus fuerzas, tal bote dió al de Bortedo, que le arrojó al suelo, herido como él lo estaba, si bien de poca gravedad.

Dos gritos, el uno de dolor y el otro de alegría, resonaron á un tiempo en los dos extremos del campo.

Los jueces aclamaron vencedor en primera lid al señor de Vizcaya, que se lanzó del caballo, y colocando su daga al cuello del de Bortedo, dijo á éste :

— Vencido sois, D. Lope; vuestra vida me pertenece; mas un dia salvasteis la mia, y quiero probaros que los de Haro no son ingratos ni desleales. Alzad del suelo, y en la nueva lid que nos espera, podeis probar de nuevo vuestro esfuerzo.

El señor de Bortedo se alzó, repuesto algun tanto del aturdimiento que le causára la caída. Dirigió la vista á su generoso adversario, y como por la ancha brecha que en la armadura de éste hiciera su lanza, viera ceñida al pecho del mancebo la banda bordada por Sancha, el sentimiento de gratitud que trataba de expresar se trocó en rencor y en ira.

— ¡Sí, sí, D. Lope! exclamó; admito la vida que me otorgais, porque la necesito para arrancaros la vuestra.

El señor de Vizcaya no contestó á esta provocacion.

Vendáronse á ambos las heridas, y abandonaron el palenque, replegándose hácia sus respectivas huestes.

— ¡Sí, sí, D. López! ¡clamando! ¡diciendo! ¡la
vida que me aboga! ¡porque la necesidad
para mantener la vida!
El señor de... por... a esta
provincia.
Vendamos a ambos los hombres y...
donde el palacio, repugnando a sus
respectivos...

XXIV.

La batalla.

Pocos instantes despues de la llegada de sus caudillos, empezaron las huestes del de Bortedo y las del de Vizcaya á denostarse y retarse desde sus respectivas posiciones, y á descender al llano donde se construyera el palenque.

Al frente de ellas bajaban sus caudillos, y el ánsia con que el señor de Bortedo se precipitaba á la nueva lid, á pesar del cansancio que en él debia haber producido la primera, y de la herida que habia recibido,

mostraba la saña que en su corazón hervía.

En efecto, todo el rencor de Lope Sánchez, ahogado un momento por la generosidad de su adversario, había renacido en presencia de aquella prenda del amor de Sancha al joven de Haro.

Hoy hemos de ser muertos, ó dueños de las Encartaciones, decía Lope.

Y guiado por este pensamiento, buscaba con la vista á su enemigo, semejante al hambriento lobo, que busca la inocente oveja para lanzarse á ella y saciar su feroz apetito.

Sus ojos descubrieron al mancebo, y nueva saña centelleó en ellos : la banda labrada por Sancha ceñía el pecho del señor de Vizcaya, no ya oculta bajo el acerado peto, sino ostensible y flotante, como en la defensa del castillo de Valmaseda.

Lope Sánchez de Barrondo blandió su lanza lleno de saña, y el toque de sus clarines dió la señal del combate, que se trabó

al punto, sangriento y obstinado, cual no es dado describir.

Aquellas masas innumerables de hombres de armas, que cubrían valles y montañas, desde Rétola á Bortedo, del mismo modo que las acampadas por el lado de las Encartaciones, fueron poniéndose en movimiento, obedeciendo como cuerpos compactos al que experimentaba su cabeza en contacto con la del enemigo.

Ambos ejércitos se fueron reconcentrando al teatro de la lucha, y ésta se hizo muy pronto general.

Llosas y arboledas, alturas y cañadas estaban ya cubiertas de cadáveres, y el sonido de los instrumentos bélicos, y el choque de las armas, y el relincho de los corceles, y los gritos de los combatientes, y los ayes de los moribundos, se mezclaban, y así confundidos atronaban el espacio, y eran repetidos á larga distancia por los ecos de los valles.

Excitados los de Bortedo por el ejemplo y los gritos de su jefe, y sobre todo, por el esfuerzo y el prestigio de Gonzalo Perez de Edillo, dan una terrible embestida á la línea que delante de ellos forman los vizcaínos, y consiguiendo romperla, avanzan, como mar que rompe sus diques, hácia el interior de las Encartaciones, por la Herrera, por Ocháran, por Sopena, por el lado de Arcentales, por veinte puntos en fin, que los de Haro defienden con heroico valor.

Pero nuevas huestes de soldados y montañeses vizcaínos, armados de hachas, descienden de las montañas, como torrentes desencadenados, echando á rodar por aquellos profundos desfiladeros enormes peñones, que aplastan y desbaratan á los invasores.

Pronto se ven éstos cargados y rechazados por todas partes, y los vizcaínos, como aquellas ventajas les presten nuevo aliento y desconocida fuerza, prosiguen recobrando el terreno perdido.

Conociendo el de Bortedo su impotencia para otra venganza, manda incendiar bosques y caserías, y los restos de su develado ejército se dispersan, dejando tras sí un rastro de fuego, que eleva hasta el cielo espesas columnas de humo y consume millares de cadáveres.

Aun no ha abandonado el campo Lope Sanchez de Barrondo, aunque sólo quedan á su lado doscientos ballesteros de su guarda, y cuatrocientos meneses, mandados por el de Edillo.

Lidian con desesperado esfuerzo, pero acometidos por todas partes por fuertes huestes vizcaínas, van perdiendo terreno, y ya ninguna esperanza de salvacion les queda.

El señor de Bortedo está decidido á morir matando, pero le asalta el recuerdo de su hija, y la vida le parece ya preferible á la venganza.

Quiere vivir para velar por su hija, para

huir con ella al rincón más apartado del mundo, donde podrá adorarla, sin que la tributen culto más corazones que el suyo; donde el de Haro no podrá arrebatarse su hija, su orgullo, su ídolo, su tesoro, su gloria, su ambición, su felicidad.

—¡Huyamos á Edillo! exclama desconsolado aquel desventurado padre.

—¡A Edillo, á Edillo! repite Gonzalo, padre también, que comprende su pensamiento y compadece sus dolores.

Y como el ejército vizcaíno hubiese avanzado hácia Valmaseda y tomado las montañas de la izquierda de la plaza, para caer al mismo tiempo sobre Bortedo, Lope Sanchez de Barrondo y los suyos atravesaron la Garbea, y por la derecha se dirigieron á Edillo, adonde el de Bortedo habia mandado aquella mañana á su hija, seguro de que si él faltaba, en el seno de la familia de Gonzalo hallaria Sancha consuelos y amistad.

El sol se ocultaba tras los altos picos de Soba, que se descubren desde las Encartaciones, coronados siempre de nieve, y las campanas de los monasterios y santuarios del país que dejaban á su espalda celebraban con sus metálicas lenguas el triunfo de las armas de Vizcaya.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡hasta con la voz de tu religion me insultan! exclamó el señor de Bortedo, echándose á llorar como un niño.

Pero al alzar sus ojos al cielo, fijólos en el pico de Colisa, por cuya falda caminaba, y allí vió un templo cuyas campanas tocaban á la oracion.

— ¡Allí está Dios, y no los hombres, y allí debemos estar mi hija y yo! añadió más consolado.

Y él y Gonzalo continuaron su camino, seguidos de una porcion de servidores leales, entre los que se contaban los inseparables Martin, Fortuño é Iñigo, que no habian

querido abandonar á su señor en la desgracia, lo cual anotamos para reconciliar con ellos algun tanto al que aborrezca á los sectarios de Noé.

— ¡Con qué ánsia y afan esperarán nuevas de nuestra suerte vuestra hija y la mia! decía Gonzalo.

— ¡Oh mi amada Sancha! exclamó Lope. Todo lo he perdido, pero tu recuerdo consuela mi corazon. Aún me queda el mayor de mis tesoros, aún me queda la prenda que más amo en este mundo, aún me quedas tú, hija mia! Viviendo á tu lado, léjos del mundo, léjos de los hombres, seré el más feliz de la tierra, porque me querrás como te quiero, porque ampararás con tu cariño á tu padre, al mísero anciano á quien nada queda más que el cariño de su hija.

Y Lope Sanchez continuaba su camino pensando en su hija, del mismo modo que Gonzalo caminaba pensando en la suya.

¡Oh sublime amor de padre! Tú eres

el más poderoso y el más perfecto de los amores, pues haces olvidar el mayor de los infortunios, y en medio de las tempestades de la vida, te alzas majestuoso y firme, como los cedros del Líbano en medio del trastorno de los elementos!

Pero hé aquí que al atravesar nuestros viajeros un espeso encinar, donde parece no haberse posado nunca la planta humana, creen oír lamentos comprimidos, que salen de la espesura, y prestan atento oído.

— ¡Favor, caminantes! grita una mujer.

Y al oír aquel grito se estremece Gonzalo, y se lanza desatentado y pálido como un cadáver, á la espesura, seguido de sus compañeros.

XXV.

Percances del oficio.

Comenzaba á cerrar la noche, y como Elvira no tornase de la ermita, los criados de Gonzalo comenzaron tambien á inquietarse.

Uno de ellos se encaminó al santuario, y... ¡cuál fue su sorpresa al ver que el cirio no ardia ante la imágen!...

Volvió á la aldea, y al punto se extendieron por ésta la alarma y la inquietud.

Todos se preguntaban por la amada doncella, y ninguno daba respuesta satisfactoria, ninguno la habia visto desde que salió de la aldea, ninguno sabía á qué atribuir su desaparicion.

Sospechóse si, sabedora de que al dia siguiente iban á venir á las manos las hues-tes del señor de Bortedo y las del de Vizcaya, habria continuado hasta Valmaseda, con objeto de abrazar á su padre, por si le perdía en el sangriento combate que se preparaba; y uno de los criados fué allá, con el primer pretexto que ocurrió, pues convinieron todos en que si Gonzalo creia á su hija en Edillo, se le debia ocultar su desaparicion, porque tan infausta nueva necesariamente habia de producir en su corazon el efecto de un puñal.

Elvira no habia ido á Valmaseda: su padre, que la creia tranquila y segura en Edillo, encargó al criado la dijera que le dejaba preparándose á lidiar al dia siguiente con el de Haro.

La consternacion y el espanto subieron de punto en la aldea cuando se supo que Elvira no habia ido á Valmaseda.

García y su mujer estaban al mismo tiem-

po admirados de que no hubiese tornado al molino el forastero, y sospechando que pudiera tener su desaparicion alguna relacion con la de Elvira, contaron sencillamente á sus vecinos cuantos antecedentes tenian de aquel hombre.

Aquella revelacion fué un rayo de luz, á cuyo beneficio dieron con la verdad los campesinos.

El desconocido habia robado á Elvira para vengar el golpe que Gonzalo habia dado á D. Juan de Leguizamon y los suyos.

En estas averiguaciones, en estas incertidumbres, en estas conjeturas, en estas angustias, pasó aquella honrada gente la noche, y al amanecer, como notáran la huella de un caballo, que Garcia dijo ser la del suyo, en el camino de Colisa, treparon á las montañas la mayor parte de los de Edillo.

Veamos qué habia sido de Elvira, desde que D. Juan huyó con ella.

El camino de la montaña estaba resbala-

dizo, y por cada tres pasos que adelantaba el caballo, atrasaba uno: así, pues, la subida á la cumbre fué tardía y penosa.

Una espesa niebla cubria aquellos elevados picos.

La niebla, la maleza, su poco conocimiento del terreno, y quizá tambien el grito de la conciencia, que turba hasta á los más avezados al crimen, hicieron á D. Juan errar el camino.

El caballo en que cabalgaban el verdugo y la víctima, vagó toda la noche por aquellas montañas, sin direccion fija, unas veces corriendo, otras negándose á avanzar por las quebradas y los matorrales, ahora cayendo, despues caminando con paso firme.

Y durante aquella horrible cabalgata, el frio entumecia los miembros de Elvira, las ramas de los espinos rasgaban sus vestidos, cuando no su rostro y sus manos, y á estas penalidades se juntaban el insulto y el sarcasmo del raptor, la exposicion continúa á

rodar por los inmensos precipicios que se ofrecian á su vista á cada paso, ó á ser pasto de las fieras, que daban espantosos bramidos en aquellas soledades.

D. Juan creia ya dar vista á las Encartaciones, en las que esperaba ponerse á cubierto de toda persecucion, ya fuese su perseguidor el de Bortedo, ya el de Haro.

Al pié de los montes de Colisa, por la parte de las Encartaciones, existia entónces, y existe aún, una fortaleza casi inexpugnable, llamada la torre de Traslaviña, y allí pensaba D. Juan guarecerse con su presa; pero hé aquí que cuando esperaba dar vista á las Encartaciones, amaneció y se encontró á la vista de Edillo.

Despues de toda una noche de penosa marcha, habia vuelto casi al punto de donde partiera.

Su desesperacion no tuvo límites durante algunos momentos; pero al fin se tranquilizó con la esperanza de cobrar muy pronto

el terreno perdido, á beneficio de la luz del dia.

Azuzado y hostigado sin cesar el caballo, iba ganando la altura; pero D. Juan le tira de repente de la rienda, y se pone á escuchar sobresaltado.

Los campesinos de Edillo se habian extendido por la montaña en busca de Elvira, á quien llamaban sin cesar, subiendo á lo alto de las peñas para ser oidos mejor, y para examinar con la vista el terreno.

Elvira quiso responder á aquellos gritos, pero D. Juan sofocó su voz.

— Si de vuestros labios sale una palabra, la dijo, os clavo este puñal en el corazon.

E hizo brillar á los ojos de la jóven un cuchillo de monte, de que se habia provisto al partir del molino.

Elvira calló aterrorizada y falta de aliento.

Hallábanse en un espeso encinar, donde no podian ser vistos por los campesinos, á no ser que éstos rompiesen por aquel sitio; lo

que no era muy de temer, porque estaban bastante léjos, y habia por medio un profundo barranco, por el que se despeñaba un torrente invadeable.

Al salir de la espesura de aquel encinar, era preciso atravesar una sierra rasa, y por consiguiente los de Edillo los habian de ver por precision, en cuyo caso irian en su seguimiento, y los alcanzarian muy pronto, porque el caballo estaba fatigado y la ladera era muy pendiente. Así, pues, D. Juan determinó permanecer allí oculto hasta que sus perseguidores abandonasen completamente sus pesquisas.

Durante todo el dia oyó las voces de los campesinos, pero al fin cesaron completamente aquellas voces.

D. Juan examinó con la vista las montañas, y como las viese enteramente desiertas, y la noche se acercase, determinó continuar su camino, con cuyo objeto tornó á cabalgar, sujetando á Elvira con una mano

y rigiendo con la otra la cabalgadura ; pero ántes de salir del encinar, parecióle oír voces de hombres y pisadas de caballos, y detuvo el suyo.

En efecto, por una colinita inmediata asomaron una porcion de caballeros y peones, y como D. Juan, atento á aquel nuevo accidente, no cuidase de imponer silencio á Elvira, ésta se sobrepuso á su desaliento y su temor, fortalecida sin duda por la esperanza, y gritó:

— ¡ Favor, favor, caminantes!...

D. Juan trató de ahogar su voz, pero la doncella no necesitaba ya repetir aquel grito, porque habia sido oida, y los desconocidos acudieron, rápidos como el viento, á su ayuda.

D. Juan se creyó perdido, ó cuando ménos se creyó próximo á ver frustrada su venganza.

A falta de espuela con que aguijâr la cabalgadura, la aguijó con la punta de

su cuchillo, y el caballo salió á escape al raso.

Elvira conoció al que caminaba al frente de sus salvadores : era su padre!

— ¡Padre mio, gritó, salvadme, salvadme!

Y Gonzalo Perez de Edillo, que al oír el grito de « ¡favor! ¡favor!» habia creído conocer la voz de su hija, se convenció entónces de que un malvado le arrebatava el inestimable tesoro en que un momento ántes iba pensando.

D. Juan continuaba aguijando su caballo con la punta del cuchillo, y el caballo corría, volaba, al paso que el de Gonzalo y los de los que le acompañaban, medio muertos de la fatiga que durante todo el dia habian sufrido, se detenian con frecuencia y andaban muy despacio, por más que los hostigasen.

— ¡Padre mio! continuaba Elvira, sin temor al puñal de D. Juan, que continua-

mente la amenazaba; ¡salvadme de D. Juan de Leguizamon!...

Todos los que perseguían al raptor lanzaron un grito de indignación y sorpresa al oír el nombre de aquel.

Y el caballo de D. Juan seguía corriendo, alejándose cada vez más, sin que todos los esfuerzos de Gonzalo y sus compañeros bastasen para alcanzarle y salvar á la desventurada doncella.

¡Oh, quién podrá pintar la desesperación de Gonzalo, al ver que le arrebataban su hija, y no podía salvarla! pero hé aquí que un ballestero se adelanta á Gonzalo y á Lope Sanchez, que caminaban los primeros, y colocándose en la cumbre de un peñasco, apunta su ballesta al raptor.

— ¡No dispareis, que vais á dar á mi hija! le grita Gonzalo aterrizado.

— Consiento que me hagais tajadas si yerro el tiro, responde el ballestero: donde yo pongo el ojo, allí pongo la vira.

— Sí, sí, cierto, disparad, dijo Lope Sanchez, disparad y matad al traidor.

Oyóse el silbido de una flecha, y D. Juan de Leguizamon cayó del caballo, arrastrando en su caída á Elvira, que por fortuna dió sobre la grama.

— El glorioso Noé, mi patron, me niegue su gracia, si esta vez no ha muerto ese traidor para *in secula seculorum*, dijo el ballestero, y se lanzó, como todos los demas, hácia donde yacia muerto D. Juan, y casi desmayada Elvira.

Un instante despues bajaba Elvira á Edillo con sus salvadores, cabalgando en el caballo que le habia conducido á aquellas montañas.

— ¡Fortuño, buen Fortuño! decia Gonzalo al ballestero que tan oportunamente habia disparado su ballesta á D. Juan: rico soy, te daré todas mis riquezas, y áun así no te creeré bastante recompensado.

— Señor, contestó el ballestero, nada me

debeis ; mas al dejar el oficio de las armas, pienso casar con una honrada doncella á quien he dado palabra, y con que entónces me regaleis un par de bueyes con que labrar los terrones que mis padres me dejaron, mi Jimena y yo os bendecirémos eternamente.

XXVI.

En el pico de Colisa.

Han transcurrido algunos dias desde los sucesos narrados en el capítulo anterior, y tanto Valmaseda como el señorío de Bortedo, con todas sus fortalezas, han caido en poder del señor de Vizcaya sin resistencia alguna.

Inútiles son todas las diligencias de Don Lope Diaz para apoderarse de su enemigo, cuyo paradero ignora.

Los parciales de Lope Sanchez tiemblan al considerar la terrible venganza que el de Haro tomará en aquel desventurado padre,

si llega á haberle á las manos, segun los agravios que de él ha recibido.

Valmaseda, cuyas calles están aún teñidas de sangre, y una parte de las Encartaciones devorada por el fuego, piden sangrienta venganza.

El de Haro ha jurado tomarla cual á su honor cumple; y en el siglo en que le ha tocado vivir, las leyes del honor ordenan agravios por agravios.

El anciano venerable, á cuyo cuidado se halla el santuario de Colisa, da cristiana hospitalidad en su penitente y solitaria morada al desventurado Lope Sanchez y á la triste Sancha, que parece haber olvidado su amor á D. Lope Diaz, para consagrarse enteramente á su padre, cuyas inquietudes calman sus palabras, cuyos rencores desarma su mansedumbre, cuyas privaciones suple su presencia.

Aquel santuario, colocado en la cúspide de una montaña que domina una extension

inmensa, parece hallarse ménos distante del cielo que de la tierra. Como está cerca del cielo, no le cercan las mezquinas pasiones de este mundo.

Pocas veces se ve allí la huella del hombre; que el devoto peregrino es el único que algunas veces se atreve á arrostrar los peligros que ofrecen aquellas fragosidades, morada de carnívoras fieras, y á respirar aquella atmósfera, cargada, la mayor parte del tiempo, de frias y espesas nieblas, que ascienden durante la noche de las húmedas honduras que cercan el pico.

Es imposible dar una idea completa del espectáculo que se ofrece á la vista del que trepa al santuario de San Sebastian de Colisa.

Desde allí puede el viajero contemplar todo el terreno que media desde la peña de Angulo, continuacion de la de Orduña, hasta el golfo de Vizcaya; desde los picos de Soba, en que comienzan las montañas

de Santander, hasta los Pirineos, y son tan rápidas las faldas de la montaña, que arrojada una piedra desde la ermita que la corona, rueda veloz hasta la misma base de aquella.

Parece milagrosa la permanencia de un edificio compuesto de débiles muros, tablas y tejas, en aquel sitio tan elevado, donde soplan continuamente los huracanes.

Del tejado de aquella ermita corren las aguas á cuatro distintas municipalidades.

Un dia contemplábamos desde Valmaseda el santuario de Colisa, que parecia á nuestros ojos como parece el nido del águila colocado en la cima de una peña de mil piés de elevacion, á los ojos del que se halla al pié de aquella peña misma.

Entrónos el deseo de subir á aquel pico, que desde nuestros primeros años veíamos todos los dias, sin atrevernos nunca á trepar á él; y armados de una gruesa estaca en que apoyarnos, y con que defendernos

de las fieras que nos pudieran acometer, aunque en el día escasean mucho en aquellas montañas, emprendimos nuestra peregrinación.

Después de una hora de penosísima marcha, llegamos á la cima del monte.

Deseosos de gozar repentinamente del espectáculo que no dudábamos se ofrecería á la vista allí, habíamos cuidado de caminar con la vista inclinada al suelo, hasta llegar á la ermita, donde á una señal, dada por uno de los expedicionarios, debíamos alzarla, y dirigirla al inmenso horizonte que íbamos á contemplar.

— ¡A la una! dijo uno de nuestros compañeros, ¡á las dos! ¡á las tres!!...

Un grito de placer y de sorpresa se escapó del labio de todos.

Era magnífico, era indescriptible, lo que veían nuestros ojos.

Permanecimos allí muchas horas, estáticos, embelesados, deseando que el día du-

rára un año, y cuando el sol se iba escondiendo tras los picos de Soba, emprendimos el descenso de la montaña, rodando unas veces, y otras apoyándonos con dificultad en nuestras estacas ó en los arbolitos que orillaban el camino.

Tristes imaginaciones habian turbado el sueño de Lope Sanchez, desde el dia en que recibió un pliego, en el cual su leal amigo Gonzalo Perez de Edillo le decia que su enemigo habia jurado tomar en él venganza si conseguia descubrir su paradero, y le encargaba con encarecimiento no abandonase por entónces aquel retiro, el más seguro para burlar las pesquisas del de Haro.

El señor de Bortedo era el avaro que teme la muerte, no porque le separe de la vida, sino porque le separe de su tesoro : su tesoro era su hija.

El dia se hallaba cercano, cuando el sueño cerró sus párpados y los de Sancha, que

en vano habia procurado ahuyentar de la imaginacion de su padre los temores que, acerca de la seguridad de ambos, le asaltaban con frecuencia.

Los ladridos de un perro que acompañaba siempre al ermitaño, hicieron despertar á Lope Sanchez.

El anciano anacoreta se hallaba en la ermita entregado á la oracion matutina.

Asomóse Lope Sanchez bastante sobresaltado, á la única ventana que la habitacion del ermitaño tenia.

El sol mostraba sus primeros rayos allá sobre los lejanos Pirineos, y con dificultad se distinguia á traves de la espesa niebla, que como un turbante morisco, envolvía la cabeza del monte coronado por el templo cristiano.

Como redoblára el perro sus ladridos, dirigió Lope la vista hácia el pendiente sendero que bajaba á la aldea de Edillo, cual si quisiera apartar con ella la niebla

que ocultaba los objetos. Poco á poco se fueron habituando sus ojos á aquellos densos vapores, y entónces descubrió, no sin experimentar un terror indescriptible, porcion de soldados que trepaban á la cumbre, y en medio de ellos vió un caballero, en quien reconoció á D. Lope Diaz de Haro.

El señor de Bortedo quiso despertar á su hija para huir con ella por aquellas salvajes soledades; pero se detuvo, considerando que ambos serian pasto de las fieras si á aquella fuga apelaban, y que esperando al de Haro, sólo su vida corria riesgo, no la de su hija, que era la que más le importaba.

Así, pues, se decidió á salir al encuentro de su enemigo para morir como caballero que era.

Sancha seguia durmiendo; pero su sueño era fatigoso y desigual.

Paróse Lope á contemplarla, ¡quizá por última vez! y las lágrimas se agolparon á sus ojos, al fijarlos en las pálidas mejillas

de Sancha, un tiempo tan sonrosadas y frescas. El desventurado padre selló con un beso ardiente y prolongado los labios de la doncella, que se estremeció al sentir aquel contacto, y salió en efecto al encuentro de su enemigo.

De victoria en victoria, de conquista en conquista, de triunfo en triunfo, habia llegado el de Haro á la cumbre de San Sebastian de Colisa : habia experimentado todas las satisfacciones del caudillo, y hasta habia cesado el ostracismo de su padre, que durante mucho tiempo le habia torturado; y no obstante, la tristeza del alma se veia pintada en su rostro.

Era que al noble mancebo le faltaba la mayor de las felicidades, sin la cual la vida le era una carga insoportable: era que hacia mucho no veia á Sancha, y hasta habia perdido la esperanza de ver realizada su union con ella.

—Aquí teneis mi vida, le dijo el de Bor-

tedo, encaminándose hacia él con arrogancia, poniendo mano á la espada. Aquí teneis mi vida, repitió; derramad mi sangre, pero os aseguro que no lo haréis sin que corra la vuestra ó la de vuestros verdugos. Hubiéraisme matado en los campos de Rétola, cuando la suerte puso en vuestras manos mi vida; mas ¡vive Dios! que es hazaña hartó ruin matar á un viejo cuando se halla casi inerme, y no tiene á su lado siquiera un hombre que desnude la espada para ayudarle, ó cuando ménos, para vengar su muerte.

—D. Lope, contestó el de Haro, vuestras palabras dicen que veis en mí un mal caballero, y mis obras van á demostraros que me juzgais hartó mal. El señorío de Bortedo, vuestra casa de Bilbao, todos vuestros estados, en fin, reclaman vuestros cuidados. Id á estableceros en ellos, sin recelo de que nadie os inquiete; que así se vengán los de la casa de Haro.

— ¡D. Lope! exclamó el señor de Bortedo, no pudiendo creer que la generosidad de su enemigo llegase á tan alto extremo. — Sed más generoso conmigo, dadme la muerte sin insultar ántes mi desgracia, burlándoos de mí.

— Vos sí que sois poco generoso conmigo, pues me suponeis capaz de esa infame villanía, repuso el noble mancebo.

Y arrojando léjos de sí su espada y su daga, abrió los brazos, y con ellos abiertos se dirigió al de Bortedo, añadiendo :

— ¡Vedme aquí inerme, D. Lope! un amigo es el que á vos se llega, y no un enemigo : vengo á ofreceros mi amistad!...

— ¡Dios mio! exclamó Lope Sanchez asombrado. Vuestra amistad, D. Lope! ¡Con qué podré corresponder á ella!!

— Con vuestros brazos.

— ¡Con mis brazos y mi alma! exclamó el de Bortedo,

Y ambos caballeros se confundieron en un estrecho abrazo.

—Mi vida, añadió Lope Sanchez, es mequino premio para vuestra generosidad. ¿Hay en el mundo recompensa que más pueda agradaros?

Sancha, cuyo sueño ahuyentaba la voz de su padre y la de su amado, se asomó en aquel instante á la ventana de su mísera estancia y prorumpió en una exclamacion de alegría y sorpresa.

D. Lope Diaz se estremeció de amor y de placer al oír aquella exclamacion, y estuvo á punto de contestar afirmativamente al de Bortedo; pero, como sabía cuán penoso era el sacrificio que á éste iba á exigir, quiso sacrificarse á sí propio, quiso sacrificar para siempre su dicha, quiso llevar su generosidad hasta el extremo; que no era de esos hombres que sólo saben ser generosos á medias.

—Vuestra amistad me basta, respondió

el de Haro, que no me ha conducido aquí el deseo de labrar mi dicha, sino el deseo de labrar la vuestra.

Lope Sanchez comprendió su abnegacion, y no quiso ser ménos generoso que él.

—¡D. Lope! dijo, poseo una prenda que estimo en mucho más que mi vida, y esa prenda quisiera daros, si para vos tiene el mismo valor que para mí tiene.

Y como reparase en la banda que ceñia el pecho del mancebo, si bien éste habia procurado ocultarla con el peto, añadió:

—Que esa banda sea el lazo que una de hoy más á la familia de Haro y á la de Barondo.

—Admito con eterno agradecimiento esa alianza, contestó D. Lope Diaz, loco de alegría; pero si la felicidad que me ofreceis destruye la vuestra, no la acepto, D. Lope. Si algo me debiais, estoy completamente satisfecho con vuestro ofrecimiento.

El Sr. de Bortedo no prestó atencion á las

últimas palabras del mancebo, pues echó á correr hácia la ermita gritando :

— ¡Sancha! ¡Sancha!!

La doncella salió á su encuentro abatida, inquieta y temblorosa de incertidumbre acerca del término de aquella escena; pero al ver la alegría en el rostro de su padre, se reanimaron su espíritu y sus fuerzas, y corrió á lanzarse á los brazos de aquel.

— ¡Hija mia, la dijo Lope Sanchez, ya no eres en este mundo el único sér á quien pueda estrechar en mi seno. De hoy más dividiré mi amor entre mi hija y el generoso mancebo que nos contempla.

XXVII.

La noche de bodas.

Reina una extraña animacion en el castillo de Bortedo; pero no la motiva la aglomeracion de gente de armas, de que alguna vez le vimos henchido.

En uno de sus salones resuenan músicas y cantares, y todo demuestra que algun fausto acontecimiento se celebra en aquella sombría fortaleza.

Varios servidores del señor de Bortedo y del de Haro desocupan sendos jarros de

vino y disputan acaloradamente en una de las estancias que preceden al salon en que la fiesta se verifica.

Oigamos sus animadas pláticas, que ellas nos dirán quizá algo de lo que pueda interesarnos.

—Digo y repito que Noé fué el santo más santo que en el mundo ha habido, exclama Fortuño, dando una puñada en la mesa que rodean él y sus compañeros. *Semper laus ejus in ore meo*, que significa en nuestra habla vulgar: aunque me pongan una mordaza en la boca, le alabaré siempre, y seguiré en mis trece.

—Pues yo digo, replicó Ordoño, que si Noé no hubiera venido al mundo, el mundo andaria más arreglado...

—Calla, sándio, y no digas sandeces. ¿Y por qué tienes esa necia ojeriza á mi bendito patron?

—Porque inventó el vino.

—¡Qué horror! ¡Sacrilego, calla, calla!

exclaman todos los circunstantes, escandalizados de las palabras de Ordoño.

—Pues qué, sándio y mal intencionado que Lucifer confunda, dice Fortuño, ¿no te gusta por ventura el zumaque? ¿No has desocupado cuatro veces tu jarro esta noche?

—Cierto que me gusta el vino, mas no por eso dejo de conocer que el vino es la perdicion de medio mundo, bien así como las hembras lo son del otro medio.

— ¡Por D. Jesucristo, exclamó Fortuño, cada vez más irritado, dando otra puñada en la mesa, que te he de cascar las liendres esta noche, si á más de calumniar el zumaque, das en la flor de calumniar á las hembras! Cierto, Ordoño, que no debieras hablar mal de ellas delante de nadie, mucho ménos delante de mí, que, como todos sabeis, voy á casar, y si tuviera tan poco seso como tú tienes, pudiera tornar atras de tan honrado propósito.

—Ese, dijo Martin, pequeño mal sería,

porque tengo para mí que poco has de ganar dejando la ballesta para tomar la azada.

—No, sino que ganaré mucho, amigos; que en Salcedo viviré tranquilo y regalado y cuidado por Jimena, pues la vida del soldado me cansa ya á maravilla.

—Ya que no por tu interes, replicó el escudero, debieras seguir tu oficio de soldado por ley á nuestro amo y señor.

—A ley á nuestro amo nadie me gana, pero como nuestro amo no ha menester ya mi ballesta como hasta aquí, dejad que cumpla la palabra que empeñé á la honrada doncella por quien muero de amores. Desleal es el servidor que á su señor abandona cuando le ve desgraciado, mas no así cuando le ve feliz.

—¡Feliz nuestro amo y señor!... murmuró Martin con una sonrisa que expresaba incredulidad.

—¡Será posible que no lo sea, cuando de

grado ha otorgado la mano de doña Sancha á mi señor, que no se la exigia? preguntó Ordoño.

—Ya sabeis, contestó Martin, que nunca habia podido tolerar don Lope Sanchez que hombre que él no fuese, amase á doña Sancha.

— Cierto.

—Mas como el agradecimiento sea en él tan extremado como el rencor, y tal, que á veces se sobrepone á todas sus pasiones, incluso su amor á su hija, en un arranque de gratitud quiso premiar la generosidad del de Haro con lo que más amaba en este mundo, con la mano de doña Sancha; y cuando él empeña su palabra, perdiera cien vidas primero que faltar á ella. Conforme se han ido acercando las bodas de doña Sancha, ha ido tornándose triste y caviloso, bien que sin querer revelar á nadie la causa de su melancolía, que tengo para mí ha de ser la idea de ver á otro hombre ocupar un

lugar privilegiado en el corazón de su hija, que él quisiera ocupar por entero.

—Cierto, dijo Ordoño, que no de otra cosa debe provenir su tristeza. Ya sabéis que mi señor el de Haro fué á la corte á ver á su padre don Diego, á quien el rey tiene á su lado, prodigándole honras y mercedes que le hagan olvidar las persecuciones y destierro que ha sufrido.

—Sí, ¿y supongo que iría á tratar con él de cosas de la boda?

—A eso mismo fué, como veréis. Cuando tornábamos de la corte, salió D. Lope Sanchez á nuestro encuentro en Ordunte.

«D. Lope, le dijo mi señor así que le vió, mi padre se considera muy honrado con que su casa emparente con la vuestra. Así pues, ya que nada se opone á mi union con Sancha, apresuremos el instante en que comience mi dicha.»

Mi señor se hallaba ya algo turbado por su felicidad para que pudiese observar el

efecto que en el de Bortedo producian sus palabras; mas yo, que contemplaba sereno á ambos, noté que la palidez de un muerto cubrió el rostro de D. Lope Sanchez, y que todo su cuerpo se estremeció: procuró, sin embargo, sobreponerse á aquella turbacion, y contestó despues de vacilar un momento.

«D. Lope, vamos á mi castillo, y cúmplanse cuanto ántes vuestros deseos.»

— ¡Pobre señor mio! exclamó Fortuño, enjugando una lágrima, porque ya sabemos que el bueno del ballestero era sobremanera sensible cuando tenía en el cuerpo un jarro de vino. Los tormentos del infierno serán tortas y pan pintado en comparacion de los que habrá sufrido hoy y estará sufriendo esta noche, en que todos se solazan en el castillo.

En efecto, todos se solazaban en el castillo de Bortedo.

Sus salones estaban henchidos de damas y caballeros que habian acudido á aquellas

bodas, no sólo del condado de Vizcaya, sino también de Castilla.

Los bailes alternaban con el cántico de los trovadores, que ya en aquella época vagaban de castillo en castillo, cantando la hermosura y el valor, libres y alegres como los pájaros, sin más ambición que la de ver adornada su gorra con la cigarra de oro, ni más riqueza que su laud.

Sancha y su esposo, algo apartados de los concurrentes al sarao, departían amorosamente pintando con dorados colores lo porvenir.

Contemplábalos, no á mucha distancia, el señor de Bortedo, y sus ojos, ora expresaban la ira, fijos en el jóven de Haro, ora el amor al fijarse en la desposada.

Lope Sanchez exhaló de repente un sordo grito de desesperacion, que puso espanto á todos los concurrentes, y abrazando á su hija con frenesí, exclamó:

— ¡Sancha! ¡Sancha mia! ¡hija de mi co-

razon!... ¡Te he perdido para siempre!...
¡He perdido mi dicha, mi tesoro, mi gloria,
mi vida!... ¡Pero no, no te he perdido aún;
que en la tierra, ni en el cielo, ni en el in-
fierno habrá poder que baste á separarte de
mi lado!... ¡Aparta, aparta, ruin villano,
mal caballero, que á un triste padre quie-
res arrebatat toda la felicidad que Dios le ha
dejado en este mundo!...

Y así diciendo el señor de Bortedo, estre-
chaba en sus brazos y devoraba con sus be-
sos é inundaba con sus lágrimas á su hija,
sin que los esfuerzos de los que estaban pre-
sentes bastáran á calmar su delirio, hasta
que, debilitadas sus fuerzas y turbados sus
sentidos, cayó al suelo como muerto, derri-
bando en su caída á Sancha, que, como él,
quedó privada de conocimiento.

— ¡Está loco! ¡está loco! murmuraron tó-
dos los circunstantes aterrorizados.

A la mañana siguiente, Lope Sanchez de
Barrondo habia recobrado el juicio, que du-

rante algunas horas le abandonára, y demandaba perdon de su locura á su hija y al de Haro, y los tres se confundian en un abrazo.

XXVIII.

Requiescat in pace.

Era un disanto á la caída del sol, y por más señas, á mediados del verano, pues las ramas de los árboles se desgajaban con el peso de la fruta en las fértiles riberas del Cadagua.

En el valle de Salcedo, á mano derecha del rio, como quien sube de Bilbao, habia una iglesia, algunas casas solariegas y una venta.

En el susodicho disantó se solazaban allí los moradores del contorno, quiénes bai-

lando en el campo cabe la iglesia, quiénes rezando en ésta, quiénes jugando la pelota ó la barra, quiénes, en fin, empinando el codo bajo el parral que entoldaba la portada de la venta.

De estos últimos era un jayan de hasta unos treinta y cuatro años, que cuantas veces alzaba el jarro, miraba á todas partes como si temiera ser visto.

Prestemos atento oído á sus palabras, si queremos conocerle, pues por el cabo se saca la madeja.

—A cristiano, dice, ni el bendito Noé me gana; mas tiéneme contristado la resolución de mi buen amo el de Bortedo. ¡Él, el caballero más valiente de peñas abajo, trocar la cota del soldado por el capirote del cenobita cuando tanto perro pagano combate la ley de D. Jesucristo!... No preces vencen infieles, sino lanzas bien templadas, blandidas con robusta mano y corazón animoso, cual un tiempo lo fué la de D. Lope Sanchez.

—Más que cristiano, judío pareceis, Fortuño, replicó una vieja que besaba alternativamente una santa reliquia y el jarro de comun propiedad que ocupaba el centro del corro. Si el de Bortedo se ha ido al yermo, añadió la anciana, será que Dios le haya señalado ese camino.

—No Dios se le ha señalado, sino su desesperacion, repuso Fortuño, pues ya hemos visto que era él.

—Decidnos cómo fué eso, dijo otro de los circunstantes.

—*Exaudi orationem meam*, que dijo el salmista: escuchadme sin chistar, que diríamos en nuestra habla.

Fortuño volvió á empinar el jarro, después de mirar á todos lados, y continuó:

—Heos contado lo que pasó en el castillo de Bortedo la noche de las bodas de doña Sancha con el de Haro.

Mi amo y señor recobró la razon al día siguiente, pero se apoderaron de él tristeza

y abatimiento tales, que ponian espanto á cuantos le veiamos y tratábamós.

Repitiéronse muchas veces sus accesos de locura, y hé aquí que se le mete en la cabeza ir á morar en la soledad.

Vanos fueron los esfuerzos que deudos y amigos hicieron para disuadirle de su propósito, porque un dia rasgó su traje de caballero, tronzó su espada, echó al fuego su lanza, vistióse de tosco sayal, y se encaminó al santuario de Colisa el dia anterior al en que dejó su servicio para venir á establecerme en Salcedo.

—¿Pero continúa aún en aquella soledad?

—Há seis dias pasó por aquí un arriero que venía de Bortedo, y como le pidiera nuevas de por allá, me dijo que D. Lope Sanchez continuaba en Colisa, donde queria vivir y morir, lo cual parece no tardará en suceder, segun la dura penitencia que se ha impuesto y las hondas heridas que hay en su alma.

En tanto que Fortuño se explicaba así, las campanas llamaban al templo á los habitantes del valle, y los que de antemano no estaban reunidos en torno de la iglesia, iban bajando de los caseríos dispersos en la falda de las montañas.

El ex-balletero, á imitación de los que le rodeaban, se levantó de su asiento para acudir también á los sagrados oficios de la tarde, mas como la garganta se le hubiese secado hablando, asió el jarro, que áun conservaba gracia de Dios.

Estábasele empinando, cuando asomó por una de las estradas que desembocaban en el campo de la iglesia una mujer, moza aún y cuyo buen talante no nos es desconocido.

—¿Así cumples tus promesas, bellaco? exclamó hecha una furia, lanzándose al asustado bebedor con las manos crispadas y amenazador el gesto.

— Jimena amada, perdona; que yo te prometo no incurrir de hoy más en estas

mis debilidades, contestó Fortuño asustado.

—Deja promesas, que cien veces me has hecho y ciento has quebrantado desde que por mi pecado casé contigo. Mas yo haré que ésta no olvides, borracho insaciable!

Y al decir esto, Jimena se arrojó á su marido, y á pesar de la intervencion de los que la querella presenciaban, tal le arañó el rostro, que á todos ponía lástima.

—¡Mujer, mujer! exclamaba Fortuño, defendiéndose de aquella furia, por el santo Noé, que si hembra no fueras, te rompiera los cascos, y á mi antiguo oficio de soldado tornára; que si por malo le tenía, peor me va pareciendo el oficio de casado. ¡Oh, Iñigo, Iñigo! Si vieras mis cuitas, juro por el gran Noé que la vida de casado tuvieras por vida de galeote.

Al fin Jimena templó su ira, y cayó sobre un poyo, anegada en lágrimas.

—¡Hi, hi, hi! Este corambre de mi marido ha de acabar conmigo. Mia es la culpa,

que conociéndole borracho dí oído á sus palabras de amor y á sus promesas de enmienda. ¡De hoy mas habré de apartar lecho, porque si Dios fuera servido de darme hijos!... ¿qué sería de ellos con tal padre? ¡Hi, hi, hi!

Tal efecto produjeron en Fortuño las palabras y el llanto de su mujer, que estuvo á punto de llorar á compas de ella.

—Calla, Jimena amada, la dijo; que ni tu marido tornará á probar el zumaque, ni mal padre tendrán nuestros hijos, si á Dios pluguiere dárnoslos.

—¡Sándia y áun más que sándia fuera yo si volviera á fiar en tus promesas!

—Fia una vez más, Jimena mia, y si faltó á ellas, jamas tornes á mirarme á los ojos de la cara, y soliman se me vuelva en el cuerpo el zumaque que en él entre.

Al fin las caricias y las protestas del exballetero tranquilizaron algo á la pobre

mujer, que entró en la iglesia, enjugándose las lágrimas.

— ¡ Oh tiempos en que me era dado desocupar una corambre sin que mujer nacida me dijera esos ojos tienen alegres! exclamó Fortuño, no bien quedó solo.

Y continuó pensando en su alegre vida de soldado; mas un ruido de caballos, que venía de hácia el lado de Valmaseda, vino á turbar sus amargas consideraciones.

Volvió la vista hácia aquel lado, y vió porcion de caballeros y peones, unos armados y otros inermes, entre los cuales se veia tambien algunas mujeres.

Todos caminaban en silencio, y la tristeza que en aquella especie de caravana reinaba, denotaba mas bien un entierro que una jornada emprendida por solaz.

Los forasteros se encaminaron hácia la venta y se detuvieron no léjos de ella.

Fortuño, que los examinaba con atencion,

dió de repente un grito de sorpresa y corrió hácia ellos, porque acababa de reconocer á sus antiguos compañeros y amigos, Martin é Iñigo.

— ¡Fortuño! exclamaron éstos á la par, llenos de alegría, á pesar de las señales de duelo que toda la caravana daba.

— ¿Tú por aquí, Fortuño? dijo Martin.

— Sí, contestó el ex-balletero. ¿Veis aquella casa que blanquea allá arriba entre los robles?

— Sí, sí, y cierto que ocupa sitio delicioso.

— Pues aquella tengo á vuestra disposición, con más mi mujer, que os servirá á maravilla.

— ¿Con qué al fin, dijo Iñigo, te casaste con aquella ingrata Jimena?

— Sí, Iñigo amigo, y loco de mí, que tal hice, pues de soltero vivia, y muero de casado, pésia tus consejos y tus laudes al matrimonio.

—¿ Por ventura, dijo Martin, tu mujer tiene aficion al retozo, como cuando servia en casa del hidalgo de Valmaseda?

—Eso no, voto á brios, que honrada es si las hay, y en ella no hay aficion que en pró de su marido y de su casa no sea. Mas dame muchas pesadumbres con no dejarme siquiera oler el zumaque, que, como sabeis, siempre me ha gustado y ha de gustarme.

—¡Cierto, dijo Martin, que gran defecto es ése en mujer! Tolerára yo á la mia que no quisiera partir lecho conmigo, mas no que me prohibiera el zumaque.

—¿Qué goces ofrece sin él esta vida? dijo Fortuño. ¡Oh qué triste debia ser el mundo ántes de venir á él el santo Noé, mi patron!... Pero ¿no me diréis qué nuevas hay por Bortedo y qué buen hado os trae por aquí?

—Hado bueno ninguno, contestó Martin con tristeza. Nuestro amo y señor D. Lope Sanchez murió tres dias há en el santuario de Colisa.

— ¡Qué me dices, Martín de mi alma! exclamó Fortuño, dolorosamente sorprendido. ¡Pobre D. Lope!...

Y añadió, enjugándose una lágrima :

— *¡Requiescat in pace!*

— Doña Sancha, que no quiere volver á poner los piés en el señorío de Bortedo, donde ella y su padre han padecido tanto, torna á su casa de Bilbao, y allá vamos sus servidores á prepararlo todo para su llegada.

— Y no es la única desgracia la muerte de D. Lope Sanchez, dijo con emoci3n Fortuño, sino que el sentimiento va á matar á doña Sancha.

— En cuanto á eso, no hayas pena, Fortuño; que nuestra ama se halla demasiado ocupada con su dicha, para que cuitas ajenas la ocupen, repuso Iñigo, al parecer sin segunda intencion. Esta mañana ha partido con su esposo para Haro, desde donde tomarán la vuelta de Bilbao, ¡y si hubieras visto cuán hermosa estaba y cuanta dicha radiaba en su faz!...

Fortuño exhaló un hondo suspiro.

— ¡Ay! murmuró, ¡á quién se muere le entierran! ¡Recuerdas, Martin, la lucha de los halcones en la montaña de Triano?

— Sí, Fortuño, bien la recuerdo, y no faltos de seso tuvimos por siniestro agüero aquella lucha. ¡Hé aquí que han muerto el de Bortedo y Leguizamon, que primero se disputaban la paloma, y la paloma ha sido presa del de Haro! ¡Qué historia tan sangrienta la que terminó tres días há con la muerte del noble solitario de San Sebastian de Colisa!...

— ¡Y qué deduces tú de esa historia, Martin?

— ¡Deduzco que los padres, en primer lugar quieren á sus hijos, y en segundo á sí propios; y los hijos, en primer lugar se quieren á sí propios, en segundo á su amada ó amado, y en tercero á sus padres!

FIN.

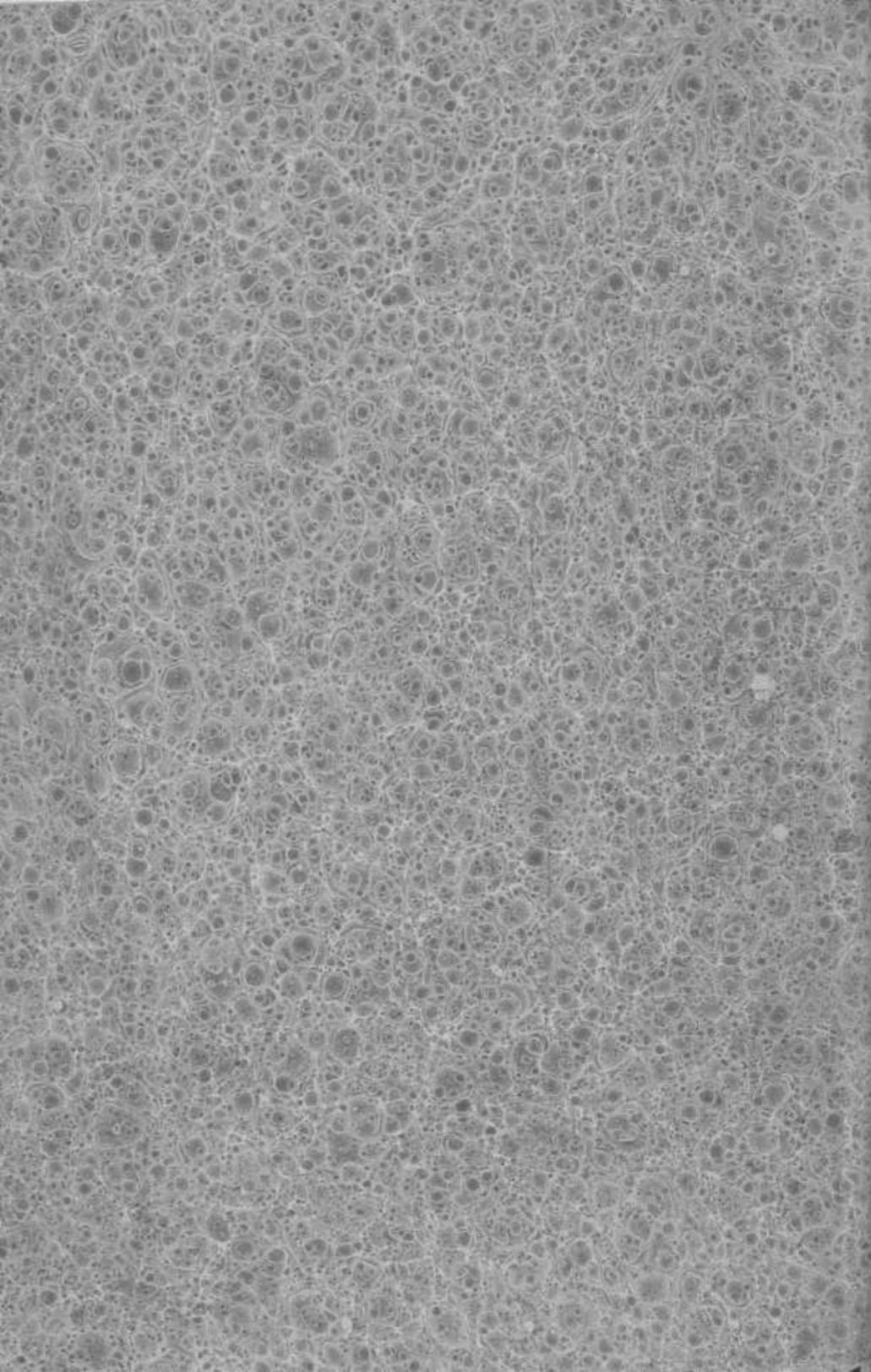
— 203 —

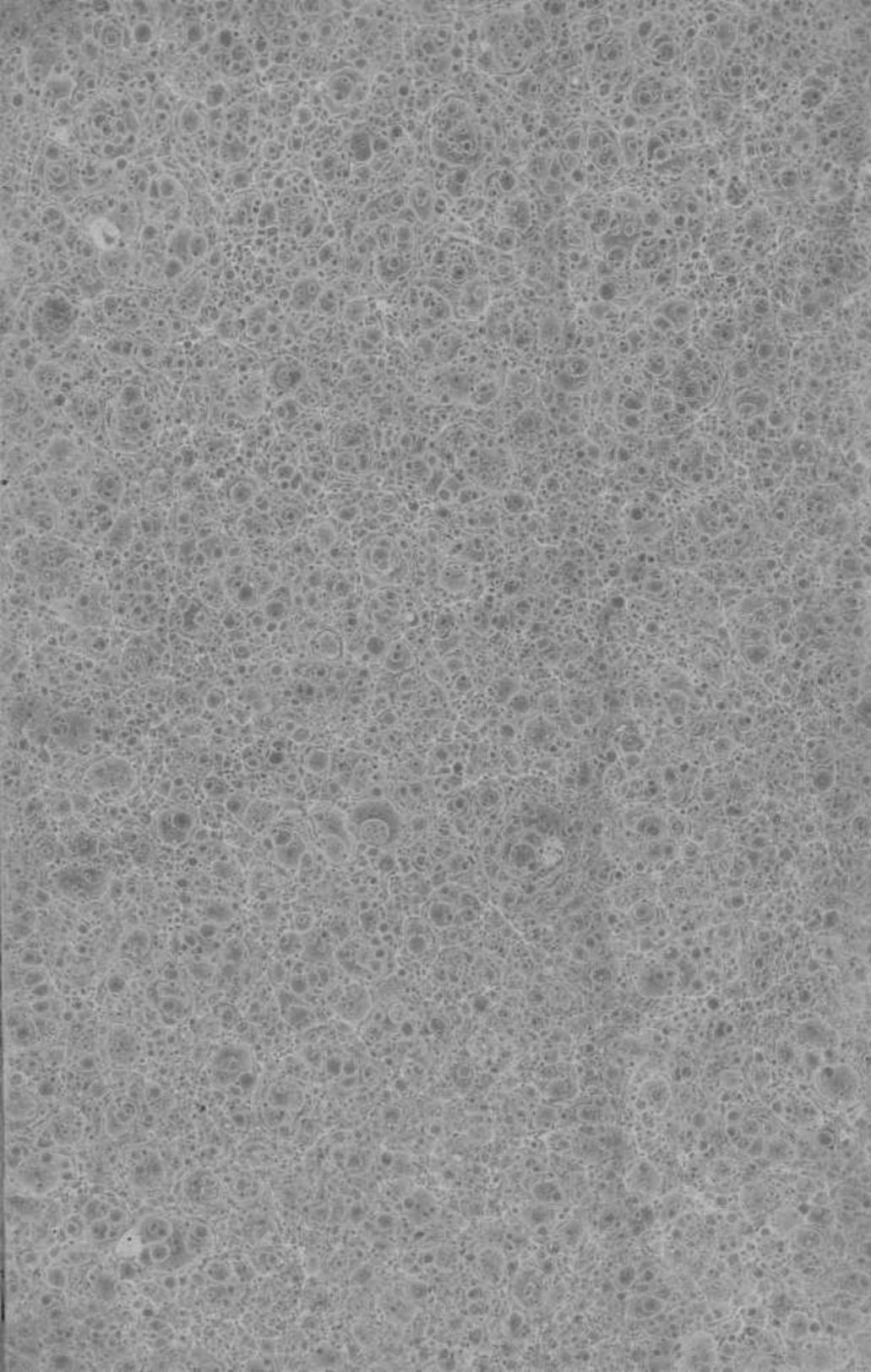
ÍNDICE.

	<u>Pág.</u>
POSTSCRIPTUM.	5
I.—Los banderizos.	9
II.—Cadagua arriba.	15
III.—La romería.	23
IV.—Reconciliacion.	37
V.—La paloma y los halcones.	45
VI.—La intervencion.	59
VII.—Paz y guerra.	69
VIII.—El sueño.	77
IX.—Los amigos enemigos.	85
X.—La entrevista.	91
XI.—Los centinelas.	101
XII.—El padre y la hija.	111
XIII.—El campamento.	125
XIV.—El ataque.	141
XV.—El peregrino.	157
XVI.—El parte.	165
XVII.—Disfraz inútil.	167
XVIII.—Vino, latin y una muchacha.	179

	<u>Pág.</u>
XIX.—Para un traidor, un leal.	187
XX.—Golpe en vago.	199
XXI.—El suplicio de Tántalo.	211
XXII.—Doncella por doncella.	227
XXIII.—El duelo.	239
XXIV.—La batalla.	249
XXV.—Percances del oficio.	259
XXVI.—En el pico de Colisa.	271
XXVII.—La noche de bodas.	285
XXVIII.—Requiescat in pace.	295









A PALOMA
Y LOS ALCONES

5485